

MEMORIAS DE UN
PALABRA

P. 863.6
218 m



CARMEN NARANJO

**COLECCION
LA PROPIA**

NOVELA

Hecho el Depósito de Ley

Portada; diseño: Dinorha Bolandí;
viñeta: Rafael Fernández

Proyectó la edición Laureano Albán

MEMORIAS DE UN HOMBRE PALABRA



OBRAS DE LA AUTORA:

AMERICA (Poesía)

LOS PERROS NO LADRARON (Novela)

CANCION DE LA TERNURA (Poesía)

MISA A OSCURAS (Poesía)

HACIA TU ISLA (Poesía)

CAMINO A MEDIO DIA (Novela)

EN EL CIRCULO DE LOS PRONOMBRES (Poesía)

CARMEN NARANJO

MEMORIAS
DE UN
HOMBRE PALABRA

SERIE LA PROPIA
EDITORIAL COSTA RICA
SAN JOSE
1968



863.6

N 218m



31613.06

14 JUL. 1981

IMPRESO EN COSTA RICA,
CENTRO AMERICA

Espeso, bosque tropical de palabras, datos, encuentros, olvidos, memorias. Juego de activos y pasivos. Relatos a medio formar. Luces, oscuridades, iluminaciones defectuosas, escondites que no se quieren encontrar y que se mueven solos como los gritos. Digestión de conceptos, indigestión de angustias. Páginas calladas, sustos, quizás algún triunfo. Esfuerzos de superación, derrotas, caídas, repeticiones que levantan callos, sombras. El afán de construir, sensaciones repetidas, efectos, la búsqueda constante de despertares. Sueños negados, la pretensión de llegar, sitios, ambientes, nombres, frases concretas, calladas.

Y los ojos. Miles de ojos. Claros, oscuros, verdes, amarillos, azules, negros, grises, indefinidos, cambiantes. Estrechos y encogidos, sobre las mesas, con los papeles, entre las palabras. Grandes, duros, audaces en cualquier esquina. Sin temores, amplios, casi comprensivos caminando por las calles, viendo hacia dentro y hacia afuera. Tímidos, dulces, tiernos, con cargas, pesos suaves, pesos fuertes, estremecimientos, vaivenes, cansancios, vigores, fuerzas, planes. Con venas rojas, saltones, molestos, irritados, enfermos de aire y de polvo. Sobre los ojos, miradas. Abiertas, largas, pegajosas, intrusas, rechazantes, escondidas, alertas, descubridoras, fijas, tímidas, conquistadoras, burlonas, silenciosas, aplastantes.



Resúmenes incompletos, la luz enfocando ángulos con interés de abrir caminos. Virajes violentos y el encuentro desnudo, refugios bombardeados con palabras sin disfraces. Frío, flaccidez de la piel, temblores. Sermones y muletas. Reposan los rostros. Miles de rostros. Los propios con pulmones llenos de oxígeno, alucinantes, en los días de inventario, con dolor de muelas, frente a las despedidas brutales, ante los espejos inmóviles, en el rescate de los sudores, por el lento calvario del insomnio, constructores de fantasía, cicatrizados por el cielo, estremecidos, angustiados, pasivos, en espera, a la caza. Los ajenos, con sus manchas, con sus pecas, con sus narices largas, con su olfato perdido, con su canibalismo, con sus pelos recortados, con sus facciones adobadas, con su vergüenza, con su desnudez, con ese miedo latente, con ese deseo de ser que se huele en el mentol de todas las cremas y de las pastas.

Comidas, vinos, cigarros, gaseosas, cervezas, combustibles, estimulantes, pastillas, ungüentos, regueros de los equipajes, andamios transeúntes, rituales humanos. Ropas grises, blancas, colores detenidos en la piel y en los reflejos, camisas, suéteres, pijamas, bufandas, constelación de trapos, todos con bolsillos para recoger.

Comprimidos, absolutamente comprimidos. Un recuento de propiedades, una multitud de recuerdos. Todo y nada. Atisbos, melancolías, oportunidades, circunstancias, colección de palabras, de recursos, amaneramientos, modismos, modales, gestos, reclutamientos, horarios, perezas, entusiasmos. Desde el primer encuentro...

Tenía momentos en que concentraba todos los ruidos. Pregones, conversaciones con voces alzadas, gritos, jadeos de niños, murmullos, llantos, bocinas, campanas, frenazos. Otros de un silencio en que se perdían los pasos.

Calle siete, avenidas segunda y cuarta. Números en la memoria. Cifras claves, sumas confusas, multiplicaciones, divisiones, teléfonos, apartados, años, fechas. Uno siete ocho nueve, la revolución francesa, el apartado de quién, el número de identificación de otro. Señales para otras señales. Comprimidos de la memoria, directorios de gentes que nos dicen adiós, qué tal y siguen adelante, para quedarse atrás, en las palpitaciones de los recuerdos.

Venía desde un conjunto desordenado de árboles, cada vez más ralos y menos verdes. Llegaba hasta donde empieza el polvo desordenado, que levanta el viento y pinta tristemente de un blanco sucio unas casas desordenadas, sin aceras y sin luz.

—Cuidado con el vestido nuevo. No te ensuciés, ni te metás con los chiquillos de la calle.

En la pura mitad del trayecto, donde creo que más palpita, donde percibo más voces, más ruido, más gente. Antes la recorría con doce pasos. Ahora lo hago con diez. Tiene un hidrante rojo, en que me recuesto a pensar.

—Vení a jugar.

—No me gustan sus juegos.

Me gustan: la mentira es un recurso temprano para esconderse. No llevan zapatos y las ropillas les flotan en los cuerpos, pedazos de carne íntima se asoman entre las rendijas.

—Vení, no seas fregado, nos falta uno.

—Sólo un ratito. Estoy esperando a mis amigos.

Me tienden unas manos pequeñas y frías. El viento sopla fuerte y no se detiene en las esquinas. Un sol tímido pone nuestras sombras desteñidas.

“Pobrecita la huerfanita
que no tiene padre ni madre.
La echaremos a la calle
a llorar su desventura”.

—Te llama tu mamá.

Atrás queda el “aserrín, aserrán, los maderos de San Juan”. Hay una voz pituda que reconozco desde mi cuarto. La de Adelilla con su nariz rosada, con unas pequeñas pecas amarillas, que se parece a la figura de las princesas que salen en los libros cuando estaban encantadas. Arrastra siempre a un hermanillo mocososo, que llora sin parar.

“Arroz con leche
me quiero casar
con una viudita
de la capital
que sepa coser
que sepa bordar
que sepa abrir la puerta
para ir a jugar”.

—No te quiero con esas gentes, no son de tu clase.

A la par hay una oficina, con ruidos sordos. Esa gente no sabe reír. Se mueven como los títeres, pero no dicen nada gracioso. Pasan las cosas de uno a otro lado sin sentido. Me aburre hasta verlos. A la par una zapatería. Urnas de vidrios con hileras de zapatos. Sé cuando cambian uno. Todos los días los sacuden. La gente los ve, entra, se los prueba y algunos salen con sus paquetes.

—De esos zapatos no podemos comprar. Son caros y malos.

No comprendo. Me parecen tan brillantes. He escogido mentalmente unos para mí y otros para la Adelilla.

Con frecuencia llueve. La calle se pone brillante. Los niños se sientan en los portales.

“Desde Córdoba a Sevilla
han hecho una gran pared
por la cual pasa una vía
por la vía pasa un tren.

En el tren va una señora
un caballero también
que trabaja noche y día
hasta la hora de comer”.

—Te llama tu mamá.

La hora del café tiene un mantel blanco y un olor a bizcochos. Me gustaría regalarle uno a la Adellilla. Nunca sobran, están contados, tres para cada uno.

—Te he traído una bola para que no jugués más con los chiquillos de la calle. ¿Me has entendido?

Siempre hubo una condición sobre las cosas. Nunca fueron libres. En cambio en la calle todos podían pasar. A nadie se le prohibía caminar. Cabían los que quisieran estar.

“Ova
sin mover
sin reir
adelante
atrás
adelante y atrás
atrás y adelante
de este pie
de esta mano
media vuelta
vuelta entera
se acabó”.

—Te llama tu mamá.

—¿Y, la bola?

¿La bola? ¿Dónde está la bola? Todavía no lo sé. En el mundo de las cosas perdidas, donde dejé alientos, esperanzas, miedos, timideces, dinero, libros, ganas, anotaciones, fotografías, rostros, conversaciones, personas, canciones, paisajes, películas, prensa corbatas, valijas, tiquetes, voces como los llamados de mi madre.

2

Más larga que ancha. Los cuartos pequeños con sus gradas, maderas oscuras, sanas, brillantes. La escoba escarbando rincones. Los trapos del piso repasando las tablas. Muchas veces pensé cómo la habían construido, por dónde habían empezado. Oía las palas abriendo canales para los cimientos. Lombrices aplastadas, nidos de hormigas desparrramados, fugas de alacranes y de escorpiones. Después los sentía ahí debajo, siniestros, sombríos, esperando. En las noches me despertaba su presencia pujante. No tuve miedo a los fantasmas, ni a los ladrones, sino a esos animales de la noche, levantados en odio, buscando la parte tierna de los cuerpos para inyectar sus venenos.

—¡Ay!

Convulsiones de pavor calladas en las largas noches de mi cuarto, desvelos interminables entre aquellas paredes, temores al más leve contacto. Ruidos cerca de los oídos. Escalofríos, palpitaciones. La mañana era el telón de las seguridades.

La casa no tenía más historia que un alquiler, cobrado todos los primeros por un viejecito tembloroso. Siempre que lo veía, sentía una tentación horrible de empujarlo. Me parecía que se quebraría en mil pedazos como un vidrio. Cuando llegó el momento de las pruebas, en meses largos y duros, mi madre lo sacudió violentamente. Ni siquiera sonó. Era más duro que los perros que persiguen en las calles solas.

Nunca quise esa casa. Después en la vida tampoco me apegué a albergue alguno. Era una especie de andante cantabile. Un casafobia. Siempre con el destino movedizo, con puntos de peregrinaje por delante. Pero tampoco pude olvidar su estrechez, el olor de aquella madera, las gradas que precedían a los cuartos, el que fuera más larga que ancha, casi como un compartimiento del ferrocarril. Un laberinto en que encontraba de pronto a mi madre y sentía vergüenza hasta de mis pensamientos. Esa presencia amenazante de alacranes y escorpiones debajo del piso.

—Pobres pero honrados. Eso lo debés recordar siempre. Una línea recta sin rincones oscuros. ¿Entendés?

Entendía tanto que me pesaban las palabras como una enorme piedra detrás de la espalda. Había que ser como la casa, más larga que ancha, lustrosa, reluciente, sin espacios inútiles. Había que tener un sitio y ser acogedor. Había que olvidar el día que se quedaba atrás y marchar hacia el día siguiente.

—Creo que sabés que el niño Dios es una historia para los hijos de los ricos . . . Así es mejor. No quiero que te llenés la cabeza con historias tontas. Hay que ver las cosas de frente, con mirada segura.

Veía demasiado de frente. A veces me parecía que me estaba entrenando para el gran combate, sin saber en qué sitio encontraría la guerra. Impaciencias, tambores sonándome por dentro, empujes, plantones, actitudes de soldado.

—Es un niño, sólo un niño, dejemos que viva su infancia.

—Tiene que aprender desde pequeño.

—Que aprenda poco a poco.

La casa era una grada, una cosa transitoria, más allá había mejores alojamientos al alcance de la mano, siempre que se viera de frente y firme. Me sentía herido de impaciencias. ¿Cuándo era mi turno?, ¿cuándo me tocaba luchar?

—Todos los caminos son largos. El estómago lleno y unos buenos zapatos ayudan mucho. Yo soy apenas el impulso, vos serás el motor.

Era la fórmula del combustible que encontraría siempre y a cada paso. Comer para caminar. Estudiar para triunfar. Ahorrar para tener. Aprovisionar para vivir. Arder para quemarse.

La casa me resultaba estrecha. A veces me mareaba dentro de ella. Las casas vecinas eran iguales. Algunas tenían patios más grandes. Variaban

en sus arreglos. La mía era limpia, con todos los rincones despejados, sin mayores adornos. Las otras tenían cortinas, macetas, flores de papel, cuadros con paisajes de nieve, recortes de revistas, manteles de colores, adornos de hierro negro. Había una con olor de incienso.

—No vayás nunca a esa casa. Es de mujeres solas que negocian con sus cuerpos.

—El niño no debe saber eso.

—Peor es que se meta y descubra esa porquería.

En ella vivían dos mujeres pálidas, demasiado flacas. A veces se reían violentamente, otras apenas gruñían. Cuando pasaba muy cerca, me acariciaban el pelo. También me regalaban golosinas, envueltas en papeles impregnados con sus perfumes.

—No. No puedo entrar. Mamá no me deja.

Las dos sonreían con cansancio. Adentro veía a un gato gordo relamerse despacio una de sus patas delanteras, en movimientos que confundía el lazo rosado con su lengua encrespada. En el fondo del zaguán una cortina de palitos castañoaba con el viento.

—Se pasan atrayéndolo.

—En ninguna mujer muere el deseo de ser madre.

El viejecito de los alquileres tenía preferencia por esa casa. La visitaba siempre que podía y se quedaba largas horas.

—¡Viejo puerco... A su edad!

Cruzaba la calle con una sonrisa pícaro, más recto que nunca. Dejaba en el aire un poco del olor a incienso. Desde siempre me ha gustado esa esencia de ceremonias eclesiásticas y de cuartos oscuros. Detenerse dos horas, poner puntos suspensivos en las líneas rectas.

La casa, aquella casa, tantas otras casas, cuartos, paredes, ventanas, salones, zaguanes, puertas, arcos, maderas, mosaicos, cocinas, comedores, baños, gradas, escaleras, partes de comprimidos en la memoria, reacciones, encuentros, afinidades, odios, miedos, rincones.

3

La encontraría por encima de las multitudes. La encuentro en pedazos de rostros, en algunos gestos de las manos, en una sílaba dominante que se recalca charlando, en la selección de un menú, en el arreglo del equipaje, en el escogimiento de un color, en los tics nerviosos que siembran las esperas, en las pausas que se hacen en las esquinas, en los sonidos lentos que dejan las cosas que se van, en los remiendos, en los botones, en los cuadros de santos que se cuelgan de las paredes, en las letanías de los rosarios que a veces me caen en la memoria, en las ventanas adornadas con macetas, en tantas y tantas cosas que hieren los ojos y los achican. Pero no la encuentro en las otras mujeres. En algunas

busqué algo del látigo que colgaba de sus nervios tensos. Apareció una aversión de laberintos y en la oscuridad me perdí en cazas interiores que fueron como un dolor de cabeza repentino, absorbente, enervante. En otras me atrajo su sonrisa igual, escasa, amarga. Pasó lo mismo, hasta tuve sensación de asco. Quizás todas tengan algo suyo y yo me niegue a palparlo. Me cierro a encontrarla, no la quiero confundida con las otras mujeres; pesaría demasiado, cerraría las puertas, haría temblar las camas, llenaría de animales horribles las sábanas, me impediría soñar que me siembro un tanto.

En un poco de los noes de este mundo, ha quedado algo de su voz. No a las noches largas, no a las ventanas abiertas, no a chuparse los dedos, no a quedarse viendo impertinentemente, no a rascarse los sobacos, no a estarse retozando en la cama, no a las revistas de carne, no a los cigarrillos escondidos, no a las mujeres como Adelilla, no a las que traían un libro bajo el brazo, no a las que hablaban sin maquinaciones, no a las que se miraban en todos los espejos. No a sentarme con los ojos tendidos en el infinito. No al mí mismo, oscuro, que he cargado como una piedra peligrosa, que se puede hacer un líquido y salirse por todos los contornos. No a los gritos; no a las rabetas; no a las perezas; no a las malas notas; no a los irrespetos. No a todas las fugas de sus noes.

Un día descubrí su cansancio. Arreglaba la cocina y se sostenía con la mano izquierda un mechón de pelo, lacio, crema, casi sin vida, como

una paja. Se reclinó en el tubo de la pileta y empezó a vomitar sollozos. Mis ojos habían entrado en silencio y creí que la había encontrado desnuda. Toda su piel sudaba cansancio. Ese extraño cansancio . . . También lo tenía yo desde que empecé a caminar, desde que empecé a hablar con mis palabras cansadas, desde que empecé a ser hombre cansado, lleno de objetivos de descanso, de reposo, de no moverme, de quedarme calcado en las paredes como las fotografías y los hombres de los cuadros.

—¡Sólo eso faltaba: que mi propio hijo me atisbe!

Y quise tan sólo que se apoyara en mí un instante, cogerle la cara agrietada y dejarla que reposara en mi hombro, en mi propio cansancio.

—No quiero que seás un “mamita”. He luchado para hacerte un hombre. Duro, fuerte, listo para enfrentarte a la vida. No me importa que me abandonés cuando podás llevar un buen camino.

Volvió el látigo de sus ojos. Yo era la esperanza de su cansancio, para que andara por los lados que ella no había conocido; para que lograra lo que nunca había podido obtener; para que me sentara en los sitios hasta donde no había llegado. Yo . . . Germen de su cansancio más el cansancio de la ciudad, de las calles iguales, de las gentes dormidas y sonámbulas que andaban por las aceras, de las cosas gastadas que me rodeaban. Yo . . . Un tejido brusco que apenas si podía tenderse por los caminos de siempre, por donde los otros pasan encima.

—La vida es difícil. Aprendé de mí sólo este empeño de subsistir. Te he llevado como una carga y cuando estés listo, te dejaré para que sigás subiendo hasta donde se vive de verdad.

¿Subir? ¿Hacia dónde? ¿En qué sitio están las puertas y las escaleras? ¿Dónde los estrados? ¿Quién me va a aplaudir? ¿Quién me va a decir que he actuado bien?

—Tu instinto te lo dirá. No te conformés con nada. ¡Adelante! Siempre adelante.

Con su voz las palabras adquirían fuerzas vitales, parecían gradas, escaleras, puertas que nunca he logrado encontrar. Eran algo por donde andar, nunca algo para soslayarme o mimarme un poco, siquiera un rato, apenas un ratito. Espuelas sobre la carne viva, pero cansada, infinitamente cansada, arrastrando una casa con aire de cueva, un laberinto de calles iguales, gentes amontonadas viendo perder las esperanzas de nada, pobres por dentro, miserables con sus ilusiones y con sus hambres, con fríos debajo de los intensos veranos.

El otro era él y él podría no ser nadie. No lo oí mencionar como a un ser concreto. Era más bien pedazos de persona. Alguien dijo que le gustaba vagar, que no había nacido para quedarse en un sitio determinado. Un pobre estúpido que quiso sacarle jugo a la vida. No: un irresponsable, que pretendía vivir de los demás. Una hipoteca sin amortizaciones, pero con un interés arruinador. Un chulo, un recostado. Esas frases caían

desordenadas, cuando alguien trataba de complementarla a ella. Lo imaginaba de su mismo tamaño, con unos ojos negros, brillantes, en que peregrinaban ideas absurdas, en que no existían las cortinas de los párpados y se atrevían a ver por dentro. Fresco como las madrugadas, dispuesto a flotar sobre el cansancio de ella. ¿Cómo me pensaría? Tal vez como un punto que se hace grande y empieza a suspenderse para caer finalmente lleno de fríos y de hambres, igual que todos, iguales que él mismo. Un destino común, el mismo plato de sopa, la inquietud ulcerada en el estómago, la agonía sostenida con puntales de documentos, de ropas, de itinerarios, de planes, de rompecabezas con las piezas perdidas.

—No lo necesitamos. Olvidalo. Nunca hagás caso a lo que dicen los necios.

Mis preguntas por él se perdían en los esfuerzos por esconder su cansancio. Encendían sólo sus ojos y marcaban más la mueca amarga de su sonrisa. Más tarde logré otros datos. Oficio: sastre. Lo imaginaba frente a las largas piezas de tela, con unas tijeras enormes, cortando pedacitos de mangas, de cuellos, de solapas, que luego unía con una aguja encantada. Él silbaba. Edad: 20 años creciendo sobre los míos. Lacónico y decidido. Una reserva de palabras que nunca oí, que tal vez le goteaban en sus oídos y que le hacían irse en busca de su verdadero traje a medio hacer. Un rostro parecido al mío. Entonces supe que yo era desteñido, que era un remedo, un algo a medio formar, con partes de todo, sin nada propio. Lo empecé a querer.

—No podés querer a quien te dejó aún sin venir al mundo. Sos un idiota completo. El nunca se ha preocupado por vos.

Me sentía tendido en una mesa de sastre. Bajo la luna unas tijeras iban perfilándome. Algunas veces recortaban hasta donde me dolía. Luego la aguja me iba estrujando, quedaba como una bola apretada, sólida, con miedo a respirar porque podía entrar en el mundo de la muerte. Sentía que él me hizo como un traje, que nunca vio, que apenas hilvanó, que dejó a medio terminar, que no quiso usar, que prefirió olvidar. Un traje cansado, sin uso.

Lo he buscado sin brújulas, sin rumbos, sin siquiera proponérmelo. Lo he visto en los hombros de todos los hombres. A todos les he robado un poco para tener su imagen completa. Ojos negros, como los de Juan, más pequeños que los de Miguel, con la mirada más audaz que la de Carlos, quizás tan brillantes como los de Mario, aún más francos que los de ese hombre extraño que me mira detenidamente y se lleva siempre un poco de mí. Una espalda limpia, con algunas pecas, casi como la de esas mujeres atléticas que aparecen en las revistas. Unas piernas velludas y fuertes, muy parecidas a las de la mesa grande de la escuela. Unos dientes puntiagudos, asomados brutalmente sobre una sonrisa mecánica y complaciente. Unas orejas pequeñas, ridículas dentro del conjunto del rostro. Cuando juntaba las facciones, un desorden de gestos me seguía burlonamente. El lápiz de mi cerebro siempre ha sido un lápiz rebelde.

Búsquedas para encontrarse un poco, untadas de perfiles que se agarran y se escapan, que se desfiguran en la combustión interna, máscaras, contracciones, rictus, gestos, gravámenes sobre la piel, cicatrices, agarrotamientos, marcos, maniqués, edades apresadas en las jaulas del estuve, vi, conocí, pensé, soñé. Nada en definitiva, rostros borrosos siempre perdiéndose, confusión de frases eructadas en clisés, oraciones con puntos y apartes corridos en las oportunidades. Alteraciones pensadas, pretextadas.

4

Lo esperé siempre. Tal vez aún lo espero. Fue el único que me trajo sorpresas. La vida también da eso, lo que no se espera. Nos preparamos para todo, y lo que no se espera rompe las bases, suaviza demasiado.

Llegaba siempre los lunes, entre las 10 y las 11. Me cansaba de mirar la calle larga, arriba, en su espera. Era más alto que la gente corriente, grueso y fuerte. Con su traje de salidas especiales, negro, un poco ajustado en ciertas épocas, flojo en otras. Cuando lo veía, tenía ya manchones de sol en los ojos y surgía amarillo. Corría hacia él, espontáneo, movido por los imanes que tienen las cosas buenas. Momentos en que se derriten todos los cansancios.

—¡Mijito, mijito!

Me perdía en sus hombros anchos, alzados hasta su frente corrugada por el sol y las preocupaciones. Olía a pasto, a yerba perfumada, quizás era agua colonia barata. Me gustaba la claridad de ese olor.

—Aquí está su pesetita. No le diga nada a su mamá.

Una peseta era un canje de confites, un petardo, una sorpresa de a diez, especial para hombres, para que no me saliera un anillo o una prensa. Obtenía un carro diminuto con las ruedas fijas o un pito con estampas de florecillas. Dos cincos nadando en el bolsillo, una sensación de posibilidades abiertas.

Ya adentro surgían las palabras iguales, las de siempre. ¿“Por allá”? ¿“por acá”? “todos bien”, “la vieja lo mismo, un poco resfriada”. Las abuelas resfriadas, flotando en corrientes de aire, encontrando ventanas abiertas que las absorben y las llenan de microbios mucosos, de toses oscuras, de estornudos impertinentes, de pulmones diluidos en ríos inagotables. Las abuelas recogidas, estrechándose, cubiertas de rebozos y bufandas. “Por aquí igual”. Figuras suspendidas por hilos inexistentes, flotando en el espacio sin movimiento, simplemente girando, moviendo las manos y con la boca abierta, gesticulante, tragando aire, vomitando palabras. “La pierna me ha vuelto a doler con el frío”. Esos pedazos de músculos, hechos de membranas inadvertidas, que se golpean, tropiezan, ambulan, se esconden, se acarician, crecen, se engordan fláccidamente, se

llenan de venas saltonas, que empiezan a doler cuando la carne es un pedazo de termómetro sensible. “¿Y, ustedes?”, “ahí vamos”. Siempre la proyección ante los frentes detenidos, las curvas silentes en que nos ahogamos sin conocer el repique de las horas, el pretexto acongojado hasta lo inexpresable de quedarse como una semilla suspendida en el aire con sus raíces hambrientas, el panorama cada vez con menos perspectiva que empieza a tener esquinas lacerantes, una lluvia de pañuelos que no recogen las angustias de irse en sudores, en lágrimas, en expresiones postizas. ¿“Cómo va ése”? Ése era yo, siempre desde entonces como un sujeto distante, que se puede desdoblar, señalar, localizar en un territorio sin escondites, donde se alcanza con un dedo, con una mirada, con una frase. Ése, aquél, Después, mucho después, descubrí que era mejor la señal abierta que el cartelón colgante. Era preferible ser ése, que ese tipo, ese sonámbulo, ese cualquiera, ese melindres, ese pusilánime, ese advenedizo. El adjetivo recortante sobre la piel, haciendo perfiles de caricatura, escondiéndonos, revelándonos, callándonos, reventándonos, consumiéndonos. “Mas o menos”, la balanza que oscila, que no se levanta, que no se cae; el pasar, el simple pasar, sin inflarse, sin siquiera protestar. El eterno equilibrio de las balanzas que rigen el mundo, los gestos, las palabras, el éxito, los aplausos, las lágrimas, el remedo, las cuerdas flojas que exigen la tensión de los músculos, la mirada seca. “Lo encuentro pálido”. Una palidez escurridiza, de esas flores que se esconden

para el festín de la noche, de esa prematura agonía que no desemboca en estertores, que parece de farsa; una palidez que persigue como una sombra hambrienta. Todo me parecía pálido y liso, con un sabor desteñido. “Con un poco de sol se remediará”. El remedio sobre la piel, la dosis, el cuerpo desnudo deteniendo sus convulsiones, la necesidad de mitigar esas fiebres ocultas que revientan los labios, el cansancio enjaulado entre los brazos cruzados. Una pieza de viento y de sol, en cualquier lugar, en cualquier sitio, donde no haya brújulas, donde alguien pierda la conciencia del tiempo, donde no se hable del mañana y no se adelanten los acontecimientos, donde no se predique que la vida es dura. “Si querés me lo llevo unos días”. Ventanas abiertas a otros jardines, una calma para encontrar las cosas perdidas. La abuela caminando lentamente por los zaguanes de mosaicos rojos y un solitario largo, de tardes completas, cargado de jotas que no aparecen, de ases escondidos en las cartas ocultas. Un olor a frutas maduras en las mañanas, una perturbante espera por las sorpresas iguales, una cosquilla encorvada de sol endureciendo la piel. Un hacerse un poco de pasto, de tranquilidad bucólica. “Sería mucha molestia y no lo puedo permitir”. Lo que se olvidaba se hace presente, la carga de piedra que se lleva en los pies, el sentido de la propiedad, la cortesía rajante que no hace concesiones, el orgullo de lo nuestro, el más hábil escondite, las cercas que limitan el paso, la distribución de las cosas, el reparto de los panes y el vino. “Cada uno con sus problemas. Sos demasiado estricta”.

Veo los ojos frente a los ojos. Unos brillan seguros y orgullosos, los otros compasivos y burlescos. ¿Qué importa el “ése”? En el juego de los sentimientos se manejan las fichas bajo el ángulo de los egoísmos. Uno aspira demostrar, el otro oponer. Resistencia contra resistencia, las chispas quemán a los espectadores. Unas manos sudorosas me cuelgan de la garganta. Un quiero ir pateando entre las lágrimas, esas lágrimas jóvenes que confunden necesidad, capricho, dolor. Ya no oigo más. Quedo solo, castigado por desplante, por desobediencia, por majadería.

—Vení a despedirte, ya se va el abuelo.

Un día se fue del todo. Casi en la madrugada. Un seis de marzo. Había necesidad de lluvia en los caminos polvorosos, agrietados. Una mano dura estrechaba fuertemente la mía. Después me olvidó. Estaba con los ojos cerrados y con esa palidez que siempre encontraba en mi cara.

—¡No nos dejés tan solos! ¡No! ¡No nos dejés!

La abuela gritaba contra las ventanas. Había cogido en un minuto todos los catarros y los lloraba copiosamente. Ella estaba en un rincón, lejos de los consuelos, con sus lágrimas silenciosas, cansadas, secas. Quise besarla, desahogar un poco la conmoción de aquella escena de paños negros.

—¡Estate quieto! No quiero que te ensuciés. Andás con tu mejor traje.

La silla ceremoniosa se hace cada vez más pequeña. “Yo, pecador, me confieso a Dios”. Unas

flores blancas, de penetrante perfume, se ahogan y ahogan entre la atmósfera cargada de oraciones, inciensos, lamentos, llantos, y esa conciencia clara de esperar las ceremonias. “Era tan buena gente”. Un señor de edad lo contempla con curiosidad. Hay un momento en que todos los seres somos espejos. Unos a otros nos vemos reconociéndonos. El compañero de escuela en quien miramos la edad. La novia de juventud y la forma de envejecer. La muerte de otro en la de uno mismo. “Estaba tan bien, quién lo iba a decir”. Se retuercen las manos, piden las lágrimas y los ojos se enrojecen, quieren poner emoción, ser solemnes, peregrinos de visitas, cumplidos, ceremonias, los gestos repetidos sin historia de los días con avisos que conmueven la costumbre, protagonistas en la memoria del tiene que suceder. “Ave María, madre de Dios, ruega por nos”. Tengo la sensación de que los que rezan van perdiendo los dientes, se les caen, para que la voz sea un murmullo de encías desnudas. “Santa virgen de las vírgenes; ruega por nosotros”. Las puertas se abren, la vida prosigue allá por sus caminos, un vehículo veloz juega a detenerse en la esencia del movimiento, un círculo de ráfagas, un punto vertiginoso en su propia huida. “Rosa mística, ruega por nosotros”. El nosotros solidifica las individualidades, es el yo con las manos agarradas y la muerte sigue adelante. Ahora siento que es de pura piedra, sin sonidos, sorda, seca. “Torre de David, ruega por nosotros”. Estamos en la hora del te llamabas, estabas, fuiste. El hoy ha dejado de tener significado. “Arca de oro, ruega por nosotros”. Al-

guien con una voz acusativa empieza a decir que por él, y él ya no es. “Estrella de la mañana, ruega por él”, un zumbido de abejas se mete en mis oídos. “Reina de los ángeles, ruega por él”, entretengo mi aburrimiento trenzando los dedos. “Reina de la paz, ruega por él”, me voy y me vengo, meciendo la silla y las piernas al son de las voces.

—¡Estate quieto! Tenés que aprender a formalizarte, o es que carecés de sentimientos.

No puedo tenerle lástima, no puedo tenerle lástima. Tampoco tengo palabras para decirle adiós. Tantos le dije en la vida. Pienso en sus ojos azules y recuerdo sus pesetas. Ahora debe tener los bolsillos llenos. Si le pudiera decir a alguien que es una lástima que se lleve sus dineros.

—¡Cómo se te ocurre pensar eso en estos momentos!

Nadie piensa en eso, nadie debe pensar en eso. Y los pensamientos no se mandan, son libres, es lo único libre del hombre. En los sueños, sobre las mesas, ante las palabras, por las calles, dentro de los cuartos, frente a los libros. Giros abiertos, juguetones, hirientes, febriles, deseosos. Largo camino para aprender la palabra y después la eterna lección del silencio.

—Rezá lo que te he enseñado. Si no van a creer que soy una madre libertina.

Rezo. Junto las manos en la pantomima del murmullo. “Ángel de la guarda...” burbuja

de los labios . . . “dulce compañía” . . . y los ojos van de rostro en rostro . . . “no me desampares” . . . la lengua estorba, no puedo tragar la saliva . . . “ni de noche ni de día” . . . oigo las respiraciones a mi lado . . . “Angel de la guarda” . . .

Recursos de sumergirse, de penetrar calladamente, de sentirse sin fronteras en el escarbarse interno, de meter la cabeza adentro, de confesarse las vergüenzas, los atrevimientos, los pasos extrañados en los ahondamientos, cavernas de uno mismo bordeadas de disfraces y de frases hechas, túneles donde nos perdemos sin encontrarnos, escapes en que nos apresamos llenos de pellejos oscuros, fortalezas de debilidades en que lloramos, reímos, nos excitamos, mentimos, juramos, desahogamos cóleras, sepultamos nuestros pedazos muertos.

5

Tejer cosas sin importancia, con menos propósitos que el de una araña, sin utilidad alguna. Tejer horas, momentos, encuentros, palabras, frases que no se oyeron del todo, que tal vez ni se dijeron. Tejer pedazos de circunstancias, de relaciones, de paseos, de pequeños mundos ocultos que descubrimos un día cuando ya estaban en los horizontes de la memoria. Tejer contactos, marañas de expresiones entrecortadas, sueños apenas recordados, desvelos, pesadillas. Tejer

miedos, madrugadas en las calles, conversaciones de las 12 horas; sensaciones de las 22 horas, pensamientos de los suicidios que nos negamos, historias de las gentes que conocimos en las vidas brillantes, laminadas en nuestras penumbras. Tejer lo que somos y lo que no somos.

Cansarnos de tejer y ver las manos, callosas, vacías, cansadas. Coladores que no dejan nada. cedazillos limados por el pasar constante de sucesos que no se atrapan y no se detienen. ¡Ni siquiera residuos! Contemplar, ver, mirar, asomarme para vivir y la danza negra de los carnavales llevándose rápido pedazos de uno mismo, conservarme para que la gangrena propia me anuncie lo podrido. Madrugar, atardecer, anochecer como una estación perdida, olvidada en esta danza continua, que me hace perder el paso. Quedar rezagado.

—Tus notas dejan mucho que desear.

Filas y corredores para esperar la palabra, el dibujo, la crónica de la historia que se tiende sobre las cabezas con la secuencia de las tiras cómicas. “Y entonces llegó el señor Presidente . . .” Grabaciones, ríos imaginados, desfiles de los números que se ligan en extrañas relaciones, montañas altas, las campeonas de la altura, una geografía de concentraciones repetidas sin vida alguna.

—Todo es cuestión de disciplina.

Orden para empezar, orden para terminar. “Las partes del cuerpo son . . .” Siempre se distribuye, se reparte, se extiende sobre la mesa partículas de un todo que se debe conjugar con muchos

otros todos. ¿Cómo? Indigestión de cuadros y teoremas, cosmografías confusas, sílabas que se insertan, ortografías memorizadas que nos engañan en los dictados. Reglas con excepciones puntiagudas que sobresalen con sus triquiñuelas.

—Creo que nunca serás lo que esperaba.

Las metas sobrepuestas ante el paso renco. Quiero un día de sol libre, completamente libre, sin pensar en las audacias de la pregunta sorpresiva, la pregunta que clava nuestra propia ignorancia, que la sugestiona y salta como el galardón de tantas horas contando apenas el número de páginas que se deben aprender.

—Parece ser que éste será tu último y primer título.

Mi nombre en la figura de un marco. Emoción y miedo. Alguien dijo un día que la vida va abriendo puertas. La sensación de que es mentira, de que las puertas en realidad se van cerrando, que se vive un día que no se repite, que ese día empuja a otro con la condición del impulso adquirido. Es tan fácil quedar rezagado. Con apenas olvidarse de algo, con sólo no ser oportuno, con detenerse un instante a acariciarse con lástima.

—Todo está listo. Mañana empezarás a trabajar. Si salís bien, como espero, habremos acabado.

Esta preparatoria constante de etapas, cárceles de la carne y del espíritu, muertes prematuras que nos hacen infinitamente pequeños. Un mun-

do de estrellas sobre las espaldas: ¿puede haber algo más irónico?

—No puedo permitir que te pasés la vida en una cacería de nubes.

Ahora entro a la cacería de los relojes. “Buenos días”, resortes de cortesías, ademanes de “pase usted primero”, un oficio de sonreír oportunamente, de untar las palabras con convencimientos de “mi propia experiencia dice que esto es lo mejor”, zalamerías apoyadas en las flaquezas “usted que tiene tan buen gusto”, agobios de refranes repetidos, un mechón que se me cae manso como los bueyes imaginados en el regreso de mi camino de adentro.

Llegó el momento en que soy la inversión remunerativa. ¿Cómo pagarla? Nada se quiere, nada se me pide.

—Mi labor se ha acabado. Ahora quiero acabar sola. Ya sos un hombre, listo para vivir su propia vida.

No sé si lo quería. Creo que no. Me hacía falta un oxígeno extraño, que da verdor de juventud a las plantas vigorosas. Nunca entendía su lenguaje. Eran tan crudas las palabras, tan verdaderamente secas, que debían tener algo más por dentro. Me las llevaba a mi rumiar interno, hasta acabar por ver calcamonías con solemnes y escuetos mensajes. ¿Por qué no podía decirle algo más? ¿Por qué no ofrecerle mi apoyo?

—Tiene que ser así. No quiero tu apoyo ni tu lástima, tampoco tu retribución. No he hecho

más que lo que hace cualquier mujer. No tenés nada que agradecerme.

El llanto miserable y huérfano del que le cortan el ombligo, el cuarto oscuro sin una mano, la noche cerrada sin un rumbo, la soledad consternada de un tren cruzando el desierto, el apoyo suspendido en un mundo sin gravedad. No. No puedo irme. No quiero . . .

—No puedo atender tus caprichos. Necesito mi soledad, aun puedo tener algo propio.

Un nuevo cuarto dando a un zaguán con helechos. Tejer soledades, desde largo, la mía y la suya. Tejer palabras dulces, gestos, caricias. Tejer modos de protección, voces que llaman, regañan, cuidan. Tejer un camino desde su mano a mi frente. Tejer una corriente de comunicación que pudiera unir en un puente todos nuestros silencios.

La busqué muchas veces, repleto de palabras intencionales que se me quedaban perdidas. Sólo llegaba a contemplarla calladamente.

—No tenés por qué venir. No quiero que sintás obligaciones. Estoy feliz sin el peso de tu responsabilidad.

Algo que se carga a través de un duro camino y se quiere dejar por siempre en el primer lugar que se encuentre. ¿Eso era yo? Algo que se tuvo para abandonarlo, algo que se llenó conscientemente para que consumiera esa fuerza heredada que era puro cansancio. Me parecía a esas tinajas de barro que se llenan de cincos, dieces y pe-

setas, y se revientan en el momento oportuno. ¡Qué inútiles mis tejidos, mis horas de desvelo, mis impotentes silencios!

—No está. No sé si volverá pronto.

La puerta cerrada. La puerta sin contestar. La puerta como un telón negro. La puerta con pestillos, lacónica, intolerante, con su señal rotunda.

—Ahora no puede atenderlo. Está trabajando. ¿Por qué no la deja en paz? Ella sólo quiere que usted viva su vida y la deje a ella con la suya.

Hasta los otros entendían. Lo rotundo frente a mí, lo irreversible, la renuncia irrevocable. Huérfano por voluntad libre, por el derecho ganado de haberme preparado a vivir, por la necesidad de cortar un ombligo y dejar el signo sangrante, abierto, con hambre.

Un día lo supe todo. La madriguera necesita madriguera. Se fue con otro. Oficio: sastre. Un círculo cerrado, que no admite rayas adicionales. Un tiempo definido desde un principio. Una carga que se afloja en el cruce de un camino.

¿Y el tejer? No podía tejer más. No podía tejer las imágenes de sus manos recorriendo su carne, que también era la mía. Manos pesadas, chorreantes de humedad, que me ahogaban, que me daban asco, que revolcaban mis entrañas, que me irritaban, que me producían escozor, que me agitaban en violencias. Su voz junto a la suya, escarbando sus silencios, señalando al “aquél”, dejándome olvidado entre las frases y los besos.

No podía tejer como antes. Los hilos rebeldes enredan los tejidos, entrelazan los cuadros desnudos, las voces, los murmullos, los silencios unidos en un cuarto lejano.

6

Las calles como una tormenta. Goteo de soledades en los parques. Entro a los restaurantes y me lastiman las sopas caseras. Acumulo las calorías que gasto en desvelos. ¿Por dónde algo? ¿Qué es ese algo?

Me sumerjo en los cines. Libertad Lamarque llora y después canta, canta y después llora. Cuando le quitan al hijo y le cierran las puertas, ya no sé si sus lágrimas son las mías. Esa penumbra encendida me gusta. Me olvido de quién soy. Soy uno más sobre una ventana, repitiendo como todos "la vida es dura". Me grabo las palabras, las escenas, los gestos de dolor, me escondo detrás de esa gente que sufre, que la abandonan, que la olvidan, que le niegan su condición humana. Sufro, me escalofrío de sufrimiento. Me toco mis propios dolores. Pero llega el momento de los trofeos, de los reconocimientos, en un instante terminan los calvarios, no sé ni cómo, se abren los brazos, el fondo bueno del corazón reluce, se descubre a los verdugos y la ternura dolida vuelve otra vez a las lágrimas. Se llora la lástima de lo pasado. Un chiste afloja las tensiones.

Me hago largo en las calles, la noche se espesa. Sé que topo con todos los dolores, pero no los veo, no los siento, no me conmueven como el grito cantado de Libertad Lamarque. Me doy cuenta de que soy espantosamente ridículo. El tono falso, preparado, adobado me pega más duro que esas caras tristes que desfilan, que ese verdadero dolor sin tangos. Adentro he ido montando mi propia tragedia, acumulando las orfandades, archivando los golpes, desafinando los instrumentos de mi vida y guardando mis gritos dolorosos. Ya no veo las cosas completas. Sólo me llega lo que está montado como yo, en su propio escenario.

Una mujer insiste y me voy con ella. En su pequeño cuarto ordeño mis glándulas apremiantes. La primera vez tuve miedo (“vamos, cariño, si es muy fácil, ya verás”). Encontré su cuerpo demasiado delgado. (“Así, despacito”). El olor de su sudor me incomodaba en la cara. (“No seás tan bruto”). Un dolor repentino en el músculo. (“Un poquito más”). Ahora era una forma de cansarme, de limpiarme los nervios, de encontrar un sueño apacible.

Cuando me visto encuentro un cuadro, tres mujeres rosadamente desnudas empujan una barca. Llevan guirnaldas en la frente y en el agua hay lirios esparcidos. Enderezo el cuadro. Todo es un viaje, el corto o largo viaje de las horas.

—No tengo vuelto.

El precio de todo, hasta de la descarga de uno mismo. El precio convenido, el doy para que me des, el compro para tener, el pago para estar,

el soy dueño de un instante, el tengo derecho a ocupar ese cuerpo. El siempre entrego parte de mí mismo, en el festín de mi consumo, para jugar a la balanza de los apetitos.

—Gracias.

Un gesto del ritual sin significado, el decir de los tiempos para descifrar el hondo contenido de la nada, la palabra vacía que se mece en la costumbre, el responder inconsciente sobre el silencio de los jugos que arden.

—Hasta la próxima.

En la calle, cerca del mercado cerrado, me encuentro a la Adelilla. En su regazo un bebé apura del pecho. A su orilla duerme un niño pequeñito. Más allá, otro deja colgar su cabeza en el filo de la pared. Ella sin mirarme tiende su mano.

—¡Una limosnita, por el amor de Dios!

En su voz pesa el engolado de los slogans. Esa voz que a veces cae perpendicular en mis sueños. (“Juguemos a la ronda/ ronda de la flor/ gira, gira ronda/ a lo girasol”). La llamo por su nombre y me mira con los ojos encogidos atravesando el tiempo. Me recordará tal vez en lo ya olvidado. No: un gesto extraño se pinta en su cara.

—Lo conozco, sé que lo conozco, pero no lo recuerdo. Ya sé: usted es el de la Alcaldía.

Adivino su historia y no me duele. ¿Para qué decirle que reside en la masa plástica de mi in-

fancia? ¿Para qué confesarle que está pegada a “probrecita la huerfanita/ que no tiene padre ni madre/ la echaremos a la calle/ a llorar su desventura”? Le extiendo un billete y un gesto más extraño se ahonda en su ceño.

—Gracias, señor, que Dios lo bendiga y lo recompense, que . . .

La Adelilla también me olvidó. Ahora soy un señor, un cliente, un patrocinador de sus chulos. La noche se empieza a meter en mis huesos, me duele su frío y su soledad. Camino hasta mi cuarto y quiebro una rama de helecho.

Las horas del día se me quedan guindando. Me sacudo “el por favor, hágame esto”, “el dónde puse los anteojos”, “a sus órdenes”, “está al día el trabajo”, “la puntualidad es el principio de la honorabilidad”, “quiero más copias”, “localice esto en el archivo”, “el silencio es el comienzo del orden”, “trabaje y piense”, “los clientes tienen la razón”, “no olvide sus obligaciones”, “debe poner más atención”.

Otra vez el cine. Tengo ganas de llorar y busco a Libertad Lamarque. Desconocen sus buenas intenciones, se aprovechan de su inocencia, la envuelven en la emboscada, le cierran las puertas, la abandonan en el momento en que la culpan, canta y llora, llora y canta. La repetición de escenas me cansa, veo las lágrimas postizas, el montaje ridículo de la tragedia enmielada. Alguien a mi lado llora de verdad. Una mano temblorosa corre con los dedos las lágrimas hacia

las orejas. No llore, no vale la pena, dentro de un instante todo se arregla.

—No sea impertinente. Ya ni en el cine se puede estar tranquila.

Me quedo mirándola y se va del asiento. La sigo a distancia. Está construida de nervios y se siente acosada. Llama al acomodador.

—Conozco a los de su calaña. ¡Aprovechándose en la oscuridad del cine!

Afuera espero. Sale con los ojos hinchados, rojo conjunto rubio. Es casi una niña cansada. Me hermano con ella. Se abotona su suéter gris, camina rápido, escamoteando a la gente. Le cuelga una soledad vergonzante. La quiero alcanzar . . .

—¡Tendré que llamar a la policía! ¡Déjeme en paz! No soy lo que se cree.

Te conozco, te sé, te siento. Llorando la estupidez de la Libertad Lamarque, llevando tu soledad a cuestras, exprimiendo tu propia lástima. Hago un discurso, un encuentro con palabras desorbitadas, un relamer historias deshilvanadas. Me presento puro, casi desnudo, en mis hondos enredos que ni yo mismo descifro. Levanto un puente de frases, impensadas, improvisadas, febriles. ¿De dónde brota ese manantial? Tengo la sensación de que me estoy desangrando.

—¡Usted está loco! Cállese, por favor!

Me desconcierta su réplica. Yo tampoco me entiendo, no sé ni en qué idioma hablo ni por qué

lo hago. Pero, no puedo parar el tono vehemente de mi voz. Grita. La noche no tiene ecos, es lisa como una palma extendida sin giros de engimimiento. La acoso en el fondo de una puerta. Me mira con terror. En sus ojos adivino el miedo de que mis manos se alcen por debajo de su ropa limpia. Su terror se me contagia.

—¡Déjeme, por favor!

Me encojo como un gusano aplastado, me caigo sobre mis rodillas, me doblo sobre mí mismo con vergüenza. Ella corre, corre por la noche, corre con el terror de mis manos que eran sólo palabras de soledad.

La espuma de una cerveza me consuela. Se extiende bondadosa por los bordes, se desparrama generosamente. Hundo mis palabras en otra cerveza tibia. Se han propuesto hacerme de piedra, una piedra redonda con un panal adentro. Retorcijones interiores, trenza de metales con gotas que arden, pasatiempo introspectivo en que se agotan las palabras. Una cerveza, otra cerveza, muchas cervezas.

—Vamos a cerrar.

Todo se cierra, todo se acaba, ni siquiera uno mismo dura, porque nadie es sí mismo, somos una cadena cambiante de uno mismo sin unidad y sin patente propietaria. Mi palabras febriles se apagaron, este líquido helado las consumió.

La calle tiene una brisa lenta con una garúa entrometida. Los helechos frente al cuarto están

inmóviles y quiebro otra rama. Sueño que llego a un pueblo donde todos me reconocen y me aclaman, las gentes llevan el corazón en la mano, y yo digo, yo pienso, yo prometo, yo doy. Terminan mi sueño los rincones de mañana sobre mi cuarto.

Despertares, anocheceres, calenturas de la tarde, repeticiones de escenas, de palabras, carga de infinitas cosas iguales, la pijama, la camisa, el baño, el espejo, el lavatorio, la revisión de las uñas (¡ay la necesidad de las uñas limpias!), el corte de pelo, las cuentas que se pagan, los saldos creciendo, el autobús que se toma, el accidente en la esquina, los retratos sin fondo de los periódicos, los avisos económicos, yo vendo, tú vendes, él vende, oportunidades de tinta, contacto eléctrico con uno mismo, un viaje corto (el más largo), el mismo viaje, el eterno viaje de un punto a otro en el movimiento escondido de los ojos que miran la sangre y corren con ella.

7

(“Usted necesita sol”).

Se parece a la voz del abuelo. Estoy haciendo un mapa de árboles, donde quiero sembrarme. Pinos, palmeras, guanacastes, ceibas, cipreses, eucaliptos, cedros.

(“No sólo el trabajo existe, la diversión es buena”)

La frase suena a estribillo de agencia para excursiones nocturnas. Estoy tapándome los oídos, para ponerme un traje blindado hasta donde lleguen las cosas con el goce de la primera vista.

(“Renovarse es tener alegría de vivir”).

Símil a un anuncio de tiendas. Colecciono zapatos de verano, jackets con cuadros para subir las montañas, interesantes gabardinas para los inviernos.

(“El hombre es el arquitecto de su destino: asegúrese”).

Planeo sobre el cielo raso manchado mi propia arquitectura. Anchos los hombros, largas y ágiles las piernas, unas caderas hundidas, un pecho altivo. La piel tostada, el vello rubio, los ojos azules, inteligentes. Me veo y admiro, empiezo a viajar con mi nueva figura.

(“Defiéndase de las rutinas: busque un hobby”).

Esfuerzos de ocio desordenado se prestan a armar un rompecabezas de cinco mil piezas de cartón engomado. Empiezo a soñarme en multitud de escenas. La del amor imprevisto, que surge violento, que me llama, que me persigue, que me va envolviendo poco a poco. La del encuentro con un tónico embellecedor, que me suaviza, que me hace agradable, que me perfuma, una figura irresistible que gana el más difícil aplauso. La del heroísmo en que me ofrezco voluntario a las tareas más difíciles... hasta que concluyen en un monumento a ella, que sonrío orgullosa con lágrimas en los ojos. (“Era mi hijo, mi querido

hijo, a quien tanto amé”). La de las herencias, renombre, dinero, fama. Escenas de un minuto, discontinuas, cambiadas al antojo de lo más espectacular.

(“Amplíe sus recursos”).

Un sello de neón ofrece llamativas instrucciones en corto plazo. Electricidad, aerodinámica, mecánica industrial, electromecánica, telecomunicaciones, ingeniería de suelos. La voluntad de unos días premiada por títulos, llaves maestras para subir peldaños, ascensores hacia pisos donde el dinero espera para ser regalado. Y... empacho de lenguaje técnico, soberbia de erudito, planificación de ascensos, investigaciones gateadas, indigestión de principios, la cabeza en una botella de agua refrescándose.

(“Viva cada momento plenamente”).

Ensancho los pulmones y respiro, me quedo viendo las cosas hasta no tener más que parchones, camino y silbo, me despego de mí mismo y peregrino, me tiendo como un fauno sobre el césped y me comen las hormigas. Busco las presencias y encuentro las sombras. Me paro y observo la vergüenza pretextada de otras vidas. Me afilo los miembros para recoger mi propia renovación y me quedo envuelto en el no decir nada que respalda el lenguaje de todos en la abundante conversación de los días.

Todas las mañanas el ejercicio mental y me atrevo a dar consejos. Me atrevo a cruzar los escritorios.

—¡Ni caso! Vivo agarrado a mis propias cosas, si me descuido me lleva la corriente.

Tiene la cara ahondada por grandes grietas y sus dientes postizos castañean con las “ves”. Quizás está demasiado viejo. La cajera que va camino hacia la flaccidez (le tiemblan las salidas del sobaco cuando se quita el abrigo), quizás me oiga con más atención.

—¡Ni modo! Ya ni tengo tiempo para rascarme. ¿No sabe de un remedio para hacer más largos los días?

Un caso perdido, qué haría el hombre con los días más largos, habría mucho que inventar para liquidar el aburrimiento. En la puerta se recuesta el mensajero, recuerdo que estuve como él con los brazos extendidos esperando el ascenso.

—¿Qué mosca le picó? ¡Cada maje con sus temas! A mí que me las den enteras. En cuestión de saber vivir, le enseño. Usted es sólo un roco en pañales.

Mensajes interrumpidos. Las soluciones son de propiedad exclusiva, y las mías no eran ni siquiera remedios. Ya estoy medido. Un joven viejo, un acartonado, un molusco del escritorio, un resobador de pequeñas dosis de vida, un marginado temeroso, un pobre remedo de hombre.

(“La singularidad es el perfil de los valientes”).

Me dejo el pelo largo y lo peino con un mechón sobre los ojos. Molesta, pero me gusta el gesto varonil de los dedos encogidos apartando el pelo.

Es un tic elegante. Lo había visto en una película de gansters. Un pequeño bigote en los canales de la nariz. Una suéter de cuello alto. Tres palabras de apoyo: “chingará”, para las ocasiones demostrativas de felicidad, que sonaba como una expresión cubana, sin ser tan brusca como chingada, ni tan vulgar como chinga; “tárcoles”, resonante para las cosas inesperadas; y “charandito”, entre el encogimiento de hombros y el resoplido cuando hace calor.

—Últimamente se ha echado usted a la perdición, se está afrancesando.

La dueña de la pensión me reclamaba indirectamente las ramas de helechos quebrados. ¿Afrancesando? ¡Qué sabe ella de los franceses! Más tarde entiendo el sentido, cuando la cajera lo refuerza.

—¿Por qué no busca novia? Hay gente que lo está confundiendo. Ya sabe usted cómo es la humanidad, al menor pretexto se convierte uno en el postre.

Tengo ganas de demostrarle mi virilidad, invitarla a acostarse conmigo, enseñarle mi sexo completo, confiarle mis aventuras en los cuartos oscuros, decirle que todas las semanas y a veces más a menudo...

(“La sospecha de todo está en uno mismo”).

Ser detective de los otros. Esa sí es una diversión. Descubro que la cajera se guarda algunos vueltos. Lo hace con mucho cuidado, si alguien reclama los reconoce con grandes reveren-

cias y disculpas. Descubro que el jefe se encierra a las cinco con la nueva secretaria. (“Señorita: ¿no le importaría quedarse un rato más?, tengo mucha correspondencia atrasada”). Siempre pasa lo mismo los viernes. Ella con su vestido abotonado, el más práctico y quizás juraría que ese día se pone ropa interior nueva. Descubro que la dueña de la pensión se completa sus entradas colocando sus ahorros (“Sólo una firmita por acá y otra por allá”). Descubro que el mensajero no es tan varonil como aparenta con su grosero vocabulario. Lo espera en la esquina un hombre viejo, en un vehículo casi niquelado. Descubro que el apergaminado del escritorio tiene una leyenda más grande que su sombra, un enredo pasional de sus años mozos. Descubro que me produce una fricción grata las fallas de los otros. Descubro cuál es mi destino, el destino apagado que acepté desde el primer día, en el momento decisivo en que alguien apuntó en una tarjeta “es un niño normal”.

(“Uno más en la legión, ése es el destino”).

Perderme, masificarme, marcar el paso, no oír siquiera el compás, olvidar la independencia, mover la cabeza al unísono, caminar, pasar las etapas anónimo, respirar con las multitudes, perder la conciencia de uno, disfrazarse de todos, dejarse arrear, no salirse de los rebaños, compartir sus placeres, reír la carcajada sonora de la mayoría, consentir en la impregnación de una vida común, aparejarme con la masa, esconder la noche individual que cargo conmigo.

Se quebró un dedo arreglando una silla del zaguán de la pensión.

—¿Se hizo daño, verdad? Sonó como si se le hubiera quebrado. No sabe cuánto me apena.

La señora de la pensión necesita decir siempre muchas cosas y entre todas sus palabras adivino las que se dice frente al espejo, cuando descubre que se apaga, que es algo gastado, que quizás no hay ni un lustre sobre sus años iguales.

—No se preocupe, no ha sido nada. Tengo más cosas quebradas por dentro y ya ve sigo viviendo.

Detrás de la voz, un resentimiento, una queja disimulada, una agrura de recuerdos. La dueña le llena la mano de alcohol y lo venda. Salgo a ayudar y afirma que no tiene importancia, “tan pocas cosas la tienen”.

En un bar, a medianoche, lo encuentro frente a un vaso de ron. El dedo entablillado tiene la importancia de la pregunta y la pregunta es la molestia de la importancia.

—Lástima que no nos hayamos conocido antes. Me he sentido muy solo en esa pensión. Románticamente creía que en esas casas se reunían personas con un destino común. Sólo llegué a conocer a dos viejecillas indagadoras.

Pienso en la niña Julia y en la niña Margarita. (“¿De qué familia es usted?”, “tan joven y tan

solo”, “¿en qué trabaja?”, “¿le pagan bien?”, “¿verdad que tiene novia?”, “¿por qué no se casa?”). Preguntas cuyas respuestas se olvidan. Huecos para perforar la curiosidad de todos los encuentros. Frases masticadas en la facilidad de lo común. Sentadas como estatuas articulantes en los pretilos de su cuarto. Cazadoras de la entrevista frágil, archivadoras del primer reflejo para no dejar nunca que entre la luz directa.

—Ahora ya es muy tarde. Me voy el próximo sábado. Si lo hubiera conocido antes, quizás no estaría frente a la decisión que he tomado.

Compañero de calles, de cines, de restaurantes. Visionario de cigarrillos que navegan en los restos del café. Enterrador de monólogos deshilados. Poseedor de una boya de desgarramientos internos en el naufragio violento de los días que se estrellan contra la soledad.

—Así es que me caso. La soledad es mala consejera para esas decisiones, pero ya he dado mi palabra y se ha definido la fecha.

La fecha. Esas señales que tendemos en el tiempo, a las que tememos, a las que deseamos mantener a distancia... y llegan. Nuestras propias prisiones con barrotes de números, las medidas de uno mismo, las líneas que parecen acabarse y resurgen como siempre en el movimiento de atrás y adelante, sin detenerse. El punto perseguido se alcanza y empieza a pesar en la raya extendida.

—Ella es una mujer buena. Callada, demasiado callada. Esa es una virtud para mí, pero pre-



siento que de un momento a otro encontrará esas palabras tan gravosas del reclamo. Algo muy raro siento, es una especie de temor a que se cumpla lo que toda la vida he creído, que la relación humana es un pretexto para descargar todas las quejas que gravitan en el centro de cada uno.

Las quejas, mis quejas, todas las quejas del mundo. Yo buscando la pareja para descargarlas, para entregarlas, para hacerlas menos gravosas para mí. Disconformidades, molestias, abandonos, dolores apagados, encierros, fronteras intransitables. La queja de las quejas, la queja por la queja, la queja por la no queja. Ella me dio las suyas bajo el signo de la frialdad, sin desbordamientos, enseñándome las distancias y los límites. (Hasta aquí llego yo, desde aquí empezás vos). En el borde de mi distancia, todavía no he podido empezar a quejarme. Siento que las palabras me ahogan. Me arde un deseo de contar mi propia historia.

—Cuando se está solo como lo he estado últimamente, se nublan los ojos ante la necesidad del camino. Se escoge el primero que se presenta. Usted hubiera sido el apoyo para dialogar y ver la perspectiva de las circunstancias.

La soledad en ebullición con sus imágenes, con sus obsesiones, con sus lugares comunes, con esa debilidad que logra fricción en el contacto más leve y engañoso. La soledad sin la fortaleza de uno mismo, ese andar a ciegas agarrándose de las cosas, esa mano tendida hacia la primera persona que pasa.

—He sido de todo. Vivir sin oficio y sin vocación es el problema más grande del hombre. Da una sensación permanente de ser improvisado, encajado a cualquier forma, de hombre que sobra en la organización de la sociedad, de no tener realmente nada que hacer.

Marginal, innecesario, superfluo, verse en un espejo y ni siquiera encontrarse, sobrar siempre, moverse sin dejar un sitio vacío, estar sobre las cosas, arrugar la ropa, ensuciarla, esperar a que nos noten, impresiones leves que no son nada, ni aun partes perdidas de uno mismo.

—Un hogar es un refugio. Tengo ilusión de algo propio, pero también temo. Es parte de los pocos ideales que conservo. Al principio era como un juego que iba seleccionando. Eso no. No me gusta. Ahora no sé si perdí los gustos. Si sólo me conforme con las cosas.

Gustos y cosas, selección, caminos, señalamientos. Asomarse por encima de la gente y gritar: ¡yo! Yo escojo, decido, ejerzo el dominio de la propiedad. De pronto, los sobrantes, recogidos vergonzosamente. “Es que me da lo mismo”. Lo mismo es lo que viene solo, lo que se queda por inercia, lo que ni siquiera se apaña, lo que cae cerca de la mano.

—Sé que algo muere en mí y no me lleno de ilusiones por lo que viene. Las palabras calladas me han venido pesando en el oído. Me he pensado tantas veces, que ya no trato de saber cómo soy. Me basta con creer que soy como los demás.

Los demás, un grupo cerrado, una cara común, una voz dócil, sin sobresaltos, un sueño tranquilo, un quedarse para ser movido por la corriente. Un esfuerzo disperso que deja de ser esfuerzo. Encontrar la cama tendida, una sopa caliente, la sorpresa de un accidente y los demás en las calles, moviéndose a sus horas, esperando los camiones, caminando por las aceras, en el orden oscuro de aquí no pasó nada. La vida con sus hilos de hule, estirando la gente sobre el tiempo.

—Me hubiera gustado caminar con usted por esas calles y quedarme conversando sobre tantas cosas que nos pasan por dentro y rara vez confiamos.

Confesiones sobre las mesas, en las camas; confesiones sorprendidas que en el fondo no dicen nada; confesiones tartamudas, confesiones con ganas de confesarse; confesiones de uno mismo buscándose, para tropezar con las torpes definiciones; descripciones de lo que no se es para llegar a los bordes de la carne con los sentidos abiertos.

—Usted tiene una mirada muy especial. Me dice mucho. En el fondo puedo pesar esas palabras que no dice. Piensa que soy un cobarde porque huyo de mí mismo.

No pensar nada. Nada en el borde de la lengua. Nada entre las miradas que se van sobre las pestañas. Nada en el ritmo nervioso de las manos. Tener la mente en blanco y mentir con las frases automáticas.

—¡No importa! Yo también pienso muchas cosas que no digo y ya no me preocupan. Hay que dejar de oír esas voces internas. Un día en un viaje largo, sentado junto a una ventana mientras el autobús recorría caminos infinitos, pensé que me enloquecían las voces de adentro. Todas desembocaban en un para qué. Para qué ser apenas espectador resumido de la vida.

Espectador al acecho de lo que no es nuestro. Espectador olvidado de uno mismo. Espectador complaciente de los puñales del tiempo. Espectador esclavizado en los detalles. Ver y verse, observar y observarse, creerse en una posición de puntillas sobre la vida y asustarse de sus propios pasos. Juzgar y juzgarse. Por los caminos lejanos yo también me pensaba con horribles palabras.

—En todo caso ya estoy definido, sin marcha atrás. Perdone toda esta confesión.

Se levanta y noto que tiene los hombros demasiado inclinados. El peso de todas las fatigas cosechadas. Desde la cerveza siento la noche que se hace fría y hosca. La mesa está llena de palabras. “Marcha atrás”. Si pudiera marchar atrás, me quedaría por siempre frente a una ventana que dé a la calle, me quedaría como un inválido contemplador del espectáculo humano. Así la hubiera obligado a quedarse por siempre a mi lado, como si fuera un pedazo de carne definitivamente marchita. “Marcha atrás”, hay muchos que ni tenemos eso, ni aún la posibilidad de retroceder en todos los días iguales. Quizás sólo la ilusión de cambiarlos.

—¡Buenas noches!

Camino hasta la casa. Noto que la señora ha cambiado de lugar los helechos. Ya no puedo quebrar sus ramas. El cuarto vecino de nuevo estará solo. El compañero del naufragio ha encontrado un salvavidas con que seguir nadando. Pienso que todo lo que me rodea es nada, que no tiene razón de ser, que es pequeño y pobre, terriblemente miserable para tener conciencia de cosa. Busco la palabra que acierte con mi tontería. Expreso la agudeza de mi solidez en construcciones montadas.

—Buena suerte.

Aislados cuartos de la soledad, olvidos encallados, esperanzas carcomidas, miserias de vida dosificada, remiendos de la propia lástima, cuerpos de insomnios adormecidos, conciencias drogadas, animales domésticos gravitando en los límites de la vida. No te entiendo y no me entendés. Plazas desocupadas que se cruzan, minutos deshabitados con cigarrillos encendidos, lánguidos momentos con perfiles sonámbulos en que se abre la boca vacía.

9

El salón está espeso de gestos cohibidos. No sé ni cómo he llegado hasta aquí. Un impulso a aceptar la invitación de un compañero de trabajo, una rara consideración que no esperaba y que me conmovió.

—Esto se va a poner bueno.

Lo penetro desde su aire impaciente. Es un muchacho que se prodiga sin importarle a dónde va. Sé que parte de un sitio espléndido: un hogar estrecho, superhabitado, en que no hay silencio y se saborea una conversación matizada con el ruido de bolas y de un radio a todo volumen.

—¿Cuál te gusta?

Las mujeres en un rincón, reunidas en un conjunto de sonrisas y gestos diabólicos, miran a hurtadillas a los hombres y esconden su interés en un gesto de recogerse el pelo. Me asustan un poco.

—¿Cuál?

Me gustan todas y ninguna en especial. En conjunto me asustan. Hay una muy alta para mis aspiraciones de un metro sesenta y pico. Otra que se mueve demasiado para los torpes pasos que puedo dar al compás de esa música bulluciosa y rápida. Sin pensarlo mucho señalo a una, rubiecita, que se mira por partes en un espejo pequeño.

—¡Pues, decidámosnos!

Me acerco con ganas de retroceder. Otros también toman la iniciativa y me meto en la corriente. Hago una pequeña reverencia, quizás demasiado. Seguramente le parezco un tonto, algo anticuado. Digo una frase aspirante a concesiones. La sensación de no acertar se agudiza.

—¡Encantada!

La sigo hasta la pista y me equivoco de brazo. Los convencionalismos siempre me desconciertan. Con el preámbulo de unas sonrisas nerviosas, logro acomodarme. Está tibia, demasiado tibia. Mi mano fría suda. Debí secarla antes con un pañuelo.

("Reloj no marques las horas
porque voy a enloquecer")

Los primeros pasos son un fracaso, una descoordinación completa, arranqué rígidamente hacia la derecha y ella hacia la izquierda con unos quiebres que hasta el momento sólo había imaginado en el tango.

("Ella se irá para siempre
cuando amanezca otra vez")

Ahora nos hemos puesto de acuerdo. Estamos más juntos y me doy cuenta de que he olvidado cómo era su cara. No tiene mayor importancia.

("No más nos queda esta noche
para vivir nuestro amor")

Se separa un poco y me encuentro sus ojos grises. Algo melancólicos y fríos como los de ella.

("y tu tic tac me recuerda
mi irremediable dolor")

Las otras parejas lucen con un aplomo que envidio. Trato de acercarla un poco más generosamente hacia mi cuerpo y me rechaza. Surge tensa una mano sobre mi pecho.

("Detén el tiempo en tus manos
haz esta noche perpetua").

Si pudiera conseguir un tema de conversación, podría disimular mi respiración violenta. Todos mis nervios traspiran a través de ese agarrotamiento del aire. Parece que se fuera a acabar y lo tuviera que captar todo en grandes resuellos.

("para que nunca se vaya de mí para que nunca amanezca").

Me voy sintiendo un poco más seguro, pero sé que no debo salirme de los canales de la música. Adelante, atrás, una vuelta, medio lado. Soltura, es cosa de oír las notas y dejarse arrebatar. Recuerdo todos los consejos que me he dado junto a la radio, cuando me imagino en un gran salón, vestido de frac, buscando con la mirada despectiva la que podría satisfacer mis gustos exigentes. Ni baja ni alta, torneada en su esbeltez, blanca aporcelanada, de ojos negros brillantes, con una sonrisa acariciadora.

—¿Estudia usted?

Un signo de la cabeza rompe toda la posibilidad de establecer una conversación. Debo repreguntar pero no puedo distraerme, sé que si aflojo un poco la tensión perderé el canal de la música.

("Reloj no marques las horas porque voy a enloquecer").

La mano en la cintura se me acalambra y la estiro casi forzosamente. Ella reacciona acomodándose en una forma más íntima. Mi sorpresa es tan grande, que la respiración acongojada se redobla.

Empiezo a sentir el sudor de la mano con que sostengo la suya.

("Ella se irá para siempre cuando amanezca otra vez").

Quisiera poner un pañuelo para no perturbarla con mi sudor, pero es un gesto demasiado vistoso. Además me está sudando también la frente y voy a estropear su maquillaje.

—¿Le gusta ese bolero?

Vuelvo a contestar con la cabeza, que ahora no ve y entonces ni siquiera sabe si he respondido.

("y tu tic tac me recuerda mi irremediable dolor").

Pienso que quizás le gustaría estar bailando con un tipo que a grandes pasos recorra el salón con quiebres sostenidos.

("Detén el tiempo en tus manos haz esta noche perpetua").

O con un tipo que le canta al oído a la novia mientras espacia unos besos en la mejilla. Nada, que le tocó bailar con el tonto de la fiesta. Con el que no sabe hablar, ni tomar el brazo, ni dar vueltas intrépidas, ni entretener con una conversación en que despunte la inteligencia.

("para que nunca se vaya de mí para que nunca amanezca")

La orquesta señala el final con un ruido detenido y la suelto como si hubiera estado pecando mien-

tras la tenía en los brazos. Ella se queda en el centro del salón, esperando la otra pieza. Tiene una nariz pequeña y respingada, que parece hablar de un carácter suave y comprensivo. Es tan fácil hablar, por qué no hacerlo.

—¿Hablar? Bueno. La pura verdad es que hoy todo me da lo mismo.

Otra música, un bombardeo de tarros. Casi sin movernos en el centro del salón, nos sentimos en medio de una danza loca que olvidada de todo se bate en la esencia de gestos encogidos, abiertos, rasgos de delirio, explosiones incontenidas, zapateos violentos. La descarga del placer muscular, del consumirse voluntario.

—Y . . . ¿de qué me va a hablar?

Empiezo a sacar mis palabras, mis sonrisas, mis meditaciones, mis pensamientos, mis miedos.

—¡Es usted un caso de psicólogo!

Continúo, llego y salgo de mis soledades, abanico todas mis reflexiones. Ya no oigo la música, sigo parado en el salón, reteniéndola con la mano, exigiendo su atención.

—No podemos seguir aquí. Bailamos o nos sentamos.

La llevo a la mesa con un gesto protector. Con la música brincan violentamente las parejas. Sigo con los relatos desordenados hasta que noto que sus ojos se van cansando, ya no me miran, ven tristemente la ventana, se escapan con cualquier

figura graciosa que caiga dentro de su marco. Trato de llamar su atención.

—Sí, lo estoy oyendo. Es usted un tipo muy pintoresco.

Bajo y subo la voz, me conmuevo de mis propias soledades, me hiero con los recuerdos más patéticos y al final me doy cuenta de que estoy hablando solo, como siempre, como en tantas ocasiones, como cuando me dejó ella, como cuando no me reconoció la Adelilla. Exactamente igual que al afeitarme en las mañanas, al meterme en la cama y buscar el sueño, al archivar los documentos de siempre en idénticas carpetas amarillas, al buscar el día y perderme en el tiempo de mi propia inconsciencia.

Conocer, desconocer y perderse, la eterna lección. Agarrar los momentos para exprimirlos y quedarse con el jugo de su propio sudor. Decir mucho para formar mi personaje y encontrar los trapos sin figura, ejemplos planos de mi precipitación. Girar en la órbita de una creación sin iniciales, masticar palabras y quedarse con letras sin sonido. Sonar a muerto antes de morir.

10

Fue fácil averiguar en dónde vivía. Una casa pequeña, más allá de un parque adormecido con habitaciones grandes para los solitarios. Al principio me quedaba contemplando las ventanas

como si tuvieran una especie de magnetismo. Me conformaba con ver, ver y un día penetrar un poquito hacia el interior. Aprendí de lejos las costumbres. A las nueve de la noche estaban las luces apagadas. De vez en cuando permanecían un rato más encendidas y entonces sabía que posiblemente tendrían una visita. A las siete de la mañana se abrían las ventanas del frente, una mujer descuidada barría el pretil. A las siete y treinta salía precipitadamente el padre, limpiándose los labios y arreglándose la corbata. Un poco más tarde, el que supuse desde entonces que era el hermano mayor. Al ser casi las ocho aparecía muy peinada y empezaba a caminar despaciosamente. A veces me vio vigilando y fingía desconocerme.

Mi acecho se convirtió en una obsesión. Un día y otro desde el parque atisbando la casa. Cada detalle que descubría era toda una conquista. Nunca pude saber cuánto en realidad me interesaba el asunto, sólo podía medir que se iba convirtiendo en un pasatiempo central. No me importaba ni la lluvia, ni el cansancio, ni los fríos. Parado a prudente distancia, iba imaginando una vida familiar que consideraba deliciosa. (Escenas de la bendición del pan. "Esta comida entra en la paz de la familia y por ello te damos gracias Señor". Escenas de las llegadas. "Aquí estamos, de nuevo reunidos. Un día de buen trabajo es un tesoro". Escenas de conversaciones ceremoniales, pomposas entre los padres y los hijos, recibimientos con frases lapidarias, construcción de expresiones solemnes para cada ocasión, una casa de muñecas en que se juega

como si tuvieran una especie de magnetismo. Me conformaba con ver, ver y un día penetrar un poquito hacia el interior. Aprendí de lejos las costumbres. A las nueve de la noche estaban las luces apagadas. De vez en cuando permanecían un rato más encendidas y entonces sabía que posiblemente tendrían una visita. A las siete de la mañana se abrían las ventanas del frente, una mujer descuidada barría el pretil. A las siete y treinta salía precipitadamente el padre, limpiándose los labios y arreglándose la corbata. Un poco más tarde, el que supuse desde entonces que era el hermano mayor. Al ser casi las ocho aparecía muy peinada y empezaba a caminar despaciosamente. A veces me vio vigilando y fingía desconocerme.

Mi acecho se convirtió en una obsesión. Un día y otro desde el parque atisbando la casa. Cada detalle que descubría era toda una conquista. Nunca pude saber cuánto en realidad me interesaba el asunto, sólo podía medir que se iba convirtiendo en un pasatiempo central. No me importaba ni la lluvia, ni el cansancio, ni los fríos. Parado a prudente distancia, iba imaginando una vida familiar que consideraba deliciosa. (Escenas de la bendición del pan. "Esta comida entra en la paz de la familia y por ello te damos gracias Señor". Escenas de las llegadas. "Aquí estamos, de nuevo reunidos. Un día de buen trabajo es un tesoro". Escenas de conversaciones ceremoniales, pomposas entre los padres y los hijos, recibimientos con frases lapidarias, construcción de expresiones solemnes para cada ocasión, una casa de muñecas en que se juega

con altos significados los papeles de la vida familiar).

Después de un mes de estrecha vigilancia, empezó a llegar un joven a la puerta. Hablaba con Elisa hasta las nueve. Debo confesar que averigüé que se llamaba Elisa y que le decían Eli. Algunas noches vi que se tomaban las manos y se embobaban mirándose en los ojos. Otras no sé si llegué a imaginar que se besaban y restregaban sus cuerpos. A veces se me confundía la mirada y desde que descubrí al joven, atisbaba más a distancia. Sin embargo el viento parecía traerme sus palabras. (“Me gusta estar a tu lado. ¡Qué bonita estás! Sos muy dulce. Todavía no te vayás. ¡Cómo se me alarga el tiempo mientras espero verte! Un beso no tiene importancia, es apenas una pequeña muestra de cariño. Ayer estuve pensando en tantas cosas... Vamos, aprendé a confiar en mí, ya no somos dos extraños. Te juro que te quiero... cada día más”). Las eternas palabras del amor se colaban en mi oído y me estremecían. Los envidiaba en ese círculo de entregas y devoluciones. Creía ver la frescura de sus emociones, la sinceridad de aquellos besos, la entrega natural de sus propios sentimientos. Me sentía bien contemplándolos y adivinando sus reacciones.

Una noche el joven no llegó, y Elisa impaciente se salía del marco de la puerta y se acercaba a la esquina. Casi a las diez se dio por vencida. Al siguiente, el joven apareció y el viento me trajo nuevas palabras. (“No pude avisarte, fue algo imprevisto. Pensé mucho y me hiciste una

falta terrible. Estaba asustado de encontrarte enojada. No volverá a suceder. Te juro que no"). Esa noche se prolongó más la visita y hasta creí que en el aire chocaban unos besos húmedos, íntimos.

Le llegué a tomar simpatía. Tenía un gesto despreocupado, casi deportivo, que le imprimía un signo de seguridad en su comportamiento. Caminaba muy erguido como si lo sostuviera una columna vertebral de acero. Lo sentía lleno de palabras apropiadas para expresarse cabalmente, historias picarescas para poner puertas de escape al tiempo, risas juveniles para enfatizar el encanto de su poder entretenedor, manos ágiles capaces de refrescar la piel, ademanes livianos que se imitan inconscientemente. Cuando se apartaba de su puerta, después de las largas despedidas, encendía un cigarrillo en la esquina como si quisiera poner un punto aparte y continuar su vida.

Me fue fácil averiguar sobre su vida. Estudiaba leyes con bastante éxito y ya trabajaba en un bufete. Me dolió constatar que era igual con todas las mujeres y que visitaba más de una puerta. Elisa entre sus brazos era una de tantas, a quien se repetían las frases hechas, se practicaban los mismos caminos del contacto, se ponían las emociones en el momento del encuentro. Me dolió por ella y por mí. Ambos habíamos sido engañados, ella dentro de la escena, yo en el lugar del espectador.

No me extrañé cuando empezaron a escasear las visitas. Elisa parecía que se ajaba. La miraba con tristeza guindada de la puerta, atisbando a

todos los que pasaban, en la esperanza de que alguno fuera él. Y, no volvió más. El viento me trajo nuevas voces (“¿Por qué? . . . se cansó de mí . . . ¿qué se cree? . . . quizás no supe retenerlo . . . hay otras mujeres más audaces . . . se aburríó de este marco de puerta . . . sin comodidad para hablar . . . descubrió que era fea y sin gracia . . . ¡es tan fácil darse cuenta! . . . Lo debo tomar como experiencia . . . pero no entiendo por qué siempre las experiencias son tan amargas . . . No valía la pena . . . aun cuando lo quería . . . Si vuelve . . . le diré que sin él me moriré . . . No . . . si vuelve . . . le tiraré la puerta en las narices . . . ¿qué se cree? . . .) No volvió a salir, se me pasaban los días sin verla.

Una tarde la encontré cerca del parque. Noté que en sus ojos había cierta humanización resignada. Me miró de frente y no pude escaparme. Por primera vez aparentaba reconocermé.

—¡Hola! ¿Vive usted cerca del parque?

Le respondí que no. Me contestó que me veía con frecuencia. Le dije que me gustaba pasear por ahí. Me replicó que podíamos pasear juntos. Con esa introducción empecé a llegar a la puerta que tantas veces vi de lejos, definitivamente ocupada.

—Querer es poder y no me enrede usted más.

Hablábamos de la diferencia sutil y abismal que hay entre poder es querer y querer es poder. No habíamos logrado introducir el vos entre nosotros. Elisa ponía las distancias y yo las respe-

taba. Siempre que la veía, empezaba con mis largos silencios y acababa con las más audaces confesiones.

—Usted ha vivido demasiado solo. Lo comprendo y lo he llegado a estimar mucho. Cuando se libere de todas esas amarras mentales que tiene, llegará a ser muy feliz porque tiene muy buen fondo.

Me miraba con lástima. Adivinaba que la quería y tenía también lástima de ese cariño. En cambio yo no estaba seguro de nada, no sabía siquiera si apenas me gustaba. Tenía necesidad de seguirla, de aproximarme a ella, de ahondar su vida, sus sentimientos y nada más. En mi cuarto a solas, pensaba que no podía quererla, que no me atraía como mujer, que sólo era una compañía en la que me desdoblaba y caía en los fondos de mí mismo. Una especie de estímulo para desnudarme, como la música para ciertas vedettes.

—El problema fundamental de la mujer es que nunca puede escoger, siempre es la escogida. Si pudiera decidir por sí misma, sería mucho más feliz.

Sé que pensaba en mí, que me comparaba, que había una especie de resignación en aceptarme en su puerta cada noche, porque no faltaba ni una. Quise aclararle que no la había escogido, que tampoco la quería, que no existía compromiso alguno, que ella estaba libre para escoger. Pero... era tan difícil explicarle que ni aun yo...

—En este mundo se acostumbra una a todo. Le he ido tomando cariño a las cosas que tengo. No hay más remedio que conformarse, sino se estrella una.

Se estaba conformando conmigo y eso me asustaba. Me parecía que había cogido a una presa rendida de correr en busca de un escape. Era una especie de aceptación resignada, llena de cansancio, que yo no podía querer ni aceptar. (“De todos: ése . . . algo es algo, peor es nada”). No podía aceptarme como el no regalo, como el no esperado, como el no bienvenido, como el no soñado. Apenas como el recurso del que se atraviesa y entonces se le tiende la mano para disfrazar la soledad.

—Creo que es tiempo de que nos tratemos de vos. ¿Querés?

Respondí que sí y las primeras frases salieron confusas, entre el usted y el vos, luego muy forzadas con sólo el vos. Era la vergüenza de la confianza, la rebeldía de hacer convencional lo espontáneo. Sentía que los papeles se estaban invirtiendo y no quería que se me confundiera, aunque me sentía más confuso que nunca. Empecé a hablar de mis incongruencias, de mi esterilidad, de mis cansancios, de mi falta de ambición, de mi atadura a una madre que nunca me quiso . . . hasta de la Adelilla.

—Cada uno tiene su mundo, eso es lo interesante de la vida. ¿No lo creés así?

Hubo un momento en que una mano suya cayó entre las mías. Entonces supe definitivamente

que no la quería, que no la podría querer nunca. Su mano me estremeció por el hecho de que era una cosa concreta que estaba cayendo sobre mí, con raíces permanentes. Comprendí entonces todo el significado de las frases de aquel compañero de pensión, conocido cuando estaba cambiando de destino. Su mano era una propiedad que no deseaba adquirir, un objeto de encuentro, de compromiso. Quise huir y retuve la mano con un gesto de agradecimiento.

—Estamos aprendiendo a ser algo más que amigos. A veces las relaciones humanas no son fáciles.

Surgió la miel casi como un aditamento postizo, me molestaba horrorosamente y la recibí, la esperaba, casi la exigía. Sensaciones confusas que me hacían esperar un momento de frialdad para decir adiós, y una demanda de atenciones y cariños que me envolvían en pañales de ternura y lástima. Un acercarse al amor, a un juego de amor, que no es amor.

—No quiero que siempre me traigás regalitos. No es necesario. Me acongoja que gastés demasiado en mí.

Regalitos para ella, para el padre, para la madre, para el hermano mayor, para el menor. Regalitos que me dejaban en una estrechez económica, que me obligaban a retrasarme en el pago de la pensión, que me llevaron a contraer deudas, a pedir adelantos en el salario. ¿Y, por qué? Porque necesitaba pagar lo que se me daba, porque nunca

tuve la costumbre de los gestos gratuitos, porque me asustaba la aridez de adentro.

—Ya es tiempo de que me besés. Me da vergüenza tomar la iniciativa, pero sé que sos muy tímido.

Un beso tierno tropezó con sus labios abiertos, ávidos. Una secuencia de besos encontró sus suspiros, sus estremecimientos, sus agitaciones. El frote humano desvanecía mi frialdad intelectual. Llegó el momento en que se rehuían las conversaciones y nos acercábamos al placer del cortejo en largos abrazos por donde mis manos se aventuraban.

—¿Tenés mucha experiencia con las mujeres, verdad? Quiero que me lo contés todo.

Rehuía el tema y Elisa se empecinaba. Detrás el afán de la carne. Unos detalles livianos y la exigencia de más, preguntas que llevaban rubores y que al evacuarse alejaban como los animales después de saciarse. Un hambre infinita de saber, que me obligaba a entrar en alcobas donde no había estado, invención de aventuras al vuelo de la fantasía arraigada en el cuarto de una prostituta, apenas sueños de cama sobre el repaso de una película erótica.

—¡Y . . . yo soy una de tantas!

Resentimientos que buscaban la diferencia, altares de rosas para la niña que se deleitaba en el repaso de mis experiencias reales y fantásticas, suavidades del macho ante la necesidad de vestir

de cortesías su propia desnudez, cortinas de humo en la emboscada de las glándulas, caminos de regreso desde el punto vital, simulaciones, pretensiones, escudo de palabras, afirmaciones rotundas . . . lejos en el fondo la verdad de las sensaciones casi sepultadas, escondidas, gritando lo cierto sobre los riñones, sensaciones de mal genio, apremiantes, tímidas, confusas, deseosas de volver a la soledad para repasar este encuentro.

11

Le tenía miedo a ese sábado y quería que llegara con cierta ilusión sádica. Me pensaba comportar como todo un caballero y empezaba a gozar con el despertar de sus apetitos, hasta vencerla y lograr su propia audacia introductora. Podía todo ser tan fácil si controlaba mi sistema nervioso. Pero, no debía, eso era casi un crimen. Recordaba su resignación al encontrarme, esa resignación que todavía guardaba cuando resurgía mi figura real. De un estudiante con fortuna a un simple trabajador sin familia; de un hombre de grandes perspectivas a una simple persona con un salario cada vez más angosto.

—Si hubiera un día en que pudiéramos estar completamente solos.

Ella misma lo había insinuado, además hacía tiempo que me había convertido de espectador en actor.

—El sábado quedaré sola. Se van mis padres con mis hermanos. Claro que han advertido a la sirvienta. Es muy fácil despistarla. Podrás entrar y así... por primera vez me visitarás más cómodamente.

La veía desde un sillón alejado, respetuoso, casi impenetrable. La veía quedando desnuda poco a poco, en una forma complaciente. Me veía rechazando sus insinuaciones. Me veía audaz rompiendo todas sus intimidades.

—El sábado podremos hasta bailar un poco... si querés. O si no nos podemos quedar en la sala y oír música.

Ella también pensaba en el sábado. Lo llevaba anotado en los planes ya hechos. Tenía definidos sus gestos de coquetería, preparada la escena.

—Creo que le podés dar un poco de dinero a Marta y luego la mandamos a hacer un mandado al otro lado de la ciudad. Un billete de cincuenta estará bien, para que tome un carro y el resto se lo guarde. Todo disimulado, para que no se note que estamos comprando su ausencia.

Asentía y presentaba dudas. Una pausa de silencio y un nuevo argumento.

—La conozco bien. Comprenderá la trama y aceptará gustosa. Le fascinará irse un rato con el chulo ése que tiene.

Y el sábado llegó, y me bañé con cuidado, y me afeité nervioso, y me perfumé las axilas, y me puse ropa nueva, un par de medias blancas. Y

le di el billete de cincuenta a la Marta, y aceptó hacer el mandado, y se escabulló pronto diciendo que volvería cerca de las once, y se despidió con un guiño, y entré en la casa, y me senté en el diván azul.

El silencio empieza a pesar. Nadie dice la primer palabra. Ella parece lejana, triste. Noto que el gesto de resignación es hoy más acentuado. Quizá ha hecho comparaciones antes de que yo llegara. En realidad con el otro la aventura hubiera sido más excitante. El otro habría empezado sin treguas. Estaba dejando que nuestros mutuos fantasmas se sentaran con las piernas cruzadas, contenidos y conteniéndonos.

—¿Triste? No. Quizás un poco cohibida. Es la primera vez que estoy sola con vos en mi propia casa.

Un espejo nos mira a cada uno en su sitio, como componentes de un cuadro sobre un pedimento de manos. Ella sirve un refresco y se me atraganta en la garganta porque traté de tomarlo junto a un deseo. Aprendo que los deseos también se tragan, exactamente igual que si fueran comida.

—Si querés, podemos bailar. ¿Recordás la primera vez que nos conocimos? No lograbas coordinar los pies con la música. Espero que desde esa época hayás aprendido a hacerlo mejor.

Adivino que es la oportunidad. Algo me dice que la aproveche y algo me dice que no. Sé que tengo que entrar suavemente. No quiero que me diga

a primera entrada que la creo “una de tantas”. Esa frase la debe tener reservada para ocasiones como ésta. Pone un disco y una música lenta y cadenciosa nos une estrechamente, más de lo que esperaba. Empiezan los besos tímidos a correr por el cuello.

—¡No! ¡Así no! ¿No ves que me hacés cosquillas?

Esas expresiones tan cautivantes, me desmoronan por dentro. Yo capaz de hacer cosquillas. Respiro seguridad en el ambiente, un ligero temblor de manos me traiciona. Ella se acomoda en mis brazos con un exceso de confianza. Su pelo, su mejilla, su contacto tibio, sus pechos aplastados en mi tórax, mis dedos caminando en su espalda.

—Bailás igual de mal.

Paro instantáneamente. Bailar precisamente no era el objetivo. Me he perfumado hasta el último rincón del cuerpo. Estoy afeitado con un decoro casi femenino. Revolotea a mi alrededor modosa.

—¡Vamos! Sólo practicando se aprende. Es cuestión de dejar el cuerpo suelto.

Me dejo llevar fácilmente. La música sin palabras parece decir más cerca. Un beso en la mejilla, otro en los ojos, uno más arraigado en la boca, y los cuerpos se enlazan con fiereza hasta que se equilibran en un solo bloque ante sus propios pesos. El disco se queda ronroneando en el final.

—¡Se acabó!

No la suelto hasta que ella insiste con un gesto coqueto. Otro disco repite la escena y se queda más tiempo en el ronroneo de la aguja pasando el último canal.

—Eso de cambiar discos es una lata. Bailemos sin música. Así podés oír la tuya propia y seguir el compás.

Definitivamente el silencio es la mejor música para bailar. Fue una lástima que el diván estuviera tan cerca. La noche del sábado se fue llenando de miel.

—¡No! Esas son cosas muy serias.

Dice lo que no quiere y calla lo que desea. Su rostro parece dormirse en la profundidad de sus sentidos. Al pie del diván caen las ropas gruesas y luego las íntimas.

—¡Tengo miedo!

Todos tememos abrir la primera puerta. El espejo es el encuentro inmóvil de las apariencias sutiles. ¿Para qué decir lo que pasó? ¿El encanto de un momento? No sería muy adecuado, tuvimos que limpiar con gran cuidado el diván azul. ¿La precipitación de los efectos? Quizás, aun cuando un poco de vergüenza nos hizo reír tontamente. ¿La conjugación de los apetitos? Podría ser, pero el miedo estuvo presente, el miedo al miedo y el miedo de la posesión. ¿La caída de las horas maduras? Tal vez, aunque huimos asustados de la intimidad confiada. ¿El encuentro inevitable? Tantas horas de espera por el fruto ofrecido, por

ese paraíso apenas saboreado, por alcanzar el pensamiento que no se detiene en los oasis. ¿El sopor de los tiempos muertos? Palpitaciones que machacan, aromas en los caminos, estancias ajenas donde se penetra de puntillas, calores en la paz de los sudores bienvenidos, tope horizontal de las raíces escondidas, melancolías del primer paso del pasado que se va formando.

Me voy despacio a mi cuarto a contar las consecuencias. Su risa eterna entre las paredes, su resignación cada vez más acentuada, hijos cansados brotando de su seno, sus manos —con las mismas pecas que las de ella— dividiendo el aire: hasta aquí lo mío, hasta allá lo tuyo. Sus palabras cobrando presencia, cayendo desde el techo, como una gotera oscura. Sus ojos frente a los míos, escarbando, gruñendo, exigiendo, maldiciendo la hora del diván. Inmóviles, frente a frente, qué decís, qué pensás, qué hiciste. Todo lo desteñido, lo que ni siquiera aspira al color, en la mesa gastada en que comemos esos días eternos, monótonos, iguales. Una mesa con manchas de café y boronas de pan. Y mi impotencia económica repartida sobre esa mesa, el colón de la carne, el peso del azúcar, las monedas de la leche... el alquiler creciendo, la necesidad de ropa, las cuentas pendientes de la electricidad, del agua... y por encima el dedo señalando el gasto superfluo, el minuto perdido, la inercia constitucional de mis huesos. Unas espuelas encima de la espalda y una boca abierta, siempre abierta, con el signo de más.

En la puerta hay largos y pesados silencios. Cuando se toma una mano, se piensa en el tiempo. Cuando se da un beso, se tienen presente los besos iguales. Cuando se dicen palabras, se examinan de previo todos sus alcances.

—Hemos cambiado mucho, ¿no es cierto?

No. No hemos cambiado. Nunca hemos estado más iguales a nosotros mismos, nunca hemos sido más auténticos, más expuestamente cobardes. Porque tenemos miedo a confesar que no nos queremos, que nos molestamos el uno al otro, que en ambos ha habido un gesto de resignación sobre uno de curiosidad, que detrás de las sonrisas plácidas se esconde una repulsión viva e innegable. Digo que hemos madurado y el amor se ha hecho real.

—Ahora te gusta estar en silencio. Antes me confiabas tus cosas.

Es que ahora mis cosas no son libres, no son propias, están relacionadas con tus pretendidos sentimientos, ha surgido entre los dos mentiras con apariencia de reales, que hasta tienen historia. Digo que son los problemas del trabajo, que estoy celoso, que no me siento bien, cualquier pretexto para seguir rumiando las vallas de mi propia isla que quiero navegar solo mar adentro.

—Quiero saber con claridad si me querés. A veces dudo tanto.

Las definiciones que se exigen y no se pueden dar porque resultan como un horrible equívoco. Marejadas de palabras que se atraviesan en la garganta y se ahogan. Definir es casi tocar con las manos, es pintar la naturaleza misma, es detener el tiempo y lo que se apaga con él, es dar los aromas propios de cada misterio, es meterse dentro de uno mismo y vomitar hasta volverse al revés. Me conformo con llegar a los oídos con las declaraciones más triviales.

—Los hombres son muy extraños, nunca se sabe lo que quieren. Si se da mucho se asustan, si se da poco se enfrían.

El depósito insaciable de los afectos, la cuenta corriente de las relaciones, la renuncia a la espontaneidad de los acontecimientos, la preparación teatral de los gestos, los aplausos sobre las redes, reacciones por estímulos que se gotean al compás de las necesidades y que luego se adoban como si fueran banquetes. Sólo digo que los hombres son más simples de lo que se piensa, tan simples que parecen contradictorios, tan simples que sólo quieren en el fondo el mundo de sus ganas.

—Antes de conocerte, tuve oportunidad de tratar a un muchacho que era muy especial.

El otro especial: lo sabía desde un principio. El otro era la verdadera figura, al que se pensó dar el regalo, al que se quería entrelazado a los sueños, al que se esperaba con impaciencia, al que se entregaba algo más que la inercia absoluta de la curiosidad. El que sabía despertar con las manos, arrullar con la voz, entretener con la his-

toria, añorar desde la más pequeña distancia, cultivar los recuerdos, mitigar las melancolías. Sé que puse el cuerpo y el otro la gracia.

—Me hizo proposiciones muy extrañas, que por supuesto rechacé de plano. Ahora hay cada tipo que pretende más de lo que una muchacha honrada puede dar.

Frente al diván azul habrá pensado muchas veces por qué no fue el otro. Ahora la historia de una administración equivocada. Rechazó al ejecutivo capaz, para resignarse con el pobre diablo. O tal vez no lo rechazó, simplemente se cansó el otro de sus reticencias, de las promesas veladas que no se cumplían, de los senos que se dejaban tocar a oscuras sin poder verlos. Lo más seguro es que huyó asustado del juego que toma visos de realidad perpetua.

—Apenas aclaré las cosas, se fue para siempre. La pura verdad es que nunca me gustó.

La versión histórica del acontecer cotidiano. El descubrimiento de la mentira creída o a punto de creer, el cristal de la vanidad deformando la pureza intrínseca de cada acto, el papel de la victoria perdida que se esgrime ante la audacia de mejorar por el camino del consuelo.

—Con vos todo ha sido diferente porque había amor. Te pude dar mi pureza.

La pureza estrechada en las noches por el otro, los labios carcomidos y sedientos por la necesidad del otro, la piel hambrienta por los caminos que dejó el otro. Ese afán de trascendencia limi-

tativa que busca las responsabilidades incapaces, ese sueño sacrificado en aras de la resignación. Y... ¿si dijera la verdad? No, no puede ser. La vi en las noches esperándolo con una ansiedad que se transmitía en el aire, la vi entre sus brazos confiada hasta la transfiguración de los rasgos, la vi recibiendo radiante sus íntimos abrazos. Digo que para mí ha sido venturoso su tesoro y que nunca lo olvidaré.

—Me gustaría saber lo que pensás.

Apenas si logro coordinar ideas sobre los motivos básicos en que ruedo constantemente. Si pudiera empezar a desahogarme, si pudiera encontrar la llave que me abra el interior y me permita deshilvanar mi propio enredo en una forma entendible. Si pudiera devolver los hechos y situar el punto álgido de las confusiones. Si pudiera depurar mis propias palabras y deshacer las declaraciones fugaces, que ahora son verdaderas jaulas de compromisos. Digo que no pienso, que me gusta poner la mente en blanco, que a veces me siento muy cansado.

—Hay algo que no veo claro. Sé que me querés porque me lo has demostrado, pero cada vez estás más lejano.

El que huye sabe que el camino de la huida es un corto camino. Se corre y no se avanza, siempre se sigue huyendo hasta que se cae del todo en la trampa de la propia entrega. Empecé a hablar despacio, fríamente, conceptos atrapados que repetí con cierto convencimiento. Era todo figuraciones y por sobre ellas yo el mismo, yo el

reverente, yo el mentiroso. Las palabras se me enredaron y la verdad se mezclaba con la mentira, el desbordamiento, la carrera, el desahogo, la estrechez que reventaba, el origen, la necesidad de atisbar la vida, el entretenimiento del espectáculo humano, el actor confundido, el mentís involuntario, la soledad, el apaño, la cláusula rota, el nacimiento del compromiso, la pretensión de amor, el anhelo de la compañía, la simpatía, el aprecio, la configuración de la aridez, la madre negando, la madre reflejada, el agradecimiento al otro, al verdadero sujeto del amor.

—¡Un sátiro astibándome!

La puerta cerrada y mis palabras a borbotones tropezando con la madera inmóvil, indiferente, silenciosa. Mis palabras atrapadas en la calle desierta, sin pasajeros que se llevaran mis gritos. Borbollones de frases llenas de sentimientos, confidencias de uno mismo que sólo se desahogan en los versos. Palabras con nervios y lágrimas que no se quieren oír, que nadie recibe, que nadie aprecia, que se pierden en la soledad de uno mismo, que no tienen origen en los oídos, que no se escriben, que se regatean como auténticas y nacen de los gritos más humanos y reales.

—¡Es un ser bajo! ¡Quítenlo de aquí! ¡No quiero verlo más en mi vida!

Unas manos fuertes empujándome, llenando de golpes mi estómago, escupiendo mis mejillas, rozando con violencia mis sobacos, alterando mi ropa, tirándome en la calle como una cosa vieja, inservible.

—¡Es un sátiro! ¡Un hijoeputa! No sé cómo siquiera pude aguantarlo una noche. Le tengo asco.

Unas patadas en el suelo me estiran como si fuera de hule. Sé que me patean y no me duele. Sé que tengo hasta sangre en las manos y no me preocupa.

—¡Denle más duro! ¡Más! ¡Que sienta en su propia carne toda la repugnancia que merece!

Me dan al ritmo de una jornada de trabajo. Golpes y más golpes, me tiran y me recogen, puñetazos, patadas, improperios, me alzan como a un muñeco, me balancean y me acuestan violentamente, manotazos, escupites, más patadas, andan sobre mí, me restriegan contra la calle, me rompen la ropa, me abren las llagas, me untan de mis propios vómitos, nuevos puñetazos, ya no sé si estoy en el aire o en el pavimento, palabrotas, golpes que sigo sintiendo cuando ya no hay nadie, cuando me arrastro solo, cuando me orino del terror de no poder levantarme, cuando me admiro de estar aún vivo, cuando la calle se convierte en una cama sobre la que velan uniformes blancos.

13

Recuperarse es nacer de nuevo. Poco a poco fui abriendo los ojos y deleitándome con los rayos de luz. ¿Habrá podido alguien apreciar lo ma-

ravillosa que es la luz y la que el ojo guarda dentro de él? Todos los tesoros del mundo son siluetas añejas ante un espectáculo del cielo. En la cama, inmovilizado por mis dos piernas rotas, no sé cuántas costillas quebradas y el hombro desmontado, me deleito como un fauno con las más mínimas señales de vida. La hormiga que se aventura en aquel ambiente antiséptico, la mano de la enfermera que corre por las mañanas la cortina, el pedazo azul que me inunda de alegría, el jugo de naranja fresco que me perfuma la boca, el interés que para la hilera de gente vestida de blanco representa mi caso.

—Sigue mejor. Ha reaccionado usted muy bien. La juventud siempre vence.

No creí concebir tanta felicidad. Era objeto de indagaciones, de algodones que corrían llenos de suaves contactos, me enderezaban con delicadeza, me preguntaban sobre la postura que quería tomar, me limpiaban y me afeitaban. Además, tenía una hoja clínica en que se anotaba mi más pequeño movimiento. El amor a la humanidad se concretaba en mi propia carne. Hasta llegué a coquetear, a explotar mis propios dolores.

—Con esta pastilla le pasará. Le conviene dormir un poco.

El vaso de agua fresca, la almohada limpia, la sábana cuidadosamente estirada. Una sonrisa en las mañanas, un desayuno ordenado y una mano aproximando a la boca pedacitos fríos de papaya.

—¿No reconoció a alguien?

Claro que tuve mis molestias, cuando me recuperé un poco fui interrogado por la policía. Sus preguntas me trajeron recuerdos que quería olvidar y casi he olvidado con este nuevo goce de la vida. ¿Cómo y cuándo? Una historia hilvanada rápidamente sobre un asalto.

—¿No tiene idea de quiénes fueron?

Estaban embozados, eran muchos, cada uno me golpeaba, pero luché hasta lo indecible. Me dejaron casi muerto. Libreta en mano se anotaban mis declaraciones.

—¡Hum! Lo raro es que después de dejarlo tendido, inconsciente, no le robaron nada.

Seguramente se asustaron. Por otro parte, no tenía nada que valiera la pena. Sólo yo mismo, espectador de una vida que de pronto se despertaba deliciosa. Esto último por supuesto no lo dije. Una enfermera me enseñó un recorte de periódico, que relataba toda mi hazaña, con el título de “El relajo actual: los delincuentes operan libremente”. Más abajo mi nombre y la indicación de la lucha sostenida: todo un héroe. “El joven en referencia se defendió con la nobleza de sus fuerzas. Aun con riesgo de su vida, se opuso al grupo de amigos de lo ajeno. Salió mal parado en esta lucha desigual, pero supo también hacer estragos. Los delincuentes huyeron sin el botín. Nuestro héroe se recupera ahora de sus heridas. Este periódico elogia su hazaña y hace votos por su salud”. (Elisa se reiría con asco, vomitando ‘cobarde’, “mentiroso”, “un no vale

nada". Ya debe haber mandado a cambiar el diván).

—Aquí en el hospital también estamos orgullosos de usted. No es cualquiera el que se opone a esos bandidos. ¿Sabía que...

Era el autor de una mentira, el creador de mi propia leyenda y había logrado que se imprimiera con la veracidad de las letras, mientras Elisa paseaba sus rotundas verdades con un gesto ahogado. También debió mentir y contar mi leyenda de sátiro, de anormal a su familia. Pero yo me sentía insensible a su mundo. Era como si hubiera hecho un viaje y ella hubiera quedado en otro continente.

—Tiene visita.

Unos momentos después recibía la visita de un compañero, con el recado del jefe de que se guardaría el puesto a tan valiente empleado, además de medio salario mientras me recuperaba. Una sensación de rosas caídas del cielo.

—¿Durmió usted bien anoche?

Contesté que regular. El reconocimiento de mejorar me asustaba profundamente. Lo mismo las nuevas radiografías y los exámenes constantes. Tenía miedo de que me dijeran que mañana o pasado tendría que marcharme.

—Va muy bien. Un poco de paciencia y pronto podrá pasear de nuevo o buscar nuevas aventuras.

Ese tono de humor que ponen los médicos aun ante los enfermos más graves, una defensa al sentimentalismo, me llenaba de ternura. Se me asemejaban a sabios que, envueltos en el poderío de conocer todas las cosas ignoradas por uno, todavía tenían el gesto condescendiente de una sonrisa, de una amabilidad, de un apoyo para calmar esas ansias de cariño que se despiertan en un enfermo. Me estaba poniendo cursi y era que estaba reblandecido. El menor gesto me conmovía, la más pequeña atención me cautivaba.

—¿No lo he despertado?

Mi enfermera reunía todas las condiciones que uno quiere en su propia madre: suavidad de gestos, comprensión, falta de asco para los lugares más íntimos, una voz dulce, unos ojos piadosos, atención para las majaderías, temor a incomodar, fortaleza en las manos, sonrisas permanentes en el rostro, sensaciones de cercanías, pausas de silencio inteligente, afán de servicio.

—¿Le apetece algo para comer?

Ahora me doy cuenta de que nunca en la vida se me ha consultado que quiero comer. Esa avena espesa que cargó mi infancia, esos frijoles molidos que hacía caer en mi estómago en pelotitas pequeñas, ese arroz blanco con unas tiras de chile dulce, esos bollos de pan insípidos, esa carne nadando en una grasa fría, ese plátano maduro siempre seco, esa papa anémica. Menús repetidos a lo largo de la vida sobre el lujo de una cocacola. Mesas con platos sin recuerdos. Sopas donde naufragaba mi cansancio. Cucharas y te-

nedores sin adornos, con las letras sagradas de la pobreza. Uniforme alimentación para la uniforme vida. Me apetece una gelatina temblorosa, el manjar de los días cuando las glándulas se inflamaban en dolorosas calenturas. Y me apetece sólo eso porque no tenga imaginación de paladares.

—Ahora, duerma un rato. Un buen dormir es la mejor cura.

Dormir y soñar. Sueños tan hondos que la memoria no los alcanza. Sueños tan despiertos que se quedan en la punta de las yemas. Sueños tan vivos que me extraño de encontrarme en el sitio de siempre. Y el sueño grande, el infinito, el de todos los días amargos, en que retrocedo por un mundo que avanza, en que me olvidan, en que no soy nadie, en que me estrujo la carne para llegar al grito y el grito es un sordo tropezar contra paredes infinitas, cerradas, por donde es imposible un paso.

—¿Cómo es posible que no lo venga a ver su madre?

La respuesta empapada de angustia, las palabras con lágrimas corriendo por la garganta, porque se llora por dentro, se llora más por dentro que por fuera, las lágrimas corren saladas y queman el estómago. No hay madre, no la conocí, huérfano desde siempre. Madre hubo, pero no mamá. Ese ser que se pinta con un regazo inmenso, que nos recuesta contra el pecho, que nos espera tras la ventana, que nos mece, que nos va protegiendo con los pequeños mimos. Los pechos que tuve

fueron dos botellas frías y un chupón de hule para que no moleste y que mordía sin esa gana inmensa de sentir el dolor del otro, para empezar a vivir consciente de todas las heridas y dolores que significa el crecer como una unidad separada del vientre, de la cuna, del cuarto, de la calle.

—¿Y, no tiene novia?

Elisa con su cola de caballo. Elisa con sus lazos rojos. Elisa con su mirada perdida en el parque. Elisa desnuda en el diván azul. Elisa con el látigo en la mano. Elisa en la lucha de los sexos. Elisa desplomada en su conciencia. Elisa en el borde de la conquista. Elisa llorando sus descubrimientos. No. No tengo novia, aventurillas pasajeras que ni siquiera dejan un golpe.

—Pronto se casará. Para todos da Dios.

Para todos, ¿aun para mí? Pero, si Dios me ha olvidado. Yo soy un olvido de Dios. Un ser que se le perdió en el rebaño, escondido entre tanta gente, un pobre muñeco de multitudes, uno que vistió de uniforme y después no lo pudo distinguir. Le debió haber pasado lo mismo que a mí con los negros, que no puedo saber cuál es John y cuál es Peter; o con los chinos simétricos en sus caras iguales, con sus cortesías comunes, con sus ojos golpeados, con sus manos pequeñas; o con los gringos que desfilan, abanderados de ojos claros, casi albinos, rostros del sol servido en conservas. Mi Dios está cruzado de manos, paralizado como una estatua inexpresiva, no me ha mandado sus rayos, ni me ha enseñado su amor.

Si hay cielo no podré entrar, porque me dirán que no fui hombre, que pertenezco al mundo de los títeres, que soy el germen de una mala imaginación, un desliz de algún creador barato. No pertenezco a la gran creación, a la que se pasea en carro y sale en los periódicos, a la que tiene voz y se le oye, a la que toca y se le espera, a la que se sienta a comer con la vista en el mañana.

Me sonríó con una sonrisa maliciosa. He aprendido a sonreirme para tapar todo lo de adentro. La mueca del apuro, del silencio, de la impotencia, del ahogo, del disimulo, de la resignación, del para qué otra cosa, del agarrarme sin base, del aquí estoy yo que soy nadie, de la confirmación sin piso, del titubeo, del sostén de mi epilepsia, del ataque de mis de repente, del mejor me callo.

14

Las cosas buenas se acaban siempre. De ser contemplado paso a mis propias contemplaciones. Ahora estoy en el cuarto. Solo como siempre. Me quedan las costillas rotas, que me duelen cuando respiro. Los pocos que me visitaban se han cansado. Mi cansancio produce cansancio. La señora de la pensión me ha traído un libro que entretenga mis soledades.

—La lectura siempre hace bien.

Ajado, con las páginas derretidas, las puntas dobladas, algunas partes con el resobo del tiempo, de las manos, del sudor, del trajín, libro de muertos bebedores de palabras. Me atrae su vejez tan mía y lo dejo reposar en las rodillas como si me estuviera conectando con un mundo oscuro bajo mis pies.

—Este libro ha ido pasando por la familia.

Es demasiado grande, con una letra diminuta. Lo ojeo con pereza y sin darme cuenta empiezo a leer y me emborracho de sensaciones vivas, una humanidad valiente y heroica se suspende en mis ojos. "... hijodalgo de solar conocido, de posesión y propiedad y de devengar quinientos sueldos... de complexión recia, seco de carnes, enjuto de rostro, gran madrugador y amigo de la caza... y así del poco dormir y del mucho leer se le secó el cerebro de manera que vino a perder el juicio... yendo, pues, caminando nuestro flamante aventurero, iba hablando consigo mismo y diciendo: ¿quién duda serio que en los venideros tiempos, cuando salga a luz la verdadera historia de mis famosos hechos...?". Un hombre que empiezo a tocar como vivo, que tenía un pasar, que tenía una figura, que tenía una edad, que tenía una familia, que se intoxica de heroísmo, que no lo detiene el rigor del pensamiento, que se lanza a los caminos a realizar su propia idea, un hombre libre que empieza a tropezar con la risa, que se le señala, que humaniza en sus contactos, que crea sus propias armas, que adelanta su paso, que hace valer su voz.

“Cada uno es hijo de sus obras”. Objeto de la burla, objeto de la locura, objeto del sinsabor, objeto del acontecimiento imprevisto; propio sujeto de sí mismo, cuánto dudaría caminando, en qué lugar enterraría sus recuerdos, con qué ligadura ató su lógica, qué remedio usó para su liberación.

“Yo sé quien soy”. La seguridad de perderse, de caer en la propia epilepsia, de quitarse la ropa corriente, de tropezar con lo cotidiano, de erguirse como un núcleo de carne y de espíritu. Y yo no sé quién soy, ni quiero saberlo. Cierro el libro con pavor y lo vuelvo a abrir con sadismo.

“Esta aventura y las a ésta semejantes no son aventuras de ínsulas, sino de encrucijadas, de las que no se gana otra cosa que sacar rota la cabeza o una oreja menos”. ¿En dónde están esas aventuras en mi imaginación de dos por dos son cuatro? ¿En dónde podría encontrar los dolores que me dieran conciencia de ser hombre? ¿En dónde poner las metas de mi pasajera existencia? ¿En dónde proyectarme como rebotante objeto y como enriqueciente sujeto? Yo, remedio vergonzante de mis propias tristezas, que no he hecho más que lamentarme por dentro. Maricón de nacimiento. Cobarde sustancial. Endeble personaje de los lances reales. Miedoso espectador de la vida. Los únicos palos me los llevé por negar a Elisa, por el miedo de querer, por el espanto de precipitar un camino, por el esfuerzo vacío de reconocermé como un ser vivo.

“La humildad con que mi alma te adora... Yo voy a despeñarme, a empozarme y a hundirme en

el abismo que aquí se me presenta, sólo porque conozca el mundo que si tú me favoreces no habrá imposible a quien yo no acometa y acabe". ¡Oh pozo fértil del amor que quiero encontrar, del que necesito beber! Ése es el generador por donde se encuentran los caminos, ése es el billete que nos siembra flores por dentro, ése es el estímulo fuerte de los peregrinos, ése es el néctar que alimenta a los valientes, ése es el fondo musical que oyen los sordos a lo cotidiano, ésa es la raíz del heroísmo. Elisa era amor, ahora lo comprendo. Elisa era el punto intocable al que no quise llegar. Elisa era la fuente de la vida de la que rehusé beber. Elisa era la estrella que se negaron a ver mis ojos miopes de cansancio. ¿Y si la buscara de nuevo, y si le dijera que soy un hombre diferente, lleno de luz? Los naipes se desbaratan al primer impulso. Siento repulsión de sus ojos, de sus manos, de su voz. Debo buscar mi punto central. Quizás el amor que me falta sea mi propio amor, el amor de mí mismo. "El miedo que tienes te hace que ni veas ni oyas a derechas". Encerrado, ciego, sordo, miedoso, acobardado, simple resuello de mí mismo, buscando mis calenturas, escondido en el arpegio de mis melancolías, con temor a encontrar el eco, con terror de oír mi autenticidad plana, con escalofríos de ser el consumidor de los desechos. El miedo que me tengo, me encierra sin perfiles. Me envuelve sin amores. Me adormece sin odios. Porque no me he atrevido a odiar y debía hacerlo. Odiar lo que se me ha negado. Odiar a los que me han negado. Odiar mis vergüenzas, mi esterilidad, mi pasivo de página blanca.

“...Allá se lo haya cada uno con su pecado; Dios hay en el cielo, que no se descuida de castigar al malo y de premiar al bueno, y no es bien que los hombres honrados sean verdugos de los otros hombres no yéndoles nada en ello”. Mi afán de ser víctima, mi creencia oculta en una justicia resplandeciente que pondría los puntos sobre las íes y este hombre que habla en el tono de su propia locura con tanta propiedad, con tanto viso interno de meditación profunda. Mi primitivismo elocuente en los sinos desgastados que de pronto encuentran un panorama de reconocimiento sin moverse, ese conformismo de digestiones hechas por otros.

“Yo valgo por ciento . . . ¿Leoncitos a mí? ¿A mí leoncitos, y a tales horas?, ¡oh hombre de poca fe!” La fe y el amor son lo mismo. ¿Qué fe tengo yo? Me escondería ante el león, como también huiría el rebaño. Nunca sería el valiente que se le enfrentara, pero me dejaría devorar. Me ofrecería a ser el plato. Si todavía mataran en los circos romanos a los cristianos, iría gustoso a hacer demostración de fe. Daría el espectáculo de un segundo, con la única fe de quedar tranquilo. Descubro que nunca he tenido fe en la vida, que mi única fe ha estado en la muerte. Morir en el momento oportuno, ésa ha sido mi ambición, morir lentamente con conciencia del paso final, morir con la dignidad necesaria para ganar la muerte en el círculo del acontecer verdadero, morir con la frente abierta, sin un gesto de cobardía, sin querer quedarse en los adioses, morir libre y solo. El momento de la muerte es el mejor momento de la vida, sobre todo si al

fondo hay un espectador, el único que merece ver la etapa de ese viaje: Dios.

“Mis intenciones siempre las enderezo a buenos fines, que son de hacer bien a todos y mal a ninguno . . . yo no sé si soy bueno, pero sé decir que no soy malo”. La definición de lo que no se es, logra llevar a lo que se es. Este hombre infinitamente bueno, llega a reconocer que no es malo. Pero yo, ni bueno ni malo, mezcla de los colores sin luz, de los grises que se pierden en los horizontes, de las lloviznas que no llegan a ser lluvias, de las repeticiones que hacen perder el énfasis, de los énfasis que entierran el discurso, de las copias que niegan el desplante de la figura original. Ni bueno ni malo, apenas incoloro, insípido, inodoro; ni caliente ni frío, apenas llegando a tibio. Eso sí: cansado dentro del mal, cansado dentro del bien.

“ . . . Y dar a entender a mi dama que si en seco hago esto, ¡qué hiciera en mojado!” ¿Cómo alcanzar la altura del mojado? ¿Por dónde inundar mi alma de las aguas excitantes? ¿Cuál es el paso para dejar esta sequedad que a veces me parece que deja tras de mí una nube de polvo seco? Y él, que actuaba en seco por su dama, apenas si hace comparaciones con actuar en mojado. Y yo, estacionaria paja del tiempo, me arrinconó sólo para ser soplado. Cruzada del silencio por el desierto, seco por dentro y por fuera, sin posibilidad de mojarme nunca. Él da en seco porque está mojado en su fondo, es el fructuoso por esencia, yo el simple estéril que pararon unos minutos sobre el mundo.

“Yo me veo enjaulado y sé de mí que fuerzas humanas, como no fueran sobrenaturales, no fueran bastante a enjaularme”. Él, enjaulado provisionalmente, porque nadie podría detener su fertilidad. Yo, simple cifra sin sentido, formando las barras de las jaulas para los otros, porque debo confesar que mi sustancia es la prisión misma de todos los hombres, porque el seco es el negativo, el espectador indiferente, el que no aplaude ni silba, el reverso de lo humano, el títere colocado al azar, porque yo ayudo a enjaular a los otros, porque no encuentro la dimensión de la vida, porque no soy medida, porque en mí no hay siquiera un centímetro de pasión mojada o seca.

“...Juntos salimos, juntos fuimos y juntos peregrinamos; una misma fortuna y una misma suerte ha corrido por los dos... soy tu cabeza y tú mi parte... y por esta razón el mal que a mí me toca o tocara a ti te ha de doler y a mí el tuyo”. El hombre fértil tiene a su alrededor el mundo de la amistad en que se proyecta, se refleja y bebe el mismo caldo del dolor, para crecer siempre como hombre, para sentirse ser, para no consumirse en el olvido, en ese olvido gigante que bordea todo acontecer con murmullos pretendientes de vida. Yo solo, completamente solo, sin amigos, ni parientes, bajo el signo total del olvido, olvidado de Dios y de mí mismo, archivado en el expediente de las cosas perdidas.

“...No me engañes ni quieras con falsas alegrías alejar mis verdaderas tristezas”. Diálogo con el amigo, poniendo los puntos sobre las íes

en la conciencia misma de la frontera de cada uno. Halagos al oído que parecen engañar y son nada más que los reflejos de uno mismo, que la ambición de la esperanza, que la voz reconfortante que se sale un poco de la propia lengua detenida en la salsa de las esencias que requiere y clama el sabor denso de las especies. Yo sin halagos, sin falsas alegrías, sin las palabras de aliento y de consuelo, sin que nadie me alegre mis verdaderas tristezas.

“Señores, vámonos poco a poco, pues ya en los nidos de antaño no hay pájaros hogaño”. Vámonos poco a poco para no irnos nunca, o para irnos del todo, con la presencia de la obra, con el resuello del cumplimiento, con la sensación de haber vivido. Yo me iré sin irme, porque nunca estuve. No tuve nidos de antaño, ni pájaros hogaño, porque no soy tiempo ni espacio. Para ser tiempo necesitaría una medida más alta que la de mi propio organismo. Una voz, humana o divina, a la que diría “vámonos”. Para ser espacio, tendría un lugar con el sello de mi propiedad, donde yo fuera habitante, dueño, señor. Mi sitio es movedizo, sin distinción, puede ocuparlo cualquiera o yo, no hago falta en la promiscuidad de las masas. No tengo un lugar de donde irme para separarme con ese “vámonos”.

El libro me enfermó el alma de una vida desconocida que sonaba contra mi seco silencio, contra mi estéril paso, contra las paredes de mi cuarto, contra mi estómago cargado, contra el lance de mis costillas rotas, contra la paja del colchón gastado por mis insomnios, contra esas horas con

señales para todos menos para mí, contra mi mano extendida y vacía, contra mi cosecha de cansancios, contra mis voces lastimeras, contra mis importancias de títere.

15

De nuevo en el trabajo, frente a las rutinas de siempre. Mi aventura se fue olvidando poco a poco, aunque a veces hacía esfuerzos por recordar mi heroísmo. Llegué a creer que los golpes que me dieron, que aquel asalto en la noche, que la violenta defensa de mi integridad, eran mi mejor pasado, por lo menos el único que podía sacar a relucir. Mis oyentes se fueron cansando de la historia y cuando traía a colación lo sucedido, me iban dejando solo. Un día alguien desfiguró mi cuento, lo fue haciendo cada vez más ridículo, hasta que también tuve que llegar a avergonzarme de mi trágicamente mentira.

El único problema que me apareció en aquellos días, fue el de que las deudas crecían y el sueldo iba dejando de tener relación con la forma de vivir. Encontré un gran placer en gastar el dinero a diestra y siniestra. Todo lo que se vendía a pagos, pasaba sin mucho pensar a ser de mi propiedad. El cuarto se hacía pequeño para guardar el televisor, el radio, los libros, el calentador, la máquina de escribir, la máquina de afeitar, la grabadora, montones de pequeñas y grandes cosas que adquiriría por una mínima prima y debía

seguir pagando mensualmente hasta el fin del mundo. Comprar era darle un poco de sentido a mi vida, y no me regateaba ese deleite.

Ante las amenazas de los acreedores, empecé a tomar dineros en préstamo. Firmar documentos, promesas de pagos, cheques en blanco, mi nombre, mi dirección, mis identificaciones personales, mi cédula, mi firma. Era alguien. ¿No es un cualquiera el que se compromete? Me convertía fácilmente en cliente, en autor de pagarés, entonces escogía, determinaba, reclamaba. Todo un yo moviéndose.

—Su sueldo está nuevamente embargado. A la empresa no le conviene esa situación.

Venían las otras promesas: las de arreglar el asunto en corto plazo, las de superarme económicamente, las de poner coto a los embargos. Prometía en breve lapso sanear mis finanzas. Me sentía hablando en el lenguaje de los economistas. Las frases caían verticalmente desde mis despropósitos, porque no pensaba poner fin a esa situación, ya no sabía ni cómo hacerlo, había dejado de sumar el monto de mis deudas. Y ese desorden me producía un deleite extraño. Me buscaban los acreedores por todas partes y yo era el inventor de los pretextos. Llegué a imaginar las historias más inverosímiles. Hablé de una herencia. Justificaba mis deudas en la enfermedad de ella. ¡Pobrecita! Un cáncer. Tenía que hacer todo lo que estaba a mi alcance por procurar la mejor atención en sus últimos momentos. Al fin y al cabo era mi madre, mi querida madre y yo era su único amparo.

—Este es el último embargo que le admito. Si llega otro, lo siento mucho pero va usted para fuera.

Comprendí que necesitaba otros ingresos. Quizás un trabajo adicional, por las noches. No, no podía ser. Si trabajaba en las noches, perdería la oportunidad de deleitarme con las cosas que había adquirido. Apenas llegaba a mi cuarto, ponía el televisor, el radio, la grabadora, a veces al mismo tiempo. El ruido me calmaba la soledad, cargaba mis oídos de expresiones extrañas, ininteligibles, caóticas, absorbentes. El ruido de la vida de los demás y yo el oidor pasivo que lo atrapaba. Me sentía en la corriente de los sucesos mundiales, en la primera fila del espectáculo humano. No podía sacrificar ese placer.

—Espero que usted haya oído mi advertencia con la seriedad que tiene.

Más ingresos. ¿Por dónde? La cajera tenía su fórmula. Yo tenía que encontrar la mía. Estaba decidido a imitarla, ¿pero cómo? ¿Una manera de hacer dinero? El asunto no era tan fácil como el deseo, la gente maneja sus valores con extremo cuidado. Las billeteras se guardan en el lugar más sensible. Los grandes billetes se encierran en cajas de seguridad. Lo comerciable se anota en inventarios permanentes. En realidad, es trivial aspirar a que las manos se llenen de dinero en una forma espontánea que no existe, pero conseguirlo, meterlo en el propio bolsillo, eso es cuestión de trabajo, de organización, de pensamiento, de audacia. El ladrón es respetado.



un creador de escapes para su provecho en los templos sagrados de las custodias. No quería ser un ladrón. Me asustaba el título. Sólo quería una fórmula como la de la cajera.

—Tiene un mes para levantar ese embargo. Y ni un día más.

Tan cerca de mí, al alcance de mi mano, rodeándome. Comencé a llevarme unas poquitas cosas que vendía casi regaladas. Me entretenía en el momento de salida, cuando el jefe convocaba a su secretaria después de las cinco; o, llegaba muy temprano en la mañana. Cogía lo que me cabía en las bolsas o en pequeños paquetes. Luego pasaba a una pequeña compra-venta y cambiaba las mercancías por dinero. El asunto iba muy bien. Levanté el embargo, llegué a ponerme al día en ciertos pagos urgentes y normalicé la situación económica. No pensaba pasar más allá... y la tentación de llevarme las cosas se convirtió casi en un vicio. La pura verdad es que en este mundo hay una injusticia primaria que se debe resolver. Algunos tienen mucho, nadan en una abundancia y otros apenas si podemos vivir, es más no vivimos, somos realmente miserables. Debía contribuir a reparar esa injusticia. Mis adquisiciones no eran lujos, eran remedio para mi soledad, huérfano de todo necesitaba mi pequeño refugio. El hambre y el pan son símbolos de las circunstancias y grados de pobreza.

—¡Qué extraño! No aparece la factura de venta de esta mercancía, y ya se ha agotado la existencia. Pareciera que hay ladrón casero.

Esperé esta frase escondiéndome en el escritorio, y la frase no llegaba. A veces me sonrojé cuando alguien habló de los amigos de lo ajeno, aunque me daba cuenta de que no se referían a mí. Temblaba cuando llegaban los días del inventario, pero aparentemente las cosas salían bien. Llegué a acostumbrarme. Había encontrado la puerta mágica de mayores ingresos.

—Me han caído los detectives y me han revisado las existencias. No sé si será por culpa suya. Yo no he dicho nada, ni me encontraron lo que buscaban. Por algo sé trabajar como un hombre honrado. Sin embargo, cuídese.

Me cuidé. El tipo de la compra-venta era buena gente. Lástima que me diera asco su mirada turbia y sus manos temblorosas de avidez. El aviso fue oportuno porque las trampas surgieron. Una vez encontré un dinero olvidado en un escritorio y lo devolví al jefe. Si era una trampa, el ratón no era tonto.

—Me complace reconocer su honradez. Es usted una buena persona. La empresa necesita gente como usted.

Hubo un día un revuelo especial y despidieron al mensajero. Nadie supo la causa exacta. Parecía que todos habíamos estado bajo sospecha. Se habían venido desapareciendo ciertas mercancías. Ahora todo se había aclarado, aun cuando no se logró comprobar nada concreto al muchacho.

—Pobre tipo, pero la verdad es que era un pachuco cualquiera. Un igualado que no merecía el trato generoso que le dábamos.

El contador así lo calificaba. Llegué a creer que merecía el despido. Definitivamente era insolente y un pachuco. Los pachucos debían ser desplazados de todo lugar decente. La tranquilidad de conciencia me hizo ganar unas libras, y ante el aburrimiento de los días iguales decidí contraer una nueva deuda. Una consola estereofónica con una colección de discos. Para pagar la prima tuve que deshacerme de la grabadora, el tipo de la compra-venta me dio desventajosamente la suma necesaria.

—¡Caramba! ¡Ahora sí me trae un pez grande!

Nuevamente se presentó un desbalance en los ingresos. Otro embargo en el salario. Me deshice del radio, de por sí el televisor era más completo. Fui manteniendo la situación día con día, pasando el dinero de un lugar a otro. Me embriagaba el juego de mis finanzas: inversiones, pagos, ventas, compras, adquisiciones, repuestos, implementos complementarios, las últimas novedades, abonos, deudas exigentes, facturas, cobros, cheques, fechas, promesas, alargamientos de lo que se pueda, atención de lo perentorio, sacrificios en el desorden y lo superfluo, lo novedoso con prioridad.

—Tendrá que buscar un nuevo lugar donde vivir. ¡Ya mis huéspedes no aguantan los ruidos!

Las viejecitas del pretil se habían quejado. Al principio les llamó la atención los aparatos que adquirí y hasta algunas veces las invité al programa de televisión. (“Qué de cosas pasan en el mundo”. “Fijate que falta de pudor”. “Son ins-

trumentos del diablo". "El padre Ramírez dice que éste es el inicio de la perdición del mundo". "Sólo crímenes".) Sus ojos ávidos detrás de las imágenes, las bocas abiertas en el hilo de los argumentos, suspendidas, hipnotizadas, con los pies fríos colgando encogidos. Un día no volvieron. Dijeron que no a mis invitaciones. ("El padre Ramírez, nuestro confesor espiritual, dice que..." ¿Perdición a esas edades?) Ahora con la consola alegaban no soportar los ruidos. Explicué a la casera que únicamente un poco fuerte era posible apreciar los sonidos bajos y altos. Se mantuvo en su decisión.

—Me han dicho prácticamente que escoja entre ellos o usted con sus ruidos. Con franqueza los tengo que escoger a ellos, que son puntuales... en cambio usted...

Sabía que afrontaba un problema típico de la envidia. Nadie soporta la presencia de las cosas gratas en la morada del vecino. Empecé a buscar donde alojarme. Conseguí un cuarto individual, casi en el techo de una casa desmantelada. Adiviné que debía ser muy caliente de día y demasiado fresco en la noche, que tendría que convivir con ratas y gatos, pero acepté gustoso. Tenía algo de verdadera independencia, hasta me daba posibilidad de recoger alguna amiguita en la noche sin tener que estorbar el hipócrita pudor de los otros. Me trasladé en un fin de semana.

—Un cuarto solo. ¡Qué posta!

Noches de mujeres solas que se recogen en las calles. Tienden cuidadosamente su ropa en las

sillas y me piden música para “mover el esqueleto”. Tienen sus problemas. Algunas remolonas no quieren irse por la mañana, me amenazan con instalarse, tocan con sus manos sucias mi cepillo de dientes, usan mi peine.

—Ya me voy, no te preocupés.

Me babean la almohada, me ensucian las sábanas, dejan chingas por todos los lados. Me cansan pronto. Se me hacen demasiado familiares. Rompen con fragilidad molesta las distancias, igualan con vulgares ademanes, invaden las propiedades más íntimas, se sienten descaradamente en su propio cuarto, hastían con sus abundancias. El momento se hace largo, enervante, eterno. Acaban por tocar la puerta sin respuesta.

—Sé que estás ahí nalgudo.

Vecino del cielo, dueño de la música, contemplador de las distancias, héroe de mis soledades, cliente de la tienda de discos, amo de mis secretos, ofrecedor de mi cama, vocero de las sorpresas trágicas, artífice de mis propios chistes, ruiñón de mis alegrías, vendedor de las cosas olvidadas, comensal de mesas con mantel, gobernador de mis pobreza, hombre del desván, consumidor de mis propias necesidades.

16

Me empiezo a preocupar por el pelo que se me cae. Veo con pánico que en la almohada dejo mi propia huella a través de mis pálidos cabellos

sin vida. Los ungüentos, las lociones, los tratamientos, toda clase de untijos. Ahora soy sólo yo y mi pelo que se niega a quedarse conmigo. El espejo de la comprobación y el barbero que me consuela. Me horroriza la fealdad desnuda de los calvos que encuentro en la calle. Fotografías del recuerdo que comparo con fotografías de la evidencia. Quizás me quede algo, aunque sea poco. Dejando crecer una porción se pueden tapar los vacíos.

—Es “leda”, viejo, no hay nada que hacer.

Hace ya tiempo que veo con pánico que cuando hablan de los jóvenes, no me incluyen. Los que me llevan muchos años se identifican conmigo, cuando mencionan los cambios de los tiempos. Me dicen “te acordarás de cómo eran las cosas antes”, “verdad que en ese sitio estuvo el museo”, “ahora los nuevos no entienden estas cosas, nosotros los viejos vemos que el mundo es distinto”, “no había como las películas de antes, las que pasan ahora ya no valen la pena, te acordás de Charles Chaplin”. No me acuerdo de épocas diferentes, no tengo en la memoria las afirmaciones que hacen, sé de oídas a ellos mismos los cambios que ahora quieren que recuerde. Pero ya estoy dentro del nosotros, de los que vamos adquiriendo el golpe de los años. El poco pelo me unirá definitivamente a un mundo de viejos, al que me he desplazado sin sentir la juventud. Nunca me enrolé entre los que gritan “soy joven, tengo derecho, puedo hacer esto”. Ahora estoy con el bloque de los viejos, sin saber por dónde y cuándo he llegado.

—La única resignación es un sombrero. Ya ves, yo tengo pelo y lo uso por el sereno. “Leda”, viejo, “leda”, nadie se escapa de eso.

La edad, ¿cuál edad? Apenas empiezo los 30 y todo el mundo se ha empeñado en envejecerme, hasta el pelo que se me cae. Agonizo con el peine que recoge mi cabello muerto. Me parece a esas escobas de los parques, agrupando las hojas secas. Agonizo con los pelos que se me pegan a la ropa, y que algunas veces me limpia alguien con una mirada maliciosa en los ojos que parece decir “otro más que se cae”. Agonizo en las barberías cuando el hombre de las tijeras sin consideración alguna me arrebatara un cabello que no volverá a crecer. Agonizo frente a los espejos, captando la forma de atrás, en que hay ya huecos definidos, claros, redondos .

—La figura es una cosa secundaria, lo importante es la personalidad.

Una frase al azar que no recuerdo quién la dijo. La personalidad existe sin el pelo. ¿Por dónde encontrar una? Las revistas hablan del hombre que se distingue, del que se perfila glamoroso, del que cautiva a quien lo escucha, todo detrás de una vaselina, de un dentífrico, de una determinada loción. El “ese hombre tiene un no sé qué”. Cae en mis manos un curso sobre la personalidad del hombre moderno. Lo leo con hambre. Sonrisas de refuerzo. Palabras rotundas. Figura impecable. Dientes uniformes. Uso adecuado del pañuelo. Corbatas bien seleccionadas. Cuidadoso aseo personal. Porte destacado. Al-

gunos trucos para entrar y otros para salir. Ademas seguros. La ropa y la dicción. Renuevo mi vestuario: uno azul, con apariencia deportiva, otro gris, un saco de cuadros, un traje negro oxford, dos suéters ingleses, varias corbatas italianas, dos lociones alemanas, un desodorante nacional, ropa interior americana, medias españolas. Compró zapatos sobrios, suaves, poco ruidosos. Adquiero un diccionario y un libro sobre ejercicios de dicción. Desde las piedrecitas en la boca hasta los ensayos de respiración. Empieza a aparecer la voz algo sonora y lenta.

—¿Le pasa algo? Últimamente habla usted tan raro.

Ése es el principio del triunfo. Primero cierta extrañeza, luego la señal distinguida, aun cuando la elegancia verdadera es la que no se nota pero se reconoce. Ahora, tengo diferentes deudores: el de la tienda de ropa, el de la farmacia, el de la zapatería, el de la "boutique" distinguida y afeminada. Lamentablemente todos mis esfuerzos se traducen en nuevas deudas. Me cobran en una forma elegante, primero una carta de recordatorio, después otra de insistencia, seguida de una más que dice entre líneas es usted un sinvergüenza y finalmente la gestión terminante "nos apena comunicarle que su cuenta está en cobro judicial".

—Parece que usted es incorregible. Han llegado a hablarme varios de sus deudores. Debo reconocer que su principal cualidad es la de saber obtener créditos.

Con cierto cinismo empieza su diatriba, hasta acabarla en un último aviso, que cada vez se hace más lejano, más abstracto, es el tropiezo igual de ciertos actos que no se dejan de hacer aun cuando se encuentren las mismas reacciones, que ya se han hecho comunes y esperadas y por lo tanto han perdido su importancia. Pasa igual con los castigos de la infancia. (“Si lo volvés a hacer” ... “no te permito esas mañas” ... “una vez más y” ... El recuerdo de una mano levantada con el puño cerrado, que lo hace a uno encogerse asustado aunque nunca cae).

—Le advierto que su situación es intolerante y un desprestigio para la empresa. Si no fuera por ... sus años de servicio, no hubiera dudado en echarlo a la calle, pero ... creo que le debo dar otra oportunidad ... definitivamente la última.

Agrava sus palabras con una mirada de desprecio, que no logro desvanecer con la historia de mi madre enferma. Se queda viendo mi ropa de lujo y poco le falta señalármela como la causa de mis deudas. No comprende que con todo ese vestuario trato de tapar mi poco pelo, origen de la reagudización de mi lástima, porque me lastima la cabeza desnuda, la imagen de mi cráneo al aire como si venteara mis pensamientos, la redondez brillante del pellejo blanco, grasoso, la figura del “coco” de los niños que ahora soy yo mismo, un “coco” que siente ganas de gritar y asustarlos.

—¿Cómo quiere el recorte?

Nada más que en las orillas, por favor. Se da cuenta: sólo las patillas y las puntas de atrás. La barbería es el punto central de mis desvelos. Me siento en la silla del barbero, igual que en un confesionario. Es más, desearía que cuando se me atiende no hubiera nadie más que yo. Entonces confiarle mis angustias, pedirle que me defina cuáles son las etapas que pasa un calvo, si hay alguna posibilidad de que al perder totalmente el cabello salga un día otro nuevo. Consultarle si una rapada, una poda total, puede dar alguna esperanza. Busco las horas en que ya casi se va a cerrar, pero parece que atraigo a los clientes, detrás de mí entran varios. Además, el barbero es displicente. Creo que no quiere a los que vamos quedando calvos, somos clientes menos en perspectivas.

—Está usted listo.

Listo para qué, para seguir mirando cómo se me cae el pelo, para seguir envejeciendo precozmente, para acumular más deudas, para disfrazarme de ser vivo, para refugiarme en los ruidos y en las imágenes, para adormecer mis soledades, para aumentar mi cansancio, para volver de nuevo a la barbería, para seleccionar nueva ropa, para alcanzar todo lo que se parezca a mí mismo, para caminar automáticamente, para escoger los menús definidos, para asombrarme de lo que otros hacen, para capitalizar la lástima que me tengo, para orinar a las siete de la mañana, a las dos de la tarde y a las diez de la noche, para llenarme el estómago de comida y luego evacuarla, para dormir un rato con una prosti-

tuta y luego tratar de quitármela de encima, para soñar lo que no soy, para hundirme en pesadillas, para vigorizar mis insomnios. Sí: ¡estoy listo!

17

El recuerdo de las épocas buenas, cuando alguien se preocupa de uno, le tiende la mano, le pregunta cómo está, lo examina, lo analiza, lo mide, le lleva un registro, le da conciencia de vida, lo estimula bajo el contacto de una atención especial que parece decirnos soy alguien, tengo síntomas de persona, peso, mido, ocupo un lugar, hablo y se me escucha, cualquier dato es un indicio.

—Exactamente, ¿qué le duele?

Me duele todo, el estómago, los pies, las manos, la cabeza, los ojos, las venas, los oídos, las piernas, el pecho. Exámenes de orina, de heces, de la saliva, de sangre. Resultados, porcentajes, números y nombres indescifrables. Radiografías, partes oscuras del cuerpo, un mundo de hilos, el fondo de la máquina sin el recurso del combustible. Electrocardiogramas, fotografías nerviosas de la respiración, electricidad angustiada de uno mismo.

—No encuentro nada especial.

Lo sabía sin consultar. Nunca podría tener algo especial. Eso era esperar mucho. Me quedo con

una epicrisis vulgar, que no señala, que no alza el dedo y dice éste es un caso importante. Nada, ni aun el honor de aparecer en la crónica de investigación médica.

—Quizás algo de agotamiento.

Vitaminas, hormonas, los combustibles comprimidos del milagro actual, los fertilizantes de todos los desgastes. Un cuerpo de sustancias minerales para un espíritu que no sostiene, que nació cansado, que no se agotó buscando un lugar, que se autodeterminó en la primera mirada a un mundo oprimido, que se dio por vencido ante la sombra de las escaleras.

—Sin embargo, los malestares que usted apunta me preocupan. Le aconsejo que visite un psiquiatra. Ya sabe todos los males psicósomáticos que padecemos.

Una esperanza. Otra puerta para la atención de alguien. Me imaginaba en un diván como en una película hablando largamente de mis malestares, de mis sueños, de mis pensamientos, mientras un papel corría destacando la importancia de mis interioridades...

—¿Y, la cuenta?

La cuenta, por supuesto. No hay por qué preocuparse. Pásela a mi oficina y la pagaré en su totalidad. La cuenta era una cosa secundaria, porque era toda mi realidad de pobre diablo. ¿Quién soy yo para aumentar los ingresos de nadie? Todavía debo andar con nombre y dos

apellidos en las cuentas pendientes de tan ilustre profesional.

—Dice usted que no duerme, que sus pesadillas lo devuelven al estado de vigilia con angustias. Hum . . . hum.

No hay diván. Me sienta en una silla larga e incómoda. Me mira con unos ojos abiertos, dos huevos fritos que siguen el menor gesto. Delante de esa mirada me tiembla la mano, me tiembla el cigarrillo entre los dedos, me tiembla la mejilla izquierda. Temo que descubra mis andamios, el hondo por qué de mis visitas.

—Cuénteme una de sus más frecuentes pesadillas, en las menores palabras posibles.

No anota, no tiene ni lápiz ni libreta. Le digo que a veces me veo frente al mar, que entro en el agua con una súbita alegría y cuando voy caminando desaparece y entro de lleno en la arena que me comienza a succionar hasta que siento la asfixia. Entonces me despierto. El temor a encontrar de nuevo ese sueño me impide dormir.

—¡Hum! ¿Solo frente al mar?

Su mirada me acribilla, me hace agujeros en la piel, me produce un temblor de lágrimas reprimidas en la garganta. ¡Ah, la pregunta! Escojo el término medio: a veces estoy solo, a veces estoy rodeado de gente, rostros que no conozco, pero nadie me tiende una mano, les es indiferente que me ahogue en ese mar de arena, sin agua.

—¿Quién es usted?

Lanza la pregunta como una bofetada y me continúa mirando sin parpadear. Tengo ganas de decirle que un anormal desplazado, un ser vivo sin vida, un pícaro que busca su compañía, un cualquiera que no piensa pagarle. Le contesto lo lógico: alguien que no sabe quién es y viene en busca de ayuda.

—Mi pregunta se refiere a sus antecedentes.

Antecedentes: soledad, abandono, caminos desviados, perdón falta de caminos, frustraciones al vacío, un navegante de la nada. Respondo con un brevísimo compendio de mis generalidades: soltero, sin oficio, sin vocación, sin familia, sin lazos afectivos, sin hazañas, un desprovisto de datos y fechas.

—Eso es todo por hoy. Debo estudiar detenidamente los datos que me ha dado. Mi secretaria le señalará su próxima cita.

Ahora lo miro con el poco asombro que me queda, porque hace mucho dejé de asombrarme de los gestos humanos, del cielo, de las catástrofes, de lo que le pasa al fulano o le va a suceder a zutano. Me asombra su modal desabrido, su mecanización, el significado que al fin he encontrado en su mirada de hondo desprecio. Comprende mi asombro y me tiende la mano.

—Tanto gusto. Espero volver a verlo.

Se queda mirando el vacío mientras me muevo hacia el cuarto de su secretaria. Siento que hay algo en este hombre que me comunica con él

sin palabras. Un golpe eléctrico, el reconocimiento de un olor inconfundible. Y este hombre está más allá que yo, ha logrado mirar sin miedo, ver y tocar la realidad sin temblores.

—La primera consulta vale cincuenta, por favor.

La mano extendida para la cosecha de otro. Le digo que pagaré tan pronto como acabe el tratamiento. Me responde el gesto incommovible. Le digo que no venía preparado para atender esos honorarios, trato de hacer un chiste sobre mi descuido en las cosas materiales. No sonrío, pero recoge la mano. Le afirmo que en la próxima cita pagaré ésa y aquélla.

—No hay próxima cita hasta que usted cancele estos honorarios. Lo siento. Tengo órdenes estrictas del doctor.

No me engañó el golpe eléctrico: este hombre conoce a la humanidad y me conoce a mí. Necesito verlo una vez más. Apelo a la secretaria para que me permita dos palabras con el médico. No. Le ruego que me deje esperarlo para hablarle cuando salga. No.

—Lo siento, aquí las normas son invariables.

Ruego, reclamo, amenaza. Los pacientes en la sala de espera se sienten incómodos con mi insistencia. Los miro con la mirada que he aprendido en la consulta. Encuentro la lástima por ellos mismos cuidadosamente embalsamada, el yo de cada uno más apestoso que la carne gangrenosa, el miedo a la gravidez de sus centros inútiles, rellenos de conceptos, de sus propias mentiras.

—Le ruego retirarse.

Esa voz engolada de la recepcionista, con miel postiza, con ademán de gran señora, con la dignidad prestada de un oficio. Pateo el escritorio con la satisfacción salvaje de exhibir mi recurso de violencia. Luego pido perdón, ya sabe usted, nosotros los enfermos. Percibo que los pacientes en espera se solidarizan conmigo, entonces salgo de prisa, como si fuera a llorar a otra parte o a suicidarme. También sé actuar cuando eso es necesario.

—Señor . . .

El precio cuando la voz se destempla, cuando se cambian las circunstancias, cuando se monta la escena, cuando se exige ver el punto de uno mismo. Un aprecio que es como una espuma, que se desvanece si uno se atreve a alegar el verdadero reconocimiento, que desaparece si uno se anima a pedir algo. No me devolví. El acto había terminado. Camino por la acera cien veces. Tengo que esperarlo. Debo decirle dos palabras más, por lo menos identificarme. Cuando me lo encuentro frente a frente, imito su mirada redonda.

—No diga nada. Ya sé lo que pasó. Sabía que eso iba a pasar desde que usted entró a mi despacho.

No quiero el análisis de ese suceso. Lo retengo de un brazo y me identifico, le enseño mi verdadero retrato, le digo hermano, le exijo atención.

—¡Vamos! ¡Con que ésas tenemos! También eso lo sabía, pero estaba seguro de que no se animaría a decirlo. Usted no necesita mis servicios profesionales. Usted está como todos, como yo mismo. Aquí vienen los que están en el círculo, en la rueda del fuego, a punto de ser consumidos. Usted arde.

Le suplico que aclare sus palabras. Me rehuye con un gesto. Avanza entre la gente, lo sigo, toma su vehículo, estoy a su lado, me agarro a la puerta.

—Adiós. No me busque más. Quiero arder en mi propia llama. No quemarme en la suya.

La violenta fuerza de su vehículo casi me desploma en la calle. Llueve y no lo había notado, pero no llueve para mi fuego interior. Camino, un paso sobre otro, una calle que se alcanza, otra que se deja, interminables panoramas iguales que van uniendo el andar como un rompecabezas, edificios, ventanas, casas, separadas, unidas, a distancia, luces, cafeterías, desperdicios de uno mismo, gente... en grupos hablando, sola hablando... inagotable, cansancios en las aceras, cansancios en las bocacalles, cansancios en las vitrinas, cansancios en las hileras, cansancios en los pasos.

Casi como un gesto automático, como maña arraigada, como deseo de darme un sentido. Una cosa y otra. Al principio una vez cada quince días, luego a la semana, al final diariamente. Un frasco, una cajita, un paquete, lo primero que encontraba al paso. Los lunes visitaba la compraventa, depositaba el dinero en el velador y hacía planes de cómo gastarlo. Empecé a salir mucho, cada fin de semana tenía un plan diferente: la playa, la montaña, el balneario, las ruinas, el río. Me da pena confesarlo, pero mi propósito era disfrutar hasta el último instante del poco pelo que me iba quedando, dejar un testimonio antes de que fuera tarde, un testimonio frente a las cosas inmóviles de que había tenido pelo. A mis paseos se unió el furor por la fotografía. Colecciones enteras. En ella quedaba la evidencia de mis camisas de rayas, de mi ropa deportiva, de mis pantalones kaki, de mis pantalones de baño, y por sobre todo de mi pelo. Las fotografías me reflejaban a veces triste, otras con una sonrisa exhibicionista. De rato en rato me desesperaba, testimonios para qué y quién. Llegué a la conclusión de que yo mismo necesitaba mis propios testimonios.

—A veces siento que nos vigilan.

La cajera tiene los nervios tensos. Piensa en que la pueden descubrir. He tenido ganas de contar sus manejos, y me he detenido en la puerta de la confesión, ser dueño de un secreto es más

importante, enriquece más. No me conviene empobrecerme tanto, hacer bien común una propiedad que realmente deleita.

—Noto al jefe muy nervioso, ¿qué cree usted?

Descubro que todos los empleados tienen los nervios a la vista y que se mueven al compás de los gestos del jefe. Si no dice “buenos días”, murmuran entre ellos que algo debe andar mal. Si no está comunicativo, llegan a creer que se avecinan grandes acontecimientos. La red de la seguridad los oprime, sus hilos están pegados con la goma transitoria de los humores. Los años los unen a los escritorios como a una tabla de salvación, fuera de esos muebles todo es inseguridad, y aun no están seguros sentados, agarrados con las dos manos. Piensan que el más leve capricho los puede hacer saltar como muñecos de hule. Los hombres esperan más golpes de los que a veces reciben. El origen de sus angustias reside en el origen de sus miedos, miedos inconfesables a que un soplo deshaga sus telas de araña.

—Hoy está que trina, ni siquiera me ha saludado.

No me preocupo. Sinceramente no me preocupo. Me he salido de la vida, ya no soy un ser humano. Sé que estoy apenas puesto sobre el mundo, que no adquirí el derecho de ser hombre. Por eso no me desdoble, como una unidad aparte me he sacado del movimiento de la vida. Soy no vida porque la vida me ha rechazado. Debo contar que llegué a esa conclusión después de conven-

cerme que no importaba que el pelo se me cayera. Es más, tomé la resolución de pelarme a rape.

Al principio, encontré más de una sonrisa y el murmullo del “pelón”. Después se acostumbraron como me acostumbé yo mismo a fuerza de un tratamiento de sumergirme en los espejos. No hay mejor remedio que aprender a verse. Verse sin concesión alguna, como si se estudiara la propia biología. Me vi durante horas seguidas, me vi hasta reconocer una figura que no reconocí, me vi hasta formarme una imagen de disfraz que tenía que aguantar con el valor que se aguanta un dolor de muelas, me vi hasta conformarme con mi apariencia, me vi hasta olvidar que hay facciones que se modifican con la luz de adentro.

—Me preocupa esta tensión constante, nos mira como si fuéramos sus enemigos.

Y no me preocupo. ¿Para qué? Las preocupaciones también tienen sus dueños. Cuando quise tener las mías, me negaron el derecho. Que si la educación . . . es tema de los maestros; que si la situación económica . . . eso es para los economistas; que si el gobierno . . . desde cuándo político; que si la vida . . . miren a éste con pretensiones de filósofo; que si el negocio . . . eso es asunto del jefe; que si no quiero . . . ya ésa es materia de otro costal, que sube y baja del cielo.

—Lo llama el jefe.

¿Otro embargo? No, no puede ser. He saneado mis finanzas, en este sentido estoy mejor que el gobierno, hasta tengo mis pequeñas reservas.

¿Habré hecho mal el trabajo? Estoy al día con todos los registros y he venido trabajando extraordinariamente por pura voluntad. ¿Habrá alguna intriga? Nunca intervengo en lo que no me importa, aunque lo oigo y veo con agrado. ¿Un chisme? Ni siquiera los insinúo, aun cuando tengo una reserva cuantiosa, no para chismes, sino para afirmaciones concretas. ¿El gato casero? Eso no me preocupa. Jamás pensará en mí. Adivino que le han puesto la puntería al nuevo mensajero. Tiene cara de pícaro, siempre es más fácil hacer blanco a una persona que lleva en su rostro la mueca propia del delincuente nato. Yo soy demasiado desteñido para que se me atribuya una cosa así.

—¡Usted! Me ha costado creerlo.

La oficina se llenó de “usted” en forma de señal sorpresiva. Usted capaz, usted actor, usted mosca muerta, usted quien lo iba a pensar, usted hipocritón, usted que gozaba de mi confianza, usted un cuitica, usted con cara de santo, usted poca cosa. ¡Usted ladrón! Quería explicar y lo sabía todo. Conocía al dueño de la compra-venta y el gran estúpido había cantado. Me describió completo hasta llegar a mi estado actual de “pelón”. Quise alegar que eran unas pequeñas cosas, no tuve tiempo. Entraron los detectives. Oí la exposición de los cargos, que por cierto encontré exagerada, se me estaban adjudicando todos los robos pequeños y grandes de la oficina. Me empezaron a “socollonar” para que confesara y nadie me daba una tregua para desembuchar. Confesar era precisamente lo que quería, comen-

zar a contar mi vida despacio y luego precipitarme en el caos de mis cataratas internas, dar sentido a eso que se calificaba graciosamente como una sinvergüenzada.

—¡Violencia aquí no! Llévenselo y presentaré mi acusación dentro de unos segundos.

Me arrastraron casi por la oficina. Quería detenerme y pedir perdón a los compañeros, decirles adiós, hacer permanente mi amistad, mostrarles mi calvario interior, evidenciarles como quizás hasta podría ser un santo por dentro. Nunca sentí tantos deseos de explicarme ante los demás. Era algo así como el afán de extenderles mis fotografías, fotografías de la época en que tuve pelo, fotografías con mi firma y al pie frases cariñosas, fotografías de esa desnudez escondida por tantos años. Los detectives eran implacables.

—Pero, ¿qué ha hecho?

La cajera me miraba con su boca abierta, desmesuradamente abierta. Temblaba como si fuera ella misma la que sacudían y empujaban. Yo iba haciendo resistencia en cada escritorio, en cada silla, sentía como separaban mis brazos, mis manos, que dejaban una huella húmeda sobre las cosas que tocaban, que querían aferrarse inútilmente al paisaje amueblado de tantos años, que se negaban a precipitar ese adiós largo con que quería despedirme. Me sujetaron los brazos en la espalda y me empujaron a puntapiés. “Señores, qué pachanga”. El mensajero ponía ritmo a la escena.

—Este “pelón” se las trae. A lo mejor tiene la esperanza de escabullirse.

Con las piernas me iba prensando a las puertas, hasta que las manos duras me soltaban. Pedí, grité, reclamé que me dejaran llevarme mis cosas personales.

—A lo mejor todavía tiene la esperanza de llevarse algo que no le pertenece.

Los detectives se reían sin inhibiciones, sin caridad. Empecé a llorar. Nunca he llorado así. Lloraba por mi intimidad profanada, por toda la orfandad de mi vida, por la ropa que me ajaban, por no poder decir adiós (luego comprendí que decir adiós es un placer de orfebre que pretende dejar huellas en los otros), por la poca caridad que encontraba mi cuerpo, por la vergüenza destapada que inspiraba a los demás, por el olvido de mis apariencias que habían dejado de ser significativas, por el arrastre violento de las separaciones, por el murmullo callado de las calificaciones “es un pobre diablo”, “un descarado”, “y pensar que creí que no mataba una mosca”, “un hipócrita”, “un sinvergüenza”, “un ratón casero”, “un pobre diablo”, “un ser asqueroso”, “siempre lo dije: no valía nada, a mí no me engañó”, “un diablo disfrazado de santurrón”, “un apestoso”, “un sátiro siempre viendo piernas y fondillos”, “un ladrón de cochinas”, “y creía que el mono vestido de gala dejaba de ser mono”, “un tarado”, “un acomplexado”, “un enfermo”, “un matalascallando”, “un infeliz”, “un monstruo”, “un pendejo”, “un servil”, “un idiota”,

“un caso”, “un bandido”, “a lo mejor era él el que iba a asaltar a los otros”, “pero, no lo sabía, fue que quiso faltarle a una muchacha y el hermano salió en su defensa”, “un sádico”, “un enfermo sexual”, “un maricón”, “un vicioso”, “un aprendiz de ladrón”, “un hombre sin principios”, “un veleta”, “un pachuco”, “un donnadie”.

Lloraba sobre todos esos calificativos que me caían como hondos latigazos. Lloraba sobre lo que no podía decir que era. Lloraba sobre mis cansancios encadenados. Lloraba sobre mi lástima de huérfano desvalido. Lloraba sobre el pelo que había perdido. Lloraba sobre la Elisa que no había encontrado. Lloraba sobre el libro que me había intoxicado de hombría. Lloraba sobre los discos ruidosos que me hacían bailar los pies en mi enervante soledad. Lloraba sobre mí mismo como si me sintiera cadáver y a punto de podrirme.

19

Después de largas confesiones, en que los otros llevaban la voz y yo me limitaba a firmar papeles; después de no haberme dejado contar mi propia historia bajo el signo de “al grano”; después de haberme tomado fotografías sin retoque alguno de frente y de perfil; después de empujarme por corredores y de haberme condecorado con todas las especies de miradas despreciativas; después de hacerme saber que habían violado mis

intimidades; después de ponerme el mote de ser absolutamente el campeón de los seres ridículos; después de prevenirme con violencia sobre la desfachatez de mi conciencia; después de desnudarme en público y en privado, anotar las medidas de mi último lunar; después de oír mi nombre con descargas de pedradas; después de sentir el asco con que me manoseaban; después de que rebotaron en mi silencio hasta el infinito todos los calificativos grotescos sobre mi naciente personalidad; después de haberme herido, menguado, desplomado; después de negarme un mínimo cigarrillo para buscar la tos interna que me desangrara los pulmones; después de sentir los cerrojos a mi paso como si fuera una fiera peligrosa; después de recibir órdenes y de llegar a ser una orden. Después de todo eso, empecé a ser alguien. Alguien a quien se cuidaba con maltratos, a quien se alimentaba con lo peor, a quien se vigilaba como si se pudiera disminuir como una hormiga para atravesar las puertas. Alguien encerrado que anotaba el tiempo, el día, la hora, el instante; alguien que se extrañaba de su destino. Alguien que a veces recordaba y que era un recuerdo. Alguien que se asoleaba en un patio.

—¿Por qué estás aquí?

La persecución no acaba tras un rayo de sol. Siempre había que explicar un por qué. La historia de un robo trivial, que rumiaba una boca desdentada, como si sólo repitiendo mis propias palabras pudiera entender mi discurso, que por

cierto era breve y seco. Había perdido el goce de las confesiones.

—Y, ¿te quedó algo?

Siempre queda algo de todo, que no es precisamente experiencia. Me quedó este encierro, que es gota sobre la cabeza hasta que anula el cerebro. Porque estaba embotado, embotado de mi lástima que ya no era lástima, de mi orfandad que era mariconada, de mi constante búsqueda que era un largo tropiezo de encuentros mudos, desafortunados, desligados de lo que pude haber sido. Embotado como todos los demás, haciendo fila frente a un rayo de sol, sin la fuerza de pretender que nos irgue como lo superficial y subterráneo que busca raíces.

—¿Tenés dinero?

¿Cómo voy a tener algo si no me tengo a mí mismo? Las ridículas posesiones que nos levantan sobre los demás. Aquí sería tan fácil deslumbrar. Con un radio apenas podría lograr prestigio. La cabeza con un signo dice que no. El hombre sin dientes me mira con desprecio, una amistad que no prospera en la relación de las protecciones no vale la pena. Cambia de lugar en busca de un compañero más afortunado o más parlanchín.

—Lo buscan en la oficina.

Ya sé, una nueva sentencia, otro de esos papeles que se repasan cien mil veces. Ya nada me importa, no tengo la menor esperanza. Para tener esperanza hay que tener deseos, y carezco de

ellos. Me da lo mismo que llueva o brille el sol, que tiemble o el viento parezca desarraigar los edificios. Me da lo mismo que lleguen esos papeles, que me exijan firmar su recibo, que me pregunten qué me parece, que los días se hagan más largos o más cortos, que alguien me hable o que no me tomen en cuenta. Me da lo mismo todo. Estoy dentro de mi esencia, donde no hay medidas de importancia, donde uno es el propio reloj de su vida, donde el mundo gira alrededor de los olvidados. He llegado a ser la estatua perfecta dentro del museo. A veces me pongo a posar, reteniendo la respiración me quedo en la punta de los pies, o me inclino como si me pesaran los músculos que no tengo. La estatua muda del museo que nadie visita.

—Está usted libre.

Dicen que aquí las bromas son muy pesadas y que uno tiene que aprender a soportar todo. No me conmuevo. Fijo, mudo, estatuario con un gesto de resignación indefinida, me quedo inmóvil ante los efectos que buscan.

—¿Qué le pasa? No me ha oído: ¿está usted libre!

¡Libre! ¿Cómo? ¿Por qué? No me van a engañar fácilmente: he cometido un delito. Soy un delincuente. Necesito una explicación. No voy a dejar que me sigan empujando de un lugar a otro, más ahora que me acostumbré a estar aquí.

—Parece que alguien pagó sus deudas y depositó una fianza. Pero, nadie pide explicaciones. Está libre, eso es lo que debería importarle.

¿Alguien pagó las deudas y depositó una fianza?
¿Quién? No tengo a nadie. Hago un círculo redondo desde los pies a la cabeza, donde sólo quepo yo. No hay ninguna posibilidad de otra persona. Exijo más explicaciones.

—No sea necio. Prepárese. He dado órdenes en la intendencia para que le devuelvan sus cosas.

No me muevo. Los gestos necios son los más productivos y los más inteligentes para la gente. Necesito que se me diga más. Repito que no estoy dispuesto a que se me siga moviendo a empujones. Tengo derecho a una explicación, si no me quedaré ahí, en huelga de... movimiento. La boca se me seca al oír la historia. Ella ha pagado hasta el último centavo, ella ha depositado la fianza, ella ha logrado mi libertad. Ella, la muerta, la negativa, la negada a la fuerza, la que no quiso oír mi último adiós, la que ya no me reconocería, de la que ya no soy hijo, la que me dejó huérfano tan pronto, la que me brindó generosa sus cansancios, la que reclamó su vida y se fue.

—¡Vamos! Parece idiotizado.

¡Calle! No me interrumpa. Estoy soñando despierto que tengo sólo cinco años y que me llaman desde la puerta porque no debo ensuciarme la ropa. ¡Calle! No me diga nada. Estoy esperando unos brazos abiertos que guarden mi agitación después de tan larga carrera. ¡Que se callen todos! Estoy oyendo la voz de ella, una voz sin arrugas de reproche, una voz clara, cantarina que me dice desde lejos y cerca bienvenido.

—¡Eso era todo!

Una ropa que me nada, llena de bolsas de viento, fresca y mía. Una ropa que viene de lejos, desde la infancia, que huele a ella y a mí, que tiene la historia de sus horas de plancha, de sus momentos en la pila, del enjuague en aquella palan-gana de leche azul. Las puertas chirrian exacta-mente igual que las cosas sagradas cuando se abren. Me siento ante la catedral del mundo y quisiera entrar de rodillas. Gritar perdón desde el fondo de los siglos. No un perdón a mí mismo, sino un perdón a todos los demás. Me siento el germen de la generosidad.

—¿Qué quiere saber concretamente?

¿Por qué lo ha hecho y dónde está? La mano blanca, bien cuidada del oficinista recoge un ci-garrillo y entrecierra los ojos. Me mide, me piensa, quizás también se mida y se piense. Abre los expedientes con lentitud y se queda absorto en ese ruido de papeles viejos.

—De aquí no se desprende mucho. El único que ha intervenido es este abogado. Aquí tiene su nombre y su dirección. Él debe saber la historia completa.

Lentas me parecen las calles, lentas las gentes que las transitan, lentos los cambios de luces en las esquinas, lentos los ademanes de las con-versaciones, lentas las cuabras que me faltan, lentas las escaleras, lentas las personas que me preguntan a quién busco, lentas las respuestas,

lentas las indicaciones, lentas lentísimas las esperas.

—Así es que usted es usted.

Yo soy yo, ¡qué novedad! Bueno, pues según desde donde se me vea, porque si no soy nada sí resulta asombroso tener un simulacro de figura. Además, él debe tener reflejada la imagen que le transnitió ella, una imagen que adivino llena de cansancio, desteñida, casi sucia. Con razón se limpia los anteojos para verme mejor.

—Un momento, vamos poco a poco.

Mis preguntas lo atropellan. Tiene la calma de las máquinas de escribir cuando nadie las ocupa. Trato de ordenar mi estado convulsivo. Las palabras me brotan con resuellos de saliva. Tomo un cigarrillo del paquete que tiene abierto en el escritorio. Lo enciendo con sus mismos fósforos. Veo en su mirada que persisto en mi costumbre de tomar lo ajeno. Trato de devolvérselo. El gesto hace evidencia de intenciones y me desplomo en mi propia vergüenza.

—No. Se lo puede dejar usted. Es un gusto para mí.

Hombre de frases hechas, de recursos distribuidos como pastillas. A mí se me atendía como a un pobre diablo pero en una forma disimulada por la curiosidad humana de penetrar entre mis propios bejucos. Le explico con frialdad lo que quiero saber. Cierro mis cortinas como si todavía quedara dentro de mí algún gesto púdico.

—Mi respuesta es muy simple: ni siquiera la conozco. He atendido este caso a través de correspondencia. Aquí tiene su dirección.

Cartas secas, áridas, lacónicas. ¿Algún mensaje? ¿Algo especial para mí? ¿Una seña? ¿Una guía? ¿Un consejo? ¿Una condición? Y frente a mis preguntas, la imagen de su mano temblorosa escribiendo, la sensación de sus pasos cansados, el encuentro decidido con el buzón, el recuerdo de la pertenencia sagrada del hijo en sus ojos que dejan de ser fríos y se llenan de lágrimas.

—En un principio pidió todos los datos de su caso. Luego se limitó a enviarme los dineros necesarios para su excarcelación y lo relativo a mis honorarios.

Nada como siempre, nada de lo que esperaba. Hubiera preferido una carta personal a este pago de libertad. Era el cumplimiento de un deber, la manifestación de un nuevo sacrificio. Yo el cordero que se sacrificaba ante el altar de la conciencia. Yo el escudo de todos los créditos entreabiertos. Yo el saldo de una cuenta definitivamente pagada. Yo sin apuntes de esperanza. Yo el caso terminado. Yo en la cúspide de sus oraciones “ruega por nos y por él también, aunque no lo merezca”. Yo la suma de tanto esfuerzo desperdiciado. La semilla que no germinó, que no podía germinar, que nunca encontró la luz. Todo eso frente a esa mirada que tenía la letanía de “pobre madre”, “ese carajo no vale la pena”, “qué vida esta”, “otros se sacri-

ficán para que estos pillos siempre reciban los mimos". Unas ganas de pegarle duro, unos deseos de volcar el escritorio, un imperativo de escupirle la cara, un ímpetu de mentarle la madre, una necesidad de vomitarme en su ropa. Le tiendo la mano humildemente.

—Ha sido un gusto. A sus órdenes.

Oh, las mentiras del lenguaje, oh las hipocresías escondidas en los gestos, oh los deseos reprimidos, oh las altanerías enervantes, oh las bagatelas en que nos escondemos. Se tiende la mano y se estrecha la otra bajo una sensación de asco. Asco a uno mismo y asco al otro. Asco al origen detrás de uno mismo, asco a la cama en que nos revolcamos, asco del asco que tenemos, asco a la mitad muerta que anda con uno desde que nacemos.

20

El aprecio de las cosas surgió como una respuesta brusca a la forma en que fui perdiendo mi propia importancia. Un sitio para dormir, un lugar donde encerrarme con mis pensamientos, un refugio para guardar la monstruosidad que me iba saliendo con sólo ponerme a pensar lo que era, lo que he sido, lo que hoy, lo que seré. Algo para comer. Por primera vez el hambre tenía forma de dolor de estómago, de dientes, de mandíbula. La limpieza que con tanto rigor

había adquirido como un hábito entrañable a mí, se fue desvaneciendo por falta de recursos. Dinero, apenas un poco de dinero para colmar tanta necesidad. ¿Dónde encontrarlo?

—¿Cuáles son sus antecedentes de trabajo?

Una mirada de desprecio y una pregunta implacable. Mi única arma es que puedo trabajar en todo, sin oficio concreto. Se me ofrece un trabajo de limpieza y las manos se me endurecen. Resulta que no sirvo, que trato de hacer mucho y rindo poco, que no conozco las técnicas, que no sé preparar los trapos, que parezco un niño bien con el palo de la escoba. Me vuelvo ratero de descuidos, consigo apenas una miseria para tapar los huecos más vistosos. El oficio no va con mi carácter. Necesito robar dentro de un ambiente de seguridad. Quitar algo en la calle y correr, agudiza mis nervios hasta paralizarme por completo. Trabajos ocasionales, cada vez peores.

—Jale esto.

La espalda hecha pedazos, la ropa gastada, las manos callosas, mi asco al desaseo: todo cambiado por un puñado de monedas, que no permiten ni restituirme un poco. Comprendo que mi época de los billetes ha pasado, ahora sólo me caen pequeñas sumas de céntimos, sumas que cuesta tanto que crezcan, que lleguen a algo concreto, que se pierden en el fondo de los bolsillos.

—Cargue esto, después limpie eso.

Esto, eso, aquello, trabajos para la espalda, para las manos, para las piernas. Esto, eso, aquello, cargas inmóviles que absorben el sudor, que se cambian por dolores, por rasguños, por pedazos de uno mismo.

—¡Ayude en eso!

Y la ayuda es uno mismo, totalidad de fuerzas y de esfuerzos, sin un aliento a la par, sólo con el grito que observa “vos no servís”. Pobreza de ropas que se acaban, de comidas que se saltan, de camas en que dormir los músculos dolidos; pobreza de cigarrillos que recojo de la calle. ¡Si tuviera una mano que me empujara para subir un peldaño y desde ahí recuperarme un poco! Me dejo atropellar por un carro: el hospital puede ser la solución.

—¡No fue un accidente! ¡Ese tipo se tiró encima del carro!

Hay testigos que confirman mi acto. Un sinvergüenza con antecedentes de pillo. Comprendo que no soy un nombre ni una persona, que soy sólo un tipo cualquiera, señalado, definitivamente excluido como un negro en los Estados Unidos, como un judío en aquellas épocas de Alemania, como un conservador en Rusia. El hospital no es solución. Curan de mala gana mis golpes y me echan a la calle apenas me puedo sostener en pie.

—Hay muchos que esperan una cama y están verdaderamente enfermos. Ya con usted no hay nada que hacer.

Afuera. Siempre afuera. A la calle, al parque, al quicio de una puerta, a inclinarme sobre una ventana, hasta que alguien sale y me dice: “circule”, “circule rápido”. Todos me dan órdenes. “No toque eso”, “aquí no hay sitio para usted”, “muévase”, “no queremos vagos”, “no ensucie”, “váyase con sus calamidades a otro lado”. Comprendo que la sociedad está cerrada, que es una fábrica enorme en que cada uno tiene un oficio, cada cual pretende hacer algo, todos con un destino, saben por donde se mueven, van a algún sitio febriles, tienen programas para el día, horarios en que ponen su presencia, casas para descansar su agitación, movimientos rítmicos, seguros, proyectos; todos ocupados y ocupando con aire de satisfacción sus lugares.

—Váyase con sus quejidos a otra parte. Aquí estamos ocupados.

¿Por dónde meterme? No había siquiera un sitio, un pequeño hueco, una rendija para mí. Me admitían por horas, me daban unos centavos y después cerraban sus círculos como si fuera un leproso, un infectado, una persona que contagia su propia debilidad y su cansancio.

—Vamos, a fregar a otra parte.

Quizás, al fin, había reconocido la sociedad en que se movía mi propia esencia íntima y el reconocimiento me espantaba. Uno puede encontrar todo en los espejos de su propiedad. Cuando los ajenos señalan nuestros defectos, nos ahogan, nos patean, nos aniquilan, nos matan del miedo a la monstruosidad interna. En las calles me

preguntaba cuántos cargarían una conciencia como la mía y me cegaba el andar seguro, destinado, conforme, lleno de prisa de todos los que pasaban.

—La vida es la vida, hay que resignarse con lo que le queda a cada uno. Yo estoy conforme con lo mío.

Amigos de bancas en parques, con el pelo largo, con la barba crecida, con las uñas sucias, con los dientes carcomidos, con una voz suave que derretía las palabras. ¿Cuál resignación?, ¿cuál acomodo? Llegaba a sacudirles los hombros. Manifestación de una furia que se concretaba en los conformes, en los desplazados, en los iguales que no quería reconocer, que seguía viendo como compañeros de un exilio momentáneo. Me contestaban siempre con una risa tonta y tupida, como si les estuviera haciendo cosquillas.

—Existe sitios donde se necesita mano de obra con urgencia. Son duros y difíciles, pero hay oportunidades.

¿Emigrar? Nuevos lugares. Zonas más amplias. Sitios abiertos. Por un momento me ilusioné. Mas la miseria, la opresión, la asfixia estaban en mí, sólo en mí. En cualquiera sitio tendería en primera instancia mi cansancio, mi absoluto cansancio; ahora, agregaría esta suciedad a la que me iba acostumbrando, la que en cierta forma me complacía. Era una especie de apariencia unida a la esencia, una reunión de verdades. No. No podía emigrar. No se sale fácilmente de uno mismo. Además, en estas calles están

mis raíces, las de mi desolación, que no chupan de la tierra, que flotan, que no tienen sustancia ni motivo, que por eso no brotan, que están ajadas, marchitas, que son paráliticas, secas, viejas.

—Tome estos centavos y vaya usted con Dios.

Una limosna. Cayó al azar. Me estaba sosteniendo mis propios dolores con esos ademanes de desesperación, que no esconden los que están olvidados por todos. Esa es una de las ventajas que se tiene al no ostentar representación alguna, ser apenas un residuo. Está uno completamente liberado, no lleva ningún hábito, es lo que sus andrajos dicen que es. Entonces no hay preocupación de rascarse en público o de comer con avidez cualquier pedazo de pan. No hay que esconderse para los actos íntimos. Es uno auténtico en plenitud con sus más sentidas ganas. Uno elemental y por qué no: uno puro, desnudo, desalojado de superficialidades, brutalmente humano, a la fuerza de las necesidades exigentes. Un estado envidiable si es verdad que hay alguien que todavía aprecia la pureza.

—Tome estos centavos.

Los tomé porque no los había pedido. Los tomé porque ya no tenía vergüenza. Los tomé porque en cierta forma no necesitaba ayuda. Esto es algo paradójico, pero cierto. Comprendí que la ayuda grande, la básica nunca la tendría; la ayuda pequeña era superficial y me vendría a hundir más. Así es que cerré el puño y guardé las monedas.

—...y vaya usted con Dios.

Este consejo no lo podía seguir. ¿Dónde encontrar a Dios para ir con él? Mis laberintos son círculos cerrados que empiezan en mí, me recorren todo y se quedan en mí. Y por esos laberintos no camina Dios. Me metí en un bar, aproveché los centavos en un trago puro, fuerte, raspante. Salí y extendí de nuevo la mano. La cosa resultó. Era una simple fórmula: se abre la mano, se cierra y se extiende sobre una mesa con poca luz donde empieza el discurso absoluto de uno mismo, donde se me abrían las fuerzas para gritar, donde comprendí hasta mi existencia y la de los demás, donde quizás hasta podría encontrar a Dios.

—No hay nada peor que una juma, tome esto para ayudar a quitársela.

Siempre hay un pretexto. Encontré el fundamental. Ahora soy la palabra que tropieza, que tiene fuerza, que divaga, que predica, que habla en nombre del hombre, que descubre los sufrimientos ajenos, que conoce las más hondas profundidades, que se revienta sobre las espumas de la saliva, que se agiganta en las desproporciones de la vida, que nada la puede detener, que se siente pueblo maltratado, hundido, pisoteado, la palabra con vahos de embriaguez, borracha de mí mismo; nací para filosofar y hallé el recurso, soy palabra, discurso, convulsión de frases, hilador de brillantes pensamientos, agitador de conciencias empozadas en bares, bebedor de las an-

gustias que tienen las caras babeantes sobre las mesas, letrado en la agonía del licor, y hablo en nombre de mis miserias, de mis cansancios, de mis encuentros, sin horizontes, sin tiempo, sin medida, soy eterno.

21

Ah, usted, que me mira con cara asombrada, que se cruza conmigo en la calle y finge no conocerme. Ah, usted, que me ha negado siempre ser de carne y hueso, que me ha dejado en la antesala de la real agonía, que me ha disminuido en el derecho de vivir, que no conoce ni mi cara ni mi nombre. Ah, usted, que sólo me da el valor de ser un hombre palabra, un clamador, un poeta a mi manera, un escritor de mi propio relato, pero sin lugar, sin espacio, sin tiempo. Ah, usted, que dice no conocerme, que parece ignorarme, que siente vergüenza de mí, tal vez lástima. Ah, usted, que me encontró un día en la calle y me dijo “no estorbe”. Ah, usted, que me creyó incapaz de hacer un discurso; ah, usted, con su vida ocupada, con sus minutos vendidos, que me vuelve a ver de reojo y bosteza. Ah, usted, que siente una enorme pereza, que le teme al perfil de mi memoria. “Váyase, no tengo tiempo”. Ah su voluntad inmersa en el detalle de la importancia; ah su aridez en las puntas del viento, ah su tiranía en el dominio de sus deseos muertos.

Y usted ha sido mi meta porque mi médula de palabras esperaba una palabra.

—Hay algo en vos que aprecio. Vení y hablemos.

Ese prólogo a mi silencio. Esa mano tendida a mi cansancio. Esa bienvenida al sudor de mis palabras. Y me tocó atravesar todos los caminos sin la esperanza de la sombra de un árbol. Tengo miedo, miedo al silencio y miedo a las palabras metidas en los rieles por donde se dictan conceptos autómatas, los conceptos lugares comunes, los aprecio a distancia, los puños abiertos a la blasfemia.

—¿No puedo adivinar lo que querés?

Esa es la pregunta frente al hombre con los ojos abiertos, que me reconoce un momento y que me interroga con el deseo perpetuo de todo lo obvio. No soy una explicación, no soy una respuesta, no soy un camino, no soy un ejemplo, no soy un oficio, no soy una frase hilada en la perfección de lo dicho. Estoy hecho de palabras sin rima, sin buena ortografía, carentes de sintaxis. No contengo el brillo de la forma, ni la audacia del concepto. No soy comprable ni vendible. Un hombre palabra desentonada, mal construida, cobarde, inhábil, incapaz.

—¡Entonces, dejame en paz!

Usted es mi compañero, mi amigo, mi meta. Tiene algo de mi cansancio, tiene mucho de mi inapetencia, mis buenos sueños le pertenecen, mis pesadillas han hecho también nidos en su carne.

No lo puedo dejar en paz. No tengo ese valor. Soy hombre palabra. Tengo que estallar contra su silencio. No puedo callarme.

—Hablá en una forma concisa y coordinada.

Eso es mucho pedirme. Eso es obligarme a nacer de nuevo y adquirir desde un principio las herencias, los tesoros, las bases de esta humanidad mezquina, que entrega muy poco a cambio de mucho. No puedo complacer su solicitud, pide demasiado, pide luz dentro de mi cerebro, pide magia dentro de mis palabras, pide oración para un verbo suelto, mutilado, errante, pide flores desde la ceniza, pide música de las piedras, pide piedad a los vientos violentos. También quise detenerme un momento, engañarme, cubrirme de adornos, disimular mi altanería, mi pedigüño gesto, renunciar a mi orgullo de ser nada, el último orgullo de mi cansancio.

—¿Querés un abrazo?

Sí. Eso quiero, que no pase por la calle sin verme, que se pare un instante, que me diga “cómo estás”, “cómo te ha ido”, que me abrace fuerte entre sus brazos y me diga sus buenas intenciones en frases tan simples como “que te vaya bien”, “buena suerte”. Eso no lo hará nunca usted, un abrazo es una prisión, es un recorte a su libertad, es una zancadilla a su independencia, a su gusto esclavizado en las cosas buenas, los ratos productivos, los agradables momentos. Y yo soy melancolía, miseria melancólica, abandono melancólico, desgano melancólico. Me-

lancolía que contagia y desespera. Huya de mí. Tiene razón, pase recto y ni siquiera me mire.

—Adiós.

¡No! No se vaya. Necesito un amigo. Quiero un amigo. Usted es la persona que quiero. Lo he tenido al alcance de mi mano por años, hemos cruzado las mismas calles, nos hemos sentado en el mismo cine, nos hemos reído a un tiempo, cogimos los periódicos del día y arrugamos las puntas de las hojas cuando los artículos se hacían largos y nos obligaban a pensar. Dejamos muchas cosas sin leer, sin estudiar, nadamos en la embriaguez de la pereza, y por pereza repetimos conceptos áridos, mezquinos de otros. Ve: ¡lo conozco! En el fondo usted también descubre su memoria y la tapa con palabras. Las mismas palabras que yo uso. La única diferencia es que yo reconozco haber perdido todo, yo reconozco mi carencia de recursos, yo reconozco haberme hecho la piel de palabras cansadas, corrientes, comunes, sin valor y sin sentido ya. Usted sigue escondido.

—¡No seás latoso!

¿Latoso? Esa es mi esencia, mi sustancia, mi forma. Latoso de nacimiento, latoso de posiciones, latoso de mirada. No pretendo ser entretenido como usted y contar el último chiste, el de los elefantes o el de los negros de Africa. Contar esos chistes con la insensibilidad de la carcajada, reírse usted mismo con la necedad de la repetición y esperar la risa de los demás con la esperanza de un ascenso prestigioso. Latoso, sí, muy latoso, es latoso el que no sabe expresar el tónico

que corre en la sangre de las palabras, el que no logra hacer música con las sílabas y las letras, el que no sabe callarse cuando debe y habla en exceso. Soy latoso en la extensión de mi silencio ante mí mismo y en la extensión de mis palabras ante usted. Pero, deténgase un poco, mire sus juegos de tensión para no ser usted también un latoso. Entonces, compréndame. No he sabido esconder mis malos momentos, no he sabido callar mis oscuras reflexiones, no me he subido en la rampa de la discreción y de la elegancia. En cambio usted, cuánto ha callado para no ser latoso, cuánto ha mentido, cuánto ha sacrificado. ¿Y, para qué? Se ha negado a usted mismo. Llega el momento, llega, se lo digo yo, en que todo lo latoso que tiene adentro encontrará una salida. Resulta entonces que usted es latoso ante alguien, ese alguien ante quien no se ha callado, ante quien no se ha pretextado, o será latoso cuando los años rompan esa medida de usted mismo, que lleva en la punta de los gestos. Somos latosos, ¿verdad que somos latosos? Usted no puede negarme, hay una semejanza que corre en nuestras sangres.

—¡Andate al diablo!

El episodio de siempre: usted callado, yo hablando; le tocan mis palabras y empiezan sus consideraciones; descubro sus puntos débiles y usted me traza un camino: "andate al diablo". Si pudiera saber todo lo que daría por ir a visitar al diablo y hacerle unas cuantas preguntas. Poder indagar cuánto de lo mío es suyo, si hay posibilidades de venderle algunas de mis debili-

dades, si tiene una organización burocrática en el infierno donde pueda colocarme como guarda. El diablo no se encuentra fácil, hay demasiada subasta de almas que no requieren en la cotización de sus precios ni la esperanza de un poco de su poder. Se venden por casi nada, apenas por un pasar cómodo. Es más, se conforman victoriosamente con venderse por otros poderes más relumbrones. Me atrevo a contestarle con otro buen deseo: “váyase usted al diablo y ojalá lo encuentre”.

Ah, pero usted no dialoga conmigo, no hace eso, no puede hacerlo, no tiene tiempo, me mira de largo y sigue su camino, olvidando que me ha visto. Ah, tal vez algún día se asombre con mis palabras en su propia oscuridad, pero las negará en su luz. Dirá que no tenía derecho a hablar, que me debía haber callado, que los tipos como yo son enfermizos, que no conocen la gramática, que no pueden hacer literatura. “Buenos días, gran señor, propietario de los gustos, de la originalidad, de la creación”. Carezco de patentes, pero lo conozco a usted, lo sé a través de sus anteojos, de sus diccionarios, de sus libros de consulta, lo sé fingiendo que piensa, fingiendo que siente, fingiendo que admira. Lo sé en el nido de su Augusta nada. Buenos días, ha sido para mí un gusto conocerlo. ¿Y, sabe una cosa? Prefero que siga usted por la calle ignorando que me conoce.



Empecé con mis discursos. Los hacía apenas tenía enfrente un oídor. Si había dos me inspiraba más. Mi elocuencia crecía con el número de público.

Llegué a tener mis discursos clásicos. Mis grandes momentos de la palabra. Tres temas. Puntos sangrantes de mi verdadera experiencia como hombre que se estruja el pensamiento, para que broten ideas que sólo llegan al alcance de su propia voz. Sé que no pasarán a ser más que un recuerdo de las cantinas que visitaba. Algo en la memoria de unos pocos transeúntes como yo, hasta que ellos también se acaben. Uno siempre es un pasajero y sigue viajando hasta cuando es semilla en la memoria de alguien.

Nunca creí que se pudiera llegar a ser tan feliz, tan auténtico con uno mismo, tan libre. Solo en mi soledad. Pobre en mi pobreza. Estéril en mi esterilidad. Navegante en mi propia salsa: las palabras me nacían profundas, desde la raíz epiléptica de mi vocabulario interno. Eran el punto de mí mismo, girando en mi propio círculo, sin más pretensión que rotar. Me había encontrado.

Ahora me oigo:

“La vida es tan repetida que no es vida. No puede ser vida el retazo que le llega a uno. El hombre consciente de su pequeñez empieza desesperado a pretender vivir, ganar su punto central, ser

Empecé con mis discursos. Los hacía apenas tenía enfrente un oídor. Si había dos me inspiraba más. Mi elocuencia crecía con el número de público.

Llegué a tener mis discursos clásicos. Mis grandes momentos de la palabra. Tres temas. Puntos sangrantes de mi verdadera experiencia como hombre que se estruja el pensamiento, para que broten ideas que sólo llegan al alcance de su propia voz. Sé que no pasarán a ser más que un recuerdo de las cantinas que visitaba. Algo en la memoria de unos pocos transeúntes como yo, hasta que ellos también se acaben. Uno siempre es un pasajero y sigue viajando hasta cuando es semilla en la memoria de alguien.

Nunca creí que se pudiera llegar a ser tan feliz, tan auténtico con uno mismo, tan libre. Solo en mi soledad. Pobre en mi pobreza. Estéril en mi esterilidad. Navegante en mi propia salsa: las palabras me nacían profundas, desde la raíz epiléptica de mi vocabulario interno. Eran el punto de mí mismo, girando en mi propio círculo, sin más pretensión que rotar. Me había encontrado.

Ahora me oigo:

“La vida es tan repetida que no es vida. No puede ser vida el retazo que le llega a uno. El hombre consciente de su pequeñez empieza desesperado a pretender vivir, ganar su punto central, ser

algo, sentirse alguien, ocupar un lugar, consumir las cosas que se le ofrecen desde las ventanas, tocarse como persona. Entonces trabaja para sí mismo, casi siempre sin saber por qué y cómo lo hace. El hombre es un termómetro de angustias interiores, en que busca su espacio, su tiempo, su lugar, su medida, su reflejo, su propia memoria. Todos queremos ser un cuento, una novela, un poema: algo que nos exprese como historia, algo que nos defina como un pedazo humano. Pero la vida está demasiado ocupada, demasiado llena, tiene muchos significados escritos, lleva colgaduras de modelos por todos los lados en que se le toque. No hay espacio ni tiempo para el hombre que despierta, que empieza a cargar con la conciencia de sí mismo. Buscar nos en los modelos es vivir la aventura más trágica, la que nos deja una herencia de máscaras sin contenido, la que se burla y nos oprime con una risa descarnada que nos entrega un cero enorme como resultado sintético de nuestras pretensiones. No sos nada . . . nada. Ni el eco de lo que fue, ni el balbuceo de lo que será. Y dentro de uno —eso es lo trágico— está toda la esencia humana, que puede reventar en una flor. Es uno mismo la respuesta, la vida. Está uno montado sobre ella y no hay que aflojar las riendas. El camino es largo e instantáneo. Si se vuelven los ojos atrás, ahí ya está el olvido de uno mismo. Hay que seguir adelante con la parte más débil de la propia esencia humana: la fe. Con esa luz encendida en los ojos, en el pelo, en la carne, caminar y tropezar, caer y levantarse, sufrir y reírse. El hombre es un arco tenso y

nunca debe aflojarse. Es un cúmulo de nervios que pueden dar la música si no se tiene lástima de los gemidos que se producen al caer y tropezar. El hombre es un animal que llora y no debe llorar, debe buscar el canto, su canto aunque sea el más espantoso sonido disonante. Seguir: ése es el camino, pasar la nada con los músculos agarrados y navegar en el río de su propia sangre. Ese río es lo único auténtico de la prosa humana. Y siempre debe recordar que no es bueno ni malo. Esos son conceptos con que nos han vestido caprichosamente, para clasificarnos como bestias. El hombre, cada uno, yo y ustedes, no somos ni buenos ni malos, no podemos serlo. Somos apenas una corriente eléctrica para nuestro propio descubrimiento, que se descarga en tormentas para buscar la luz, o que se oscurece definitivamente en el remedo y en el miedo. En una corriente eléctrica no puede haber productos de bondad y de maldad. Eso sería demasiado fácil, demasiado obvio. Somos hombres sin adjetivos, a veces sin productos. Somos nuestros propios consumidores. Esto no lo han dicho esos pobres idiotas que empiezan a deshilvanar una idea como si fuera un rompecabezas, que se plantean las cosas obvias para disimular su propia corriente eléctrica. Esto no lo han dicho esos pretenciosos que escriben libros para oírse eternamente. Esto lo he dicho yo: un pobre diablo que se ha consumido a sí mismo”.

—¡Bravo! Sos todo un pensador.

—No te entiendo muy bien, pero debés tener razón.

Aplausos, siempre aplausos. Mi coro de borrachos se perdía en la fluidez de las palabras, que sólo producían copas gratis. Yo, filósofo de los bares, con la carga de mis discursos, con mi corriente eléctrica generando frases.

Ahora me vuelvo a oír:

“El mundo está mal distribuido. Es como una mesa larga en que la gente se quiso acomodar en los primeros asientos. Ni a codazos se consigue un lugar. Los de primera fila no dejan campo. Los que están atrás ni siquiera ven. Nos niegan comprender. No nos dejan aspirar al conocimiento de dónde estamos y por qué. Yo empleo parte de mi vida tontamente en buscar un sitio, aunque fuera pequeño, aunque tuviera que estar de pie, verticalmente, cansado, con la carga de mis propias fatigas, viendo un pequeño reflejo de eso que llaman el mundo. Esa mala distribución es una injusticia, es una infamia, es una tiranía, merece todos los calificativos que cualquiera de ustedes quiera darle y que con tanta frecuencia citan los que no logran acomodarse. Pero esos gritadores son los peores, porque apenas logran un buen sitio, empiezan a alabar la organización y se olvidan de sus berreos anteriores. Yo seguramente hablo porque no logré penetrar más allá de las espaldas de los que estaban también parados. Y tuve un gesto de valor, renuncié a seguir en ese sitio, me fui y me vine al mundo libre, al único que hoy conserva su libertad en forma total. Este mundo de mis hermanos los desheredados, los que ni siquiera tienen la esperanza de la propiedad, los que no les im-

porta tenerla. Aquí vivo ahora, en la dimensión más amplia, donde no hay patria, no hay obligación hipócrita de defender el propio acomodo. Aquí no existe ningún prejuicio, ni de sangre, ni de raza, ni de propiedad, ni de familia. Aquí se quiere al ser humano por lo que es en su más simple expresión: un cúmulo de energía que se consume a sí misma. Nadie acumula riquezas, tampoco se quiere acumular miserias. Las cosas valen por su empleo instantáneo. Nadie hace gala de su educación y de su cultura, porque cada habilidad es plenamente humana, es el reflejo de la vida y no la vida organizada en libros y en conocimientos, la vida negada en sus múltiples clasificaciones. Nadie piensa en la vida estética. Aquí el hombre es paisaje, es cuadro, es libro, es música. Yo pertenezco a este grupo humano, sincero, valiente. Y por eso pienso que el mundo para organizarse mejor no debe pensar en distribuir las riquezas. Debe pensar urgentemente en distribuir las tristezas, el dolor, la pobreza. Nadie quiere ceder ni siquiera un apéndice de sus tesoros, y precisamente para conservar su simulacro de poderío, estaría de acuerdo el hombre rico y estable en recibir un poco de la pobreza de sus semejantes. Al fin y al cabo, recibir es más fácil que dar. Hay un acuerdo esencial en el hombre que recibe, se acepta cualquier cosa, por algo se dice que a caballo regalado no se le miran los dientes. Quizás la pobreza, o un poquito de pobreza, se reciba de mala gana, pero se recibe. Y el que la da tampoco se pondrá evasivo, siempre que la pobreza que se le quite no sea parte de su propio consumo,

de su esencia alimenticia. Yo recomiendo como hombre libre y liberado que el mundo inicie la distribución de la pobreza, que amplíe la mesa en que están sentados los dueños del monopolio, para que atrás, aunque sea muy atrás, los más auténticos siquiera contemplen el espectáculo. Y como si todo esto fuera poco, con la pobreza se distribuye calidad humana, porque el pobre es hombre propietario de su consumo y el rico es vendedor de sus bienes”.

—Sos un verdadero cristiano. Un hombre de Dios.

—Ahora nos resultó político, si algún sapo te oye muy pronto te enjaularán. Eso suena a comunismo.

¿Comunismo? Estamos encerrados en un círculo en que toda palabra nueva parece comunismo. ¿Seré comunista? Quizás. Ellos pensaron en repartir la riqueza, yo pienso simplemente en distribuir la pobreza. De todas mis pobrezas, ¿cuál daría yo? Creo que después de pensarlo mucho, sólo cedería mis palabras, las más pobres, las que me quedan todavía como quejidos.

Otra vez me oigo:

“Señores: hay que inventar un dios nuevo. Estamos en una época demasiado moderna, llena de inquietudes sociales, rompiendo las vallas del espacio, creando distancias terribles entre cada hombre, para seguir concibiendo un dios tan paternal, tan acomodado dentro de un concepto familiar, tan anticuado dentro de la revolución industrial, tan simple dentro de las complejas

teorías económicas. Es imposible concebir a dios como un rico latifundista, amo del mundo, propietario de cuerpos y almas, nada menos que dueño del cielo. Eso es pensar en un dios mudo, inexpressable, jugando a hacendado, con sus capataces que son ángeles sargentones, incapaces de interpretar las órdenes por sí mismos. Ese dios no puede ser. Ese dios es un terrible ejemplo para los que gustan jugar a dioses. Sus palabras están cansadas, agotadas, reventadas contra una humanidad que las oye y hace una cosa diferente a lo que predica. Nuestro dios está muerto, completamente muerto. Su muerte fue la más terrible. Murió de viejo, de ociosidad, de incapacidad mental, de aburrimiento de contemplar su creación. Necesitamos un nuevo dios, y lo peor es que yo no sé cómo debe ser ese dios. He esperado mucho tiempo que surja espontáneo. He visto crecer muchas cosas, pero nunca se me ha aparecido el símbolo de ese dios nuevo. Sé que debe ser menos paternal, porque el hombre desde que nace es un huérfano, un abandonado en la sustancia de su propia energía. Es imposible esperar un dios que nos lleve una tarjeta de apuntes y que en los momentos cruciales nos acaricie la cabeza. Es muy difícil concebir que para ese dios seamos un balance de bondades y maldades. Un dios con unos ojos perseguidores, un hombre jugando siempre al escondite y al pretexto en sus explosiones de vida. Creo que no lo podemos pensar como un omnipotente señor. Eso sería absurdo, pues repartió mal la tierra y de seguro tendrá mucha gente sin parcelas en el cielo. Debemos dejar la imagen del dios para

los niños, muy poética, muy estilizada, y formar al dios de los hombres, principalmente de los que se cansaron de vivir y tienen la boca llena de preguntas. No sé cómo será ese dios. Pero sé que debe hacer cosas revolucionarias: venir y cambiar este cuadro de valores que encierra la humanidad entera y que tiene más peso en el tiempo de la vida que todas las prédicas antiguas de su palabra; venir y luchar en las calles para destruir estas ciudades devoradoras en que se consume el hombre para apagarse; venir y ser un político activo, que predique, que construya, que infunda valor, que reparta la pobreza, que rompa las nacionalidades, los localismos, los más íntimos prejuicios, y nos deje temblando ante la conciencia enorme de nuestra propia miseria. Un dios, qué sé yo... quizás que vuelva a tomar el mando”.

—Usted... tiene... que repetirme... esas ideas... es un apóstol.

—Un dios... que me quiera...yo... quiero un dios... que me quiera... y se tome... un trago conmigo... ¡A su... salud!

Mi coro de borrachos, mis débiles palabras, mis deshilvanados discursos, el reflejo de mi energía, el consumo de mi inercia. Pensar en las calles, en los bares, frente a mis iguales, contemplar de lejos a los furibundos de la moral, con sus cartelones carcomidos. Soñar que las palabras son los eslabones que siempre desembocan en los sueños. Tanto consumir para consumirme ahora, con furia, con arrojo, con valentía en un puñado

de palabras para mis compañeros, para mis pobres oidores, que ni siquiera sabían responder. Hacerme admirar por los reclutas de mi nada, a pesar de mis andrajos, de mis sudores acumulados, de mi triste figura. Envejecer sobre esos asombrados que me miran siempre como un animal sin rebaño.

23

Me acomodé en la casucha de un compañero, siempre impresionado por lo que él mismo llamaba la afluencia de las palabras. Me cedió un rincón forrado en viejos estañones. Lo único que me pedía era que le hablara de los pájaros, por qué volaban tan alto, por qué hacían nidos tan cerca. Contemplándolos a su lado, aprendí cada corriente de sus juegos en el cielo. Me fui sintiendo poeta y entonces las palabras se me estrujaban en una extraña melancolía. Palabras y pájaros, pájaros y palabras, alas que se van y vienen, que se despegan y que giran eternamente. Con los pájaros, descubrí las flores, los abejones, las hierbas sencillas que se majan y dejan su perfume pegado al suelo. Una sensación de pequeñas cosas fue creciendo ante mis ojos.

—¿Qué pensás?

Pienso en las raíces que tienen todas las cosas, hasta los vientos; pienso en las casas, en el patrimonio de las paredes, en los ajuares, en los

tapetes, en las cortinas; pienso en la huaca que vamos formando con el tiempo; pienso en la forma de morir y en que nos entierran con nuestros propios tesoros, igual que a los indios, en vez de ollitas de barro y adornos de oro, nos vamos con los deseos y con las angustias, lo único propio, lo único nuestro, lo único que nos perfiló como hombres; pienso en mis discursos y hago nuevos discursos en mis silencios; pienso en lo que hablo con este compañero que me ha brindado su refugio.

—Estás triste, siempre estás triste.

Pienso en lo que es estar triste y me veo recogido como las velas de un barquito definitivamente anclado, con los ojos metidos dentro de mí mismo, con mis manos pasivas, con mi cansancio destilándose en mis palabras. Pienso en su cara, en su sonrisa tonta, en la forma lenta que mastica una tortilla. Pienso que este hombre no tiene historia y que todos queremos tener una historia, la historia del amigo, del compañero, del padre, del novio, del amante, del marido, la historia de uno mismo. Pienso en que debo darle algo y le invento una historia.

“Érase un hombre solo, que vino de muy lejos, que sólo sabía preguntar y sonreírse, era un hombre sin oficio . . .”

—No. Yo tenía un oficio, era carpintero.

“ . . . era un hombre sin oficio, que aprendió carpintería un día que llovía mucho y se refugió bajo un alero. Ese día pensó que debía saber algo,

aprender algo, recordó sus pasatiempos de niño abandonado, criado por una familia pobre a quien le daba lo mismo un hijo más, recoger palitos y darles una forma, pretender que acomodándolos con bejuquillos suaves podían servir de algo y ser algo. Una silla por la que subían hormigas, una mesa en que se servían hojas carnosas, una casa con horcones torcidos. Empezó a clavar la madera y de sus manos salieron pequeñas construcciones, para un hombre ácido que las vendía en un galerón al primero que se interesaba en ellas. Pero el hombre de mi historia era solo y un día . . .”

—No. Yo tenía familia . . .

“ . . . pero el hombre de mi historia no era solo, tenía una familia. Una esposa delgada que conoció un día que también llovía mucho y que otro le ofreció un niño pálido . . .”

—Muchos niños pálidos que se murieron tan pronto como abrieron los ojos.

“ . . . y otro y otro . . . que se murieron temprano, apenas abrieron los ojos . . . y más adelante, cuando también dejó de florecer, se fue la mujer delgada, la compañera. Era su apoyo, su luz, su fuerza. Tenía una palabra cálida cuando llegaba, tenía una palabra de esperanza cuando se iba. Ahora se iba y volvía en silencio. Y no hay peor silencio que el que está lleno de palabras que no tienen voz . . .”

—No la recordés, que me dan ganas de llorar.

“... un hombre que cuando recuerda se le llenan los ojos de lágrimas... cuando todos se fueron empezó el camino de su soledad, esperar... un día tras otro... otro día seguido de otro... mañanas vacías, frías, solas, desiertas... perdió el interés en el trabajo, juntar maderas... para qué...”

—¿Sí, para qué todo?

“... entonces mi hombre se despojó de sí mismo, para qué retener las pocas cosas que le quedaban, se volvió humilde, se volvió caritativo consigo mismo, ésa es la única caridad que creen practicar los seres humanos y no saben que en vez de caridad se ponen encima responsabilidades, metas inalcanzables. Mi hombre sí supo ser caritativo consigo mismo, por eso renunció a todo, se alejó de las llamadas neciamente responsabilidades, se marcó su destino y se abandonó en la miel de su soledad. Soledad consigo mismo y con sus recuerdos, soledad en su tiempo que parecía no pasar, soledad en el sentir de los meses, que tenían significado en su piel y a veces hasta lo hacían retoñar...”

—Y los fríos me fueron encogiendo.

“... hasta que los fríos lo fueron encogiendo para ser más él mismo, para que creciera su corazón, para que abriera de verdad su mano y ofreciera su propia caridad. Entonces... recogió un compañero de la calle, tan solo como él mismo...”

—Contame otra vez mi historia.

La repetía de nuevo agregando que el hombre amaba a los pájaros, sentía las flores, veía el cielo, se preguntaba a sí mismo por qué el mundo era tan rotundamente bello. Y la repetía de nuevo, todas las noches, todas las tardes, con pequeños retazos agregados a un gesto de su boca, a una adición que lo hacía impaciente de tener más historia.

—Hubo uno que lo pudimos bautizar. Le pusimos Jesús.

“... era más rubio que los otros y llegó a tomar leche y una gota de leche se le quedó entre los labios... tenía la batita blanca y larga que su mujer fue cosiendo mientras lo acariciaba dentro del vientre y le cantaba con raras palabras: serás alto, serás mío, fonfon gamgam, serás dulce, serás suave, ronron, pampam, serás fuerte, serás mío, tantan, vomvom”.

—Lo enterramos con la batita blanca.

“... se fue solo y parecía que nunca había llegado, que nunca estuvo, que se murió sin haber nacido. Ella se quedó llorando en la puerta, llorando debajo de una sonrisa que parecía decir “no importa”. El se lo llevó abrazado a la cintura y parecía decir, también bajo una sonrisa triste, “así tenía que ser”.

—Ella lloró hasta el amanecer y después le dolió la cabeza.

“... sí le dolió la cabeza, le dolió hasta que ya dejó de dolerle para siempre. Llovía también

ese día. Una lluvia dulce que empapaba y daba frío. El no había pensado que fuera tan pronto, que de verdad se iba a ir, aunque la vio agonizar día tras día, ponerse más delgada, casi transparente y cada vez más fría”.

—Y dejó de hablar, apenas si se quejaba.

“...se murió dentro del gran silencio, con los ojos dentro de ella misma, con los ojos cerrados, como se mueren los buenos, los que se despiden sin palabras, los que no quieren llevarse la última mirada, los que se mueren antes de su tiempo...”

—¡Mi pobrecita!

Y otra vez la historia, la historia todos los días hasta que el hombre tenía un panorama completo, lloraba sus pequeñas muertes, repetía sus agregados, y el cuento era tan largo como los atardeceres sin crepúsculos.

—Sos mi amigo, mi buen amigo.

Me ponía una mano en el hombro. La amistad es tejer historias para los otros, es hacer a los hombres historia, es brindarles nuestras palabras, es prestarles nuestra imaginación, es decirles “están vivos y no serán fácil presa de la muerte”, es entretenerlos con sus propias inquietudes, es ampliar sus versiones, es darles dimensión dentro de su breve tiempo, es esculpirles la memoria, es decirles que tuvieron, es señalarles la importancia de lo que fueron, es hacerlos propietarios de recuerdos, es introducirse en su propio monólogo, es enfatizar sus pequeñas importancias, es extender el panorama de sus días iguales. Y yo amigo,

y yo confidente, y yo inventor de historias, y yo contador de cuentos, y yo constructor de episodios, y yo lustrador de semejanzas, me gano el primer galardón de mi vida, el galardón del primer eco.

24

Un día descubrí la vecindad de la Adelilla. Cargada de hijos, unos grandes, otros pequeños. Tiene un rancho de paja y madera casi llegando al puente. Los años la habían maltratado y sin embargo conservaba algo de su gesto bondadoso. Ese gesto que debía ser la historia de cada uno de sus hijos sin padre definido.

—¿Usted es nuevo por aquí?

En su voz, en el movimiento de la cabeza, en la mano alargando el vestido, había algo de coquetería. Una coquetería en el gesto nervioso e inquisitivo. Una coquetería en esa cara sin dientes, agrietada, demasiado lavada, como si no tuviera sangre por dentro. Una coquetería en ese cuerpo flojo y abundante, que temblaba en los encuentros con la bata grande y rota, sucia y heredada de alguna señora rica que la dejó cuando se ajaron los adornos dorados, que ahora lucían casi blancos. Una coquetería que sólo podrían descubrir los viejos como yo, los únicos que aspiraríamos a desear el cuerpo de la Adelilla, aun

cuando ante ella me sentía invadido por una timidez deliciosa.

—Hace días que lo vengo viendo.

Me venía viendo porque me quedo a mi vez mirándola con cara de tonto. Adelilla tiene algo que rompe mi quietud. Sería tan fácil recordarle quién soy, pero una reserva de timidez, y por qué no de vergüenza, me hace mantenerme en el anonimato. Un viejo, nada más, quizás tan prematuro como ella, tan forzosamente viejo como su figura gastada.

—Usted algo se trae conmigo. ¿Verdad? Jaja... jaja...

Adivina algo de esa raíz tan interna que tiene conmigo. Me río con ella. Qué inmenso gusto tengo en reírme con ella, es como volver a la infancia cargado de años y completamente inocente. Es como cantar de nuevo, como jugar escondido, como vestirme de príncipe o de hijo de príncipe en una ronda olvidada. Es como nacer sin haber muerto, sin salir de la nada. Es encontrar la presencia fresca de uno mismo.

—¿Verdad, qué hay algo?

¡Oh Adelilla generosa! ¡Oh Adelilla ciega! ¡Oh Adelilla sin memoria! ¡Oh Adelilla prendida en mis recuerdos! ¡Oh campo de mi infancia! ¡Oh lustre de mis tropiezos! Me quiero perder, quiero hundirme en los bosques, quiero volver a los caminos. Aquí me tenés de rodillas, en el borde de tu servidumbre, en el encuentro de tu ima-

gen. Cierro los ojos con fuerza: allí está la ventana y frente a ella la Adelilla con su hermano de la mano. Una canción y una bola corren por la calle. “Atrás, adelante, media vuelta, vuelta entera...” “...vamos a la ronda del toro, torogil, a ver a doña Ana comiendo perejil”. Los abro y encuentro su sonrisa, su misma sonrisa, quizás un poco más honda, más mueca, menos sonrisa y más dolor, pero siempre mi semejante, mi semejante sonrisa.

—¿Verdad, que yo le gusto?

Asiento con la cabeza y un extraño calor inunda mi cuerpo, sudo calor, respiro calor. Ella no sabe que su yo es parte de mi yo. Entonces se acerca y me clava su codo entre mis costillas en señal de entendimiento. Pienso por un momento que su signo ha sido igual para muchos, que a otros hombres les ha tendido su sonrisa, que los padres de sus hijos son seres de carne y hueso que han acariciado sus redondeces. El pensamiento fugaz se convierte en obsesión. Se me enfría el calor, sudo frío y respiro frío. Le digo que no me interesa complicarme la vida, que me deje en paz. Se lo digo con un gesto impaciente que la desconcierta. Parece disminuirse en su estatura, parece que se hunde en su propia ropa.

—Bueno, como quiera. Yo no más decía eso por decir algo.

Se encoge de hombros y sonrío con toda la tristeza que ha recogido de las calles vacías y de los días de lluvia, en su sonrisa se pinta la flor rota que cosechó la precocidad de su pobreza. Se

sienta a mi lado y dibuja en el polvo un camino enroscado que no lleva a ninguna parte. Yo estaba dibujando un árbol. Estamos sentados en el pretil de algo que quiso ser una casa, una ruina sin cimientos, un desecho antes de encontrar figura, la muestra perdida de un intento. Algo tan semejante a nuestras vidas.

—Usted es un hombre raro, pero algo se trae conmigo.

Me vuelve a clavar su codo en mis costillas. Siento esa comunicación de siglos, subterránea, que nos apresa en el interés de alguien. Siento de nuevo la necesidad de hincarme y confiarle reverente la raíz de sus ojos en mi mirada. Siento que me debo a ella como un fruto. Siento que todo mi cuerpo reclama por su tibieza. Me detiene la historia de tantos hombres en la piel de la Adelilla. Y, pregunto, pregunto por el pasado, por los días que enterraron la infancia, por los productos fáciles que encontró dentro de su vientre.

—Pues . . . no sé . . . idiay . . . ni recuerdo . . . siempre todo fue igual . . . he tenido mucha suerte . . . nunca me ha faltado el pan . . . lo que se dice faltado . . . y mis güilas son sanos . . .

No tiene ni palabras y parece no tener recuerdos. Ha cogido la vida sin llevar un hilo. El día de hoy era el que importaba, ¿para qué recordar el que ya pasó? Va recobrando la estatura y al levantar su espalda para perder sus ojos en el vacío de lo siempre visto, oigo moverse sus pechos flojos.

— . . . he tenido mucha suerte . . . no tengo carácter para sufrir . . . todo lo olvido . . . claro que he pasado frío y hambre . . . pero eso no es cosa que sólo a mí me haya tocado . . . a todos les sucede lo mismo . . . y siempre viene después algo bueno . . . ahora tengo hasta trabajo . . . lavo ropa en la casa de doña . . .

Adelilla no tiene quejas, ha vivido, ha podido vivir avanzando en los segundos, el tiempo está en el crecimiento de sus hijos y ellos son lo que pueden ser. No tiene futuro ni pasado, no ha acumulado preocupaciones, no tiene el capital de las angustias. Es completamente pobre y la pobreza le ha dado transparencia. Veo en su cara seca los canales de sus viejos sudores. Veo los recuerdos que se borraron de su memoria, las noches con frío, los días largos con hambre, las piernas abiertas al que quisiera. Veo su vida estéril, su vida sin conciencia, su consumo indolente, la llama encendida al capricho del viento. ¡Oh, mi Adelilla! Pasajero inocente de los pedregosos caminos.

— . . . a veces ni me paga . . . pero no falta alguien que se acuerde de uno . . . la leche la consigo en el centro de nutrición . . . dicen que la vida es dura . . . a mí no me parece tanto . . . será que me conformo con cualquier cosa . . .

Se conformaría conmigo. Lo sé. Encontraría que soy parte de su suerte, de su buena suerte. No me recuerda, cómo recordarme si no tiene recuerdos. Soy algo puesto en su camino ahora. Ese ahora no tiene ayer ni mañana. Me vuelve a ver, me está viendo y se sonríe. Está frente

a su vida y no me reconoce. Vengo de tan lejos, pero a ella no le importa donde nacen los caminos. Anda, anda el trecho marcado. Y es la misma que cantaba en la calle y corría . . . ahora anda al compás de lo que ordena su paso, sin rumbo alguno.

— . . . y los güilas vinieron sin estorbarme . . . soy como soy . . . cualquier cosa es buena para ellos . . . ahora me ayudan . . . me han salido muy buenos . . . los más grandes se fueron . . . no he vuelto a saber de ellos . . . pero los he repuesto . . . siempre tengo seis a mi lado . . . cuando alguno de éstos se me vaya . . . ya vendrán los otros . . . o los repondré con los que andan solos por las calles . . . todos los niños deberían tener una madre . . .

Todos los niños deberían tener una madre, como la Adelilla que los trae al mundo sin que estorben, que los deja irse y los espera, que los repone con pedacitos de nueva carne, que todavía piensa extender su maternidad a los niños que andan perdidos. Oh, Adelilla de mi sueño, en tu corazón también cabe el mío.

— . . . y a veces se me hace la vida larga . . . pero es por culpa de los huecos que voy dejando . . . huecos que no se llenan . . . apuros que no faltan . . . en estos días me he sentido muy sola . . . por eso cuando lo vi . . . pensé que mi buena suerte había vuelto . . .

Ser buena suerte de alguien, me sonaba raro y desconcertante. Algo así como encontrar un puerto después de días de navegar en la niebla.

—... si no fuera por esos huecos

¿Qué eran los huecos en la vida de la Adelilla? Le pregunto mientras mece sus pies con la insistencia de todos los péndulos.

—¿Huecos? . . . pues eso que no se llena . . . los huecos vienen cuando menos se esperan... huecos de plata para el alquiler . . . huecos de pan cuando no cae nada . . . huecos en la casa cuando alguno decide no volver . . .

Esos huecos, mis mismos huecos, tan eternos, tan presentes, sobre los que se teje y vuelven a quedar vacíos porque su hambre es infinita, porque no se pueden llenar, porque son profundamnte hondos, porque están y son nuestra evidente realidad. La veo mirando sus huecos con una sonrisa que se alarga por sus profundidades. ¿Y, los hombres, Adelilla, y los hombres que han pasado por tu cama, y los hombres que han saboreado tus carnes, y los hombres que han deslizado promesas a tu lado?

—¡. . . pues qué sé . . . ! todos me parecieron iguales . . . he tenido suerte . . . nunca me han faltado . . . tampoco me maltrataron . . . se fueron cuando consiguieron lo que buscaban . . . algunos hasta me dieron dinero . . . yo siempre me llevo bien con la gente . . .

De mano en mano, sin violentas despedidas, sin arrancarte pedazos del alma, diste en la hora lo que esperaban, abriste las piernas con el miedo del golpe, hiciste camino de tu cuerpo y te en-

contraste sembrada, no pedías nada, ni siquiera retener el momento.

—... todos son lo mismo... dicen mucho... y un día se vuelven silencio...

Yo en la hilera de los iguales. Yo con los hombres fantasmas, cuyas caras no se recuerdan. Te siento como el agua, Adelilla, y en tu carne se ha hecho permanente la canción que pasa de boca en boca, sin eco, sin raíces, sin las jaulas del por qué, del cuándo, del cuánto. Voy a entrar en tu cuerpo porque me llamás desde mi infancia, vengo cansado, abrí tus brazos, apenas tus brazos y dejame reposar un rato en silencio, en tu silencio, porque tus palabras no van más allá del silencio, porque tu canción no se canta, porque el hambre de nuestros huecos no se sacia.

25

La noche surge cansada. Es una noche seca sin estrellas. Es una noche en que danza el polvo en remolinos blancos. Es una noche en que un viento entrometido sufre de insomnios. Esa noche la Adelilla me abre las puertas y le confieso mi infinita miseria. Con los ojos envueltos en una melancolía de silencio, me toma la mano y me brinda su calor. Se me había olvidado que el caballo corre en la llanura y resbala en la calle. Me toma de la mano como en aquellos días tan le-

janos. Adelilla y su generosidad . . . una noche que se hace corta.

—Podés vivir aquí.

No me despido de mi compañero. Hago simplemente un añadido a mi historia, mientras ambos bebemos un café aguado, que tiene brillo de oro. “. . . y el compañero de hombre encontró su propio refugio, donde lo esperaba la princesa de un sueño, un sueño tan absurdo y tan pobre, que alguien refinado podría llamar pesadilla. Y se fue por un rato, sólo para tener su propia historia . . .”

—¿Y, volverá?

“. . . volverá todos los días a repetir su cuento y el de él, a ver el cielo, las estrellas, los enredados vuelos de los pájaros, volverá a enterrar los recuerdos, porque todos los días se mueren los recuerdos y hay que enterrarlos con la ceremonia que merecen, y volverá para decirle siempre amigo . . .”

—Amigo.

Se vuelve de espaldas y estrecha con ternura la mano que dejó caer en sus hombros. Quizás hay lágrimas en sus ojos, lágrimas que no me lloran, que lloran su propia historia. Cruzo lentamente los espacios con la sensación de que atrás voy dejando muchas cosas, aquellos pedazos que todavía se aferraban a mí, tiranía de mis últimas propiedades, la conciencia despierta de que debía vivir para algo.

—Acomodate aquí.

Me asustan aquellos ojos de diferentes edades que me ven fijamente y es como si no me vieran. Me asustan sus palabras que nadie oye, que nadie atiende. Me asusta verlos con sus necesidades desnudas.

—Están acostumbrados. Saben ya lo que es la vida.

El traslado es el de mi cuerpo, de un saco de gangoche y de una estera rota que otro pobre dejó en un basurero. Los niños, viéndome sin verme, se corren un poco y me abren un campo. Soy parte de la vida que ya han aceptado. Me observan y no se asombran. Empiezo a observarlos sin asombrarme. Me inician con un silencio que pronto se rompe y sigue el ruido de siempre. “Diantres, no me empujés”. “Caray, por qué te metés en lo mío”. La guarida de la Adelilla está repartida, es una pobreza distribuida. Un pedazo de tierra techado con lo que se pudo, unos camones agrupados y las tablas más grandes en el campo de ella, donde imagino que antes dormían apretados los más pequeños.

—Dormirás en mi cama.

Rechazo la tentación de la Adelilla hasta que oigo a los niños dormidos. He esperado sentado en el gangoche. Todavía respeto ese conocimiento de vida que ya tienen. Nuestro juego en la cama, es tan simple y tan natural como la lluvia que se oye lejana y que cuando se acerca se confunde con nuestros sudores. Comprendo y siento la pureza de nuestros cuerpos.

—¿No tenés hijos?

No tengo nada, sólo el milagro de este amor que viene desde muy lejos y crece ahora libre después de haberse negado. Porque es amor, amor de tiempo y de identificaciones. No le digo eso, no lo comprendería. Sólo le explico que nunca he tenido mujer.

—Te voy a dar un hijo.

¿Un hijo? Me siento observado por los siglos y una timidez suave me deja sin palabras. Quiero irme muy lejos y me voy. En las barandas del licor me exployo en toda clase de discursos, hasta llego a insultar a un compañero que se cansa de oírme y se duerme en el filo de la mesa. Regreso a la ceremonia del hijo, inconsciente de mi germen, consciente de mi vacío. No puedo tener un hijo. Sí, lo puedo tener. No, no debo. Tengo derecho. Es absurdo. Es natural. No puedo ser tan irresponsable. Estoy en la prueba de mi nacimiento.

—¿Casarnos?

La Adelilla no entiende. Casarnos ante la noche, ante las estrellas, ante el sol, ante nuestro propio silencio. Compro flores y las pongo en un rincón. Compro dos cervezas y un poco de pan. Compro un prendedor con dos corazones.

—Me vas a hacer llorar.

Yo estoy llorando. Me caso con ella un viernes en la noche, un viernes sin año. Me deja hacer como si fuera un niño borracho y se asusta de todas las palabras que le digo con la frente muy baja, hasta que subo los ojos y me encuentro un

beso sonriente. Un beso que daría asco a mucha gente y que a mí me sabe como a un trago inmenso de champaña.

—Me darás lo que podás.

Le doy parte de mis borracheras, parte de mis discursos deshilvanados, parte de mis gestos duros, parte de mis inmensos hastíos. Le hablo de los pájaros, de las flores silvestres, de la hierba que majamos, de la vida que hay debajo de ella; le hablo de que Dios murió, de que el hombre es una energía que se consume, de que es necesario distribuir la pobreza. Le hablo de mi infancia, desterrándola a ella, no quiero darle la gloria de haber estado tan ligada a mi propia piel. Y cuando le dejo de hablar, a ratos la acaricio y a ratos le pego. Me duelen los golpes que le doy, pero ella me los reclama, los quiere y los necesita. Es la confirmación de estar a mi lado. Y cuando le dejo de pegar, me hinco y exploto de amor. Entonces me acuna contra su pecho y me mece como a un niño.

—¿No tenés unos centavitos?

No. No tengo centavitos, ni tengo nada. Y si no le gusta me voy. Me espera en las esquinas y me carga hacia la casa. Me lleva de la mano y me dice palabras dulces. A veces creo que me estoy soñando, que hace mucho que estoy muerto y que ante el vacío de mi propia muerte recorro el espectáculo de una felicidad que no merezco. Ella me ha vuelto a ese círculo extraño del tiempo, en que se sueña que se vive y muere y en que se vive y muere que se sueña.

—Me voy sola al hospital. Si te ven cerca nos cobran. Se darán cuenta de que tengo . . .esposo.

Me llama esposo con timidez, y la timidez le hace quebrar su voz. Se va y parece una rosa a punto de reventar. Me quedo dentro de la casa con el dolor del vientre que no tengo. Me duelen hasta las costillas. Estoy pariendo a mi hijo; ese fruto de mi energía no consumida, que empezará a cantar en los caminos. No. Esa es la esperanza de todos los que invalidan la vida. Será una energía que tendrá el derecho de consumirse a sí misma, al antojo de su gana. No quiero pensar. No quiero pensar lo que es tener un hijo. Me voy a la orilla de mi amigo.

“ . . . amigo, un hijo, tendré un hijo, será fuerte, será suave, será alto . . . ”

—Hay hijos que nacen muertos.

No. No puede nacer muerto y pálido. No puede ser. Mi hijo es algo que ya está floreciendo, que ya está llorando. Rondo el hospital y mi imaginación se va por las ventanas. Veo las camas blancas y en una de ellas sonriente a mi hijo. Una tarde regresa la Adelilla, regresa al fin con los brazos vacíos.

—Se murió tu hijo.

Se murió, se tenía que morir, no puedo tener nada que nazca. Estoy marchito desde siempre. La Adelilla adivina mis lágrimas invisibles.

—Me dijeron que ya estoy demasiado vieja y que me hicieron un recorte por dentro.

La culpa no es mía. Es de ella. La pobrecita quiere echarse la culpa, y no hay razón alguna. Yo lo sabía todo desde un principio. Camino por el callejón solo. Quiero estar solo con mis pensamientos, con mi duelo, con los discursos que vuelven a brotar hasta dejarme sin palabras. Ella me sigue como un perro herido. No tendré un hijo, no tendré alguien que me recuerde y que quizás me quiera más allá de mi propia memoria. ¿Un hijo que quiera a su padre? Todos los hijos quieren, quieren hasta en la forma de su odio.

—No te pongás así. Te doy uno de los míos.

Me ofrece uno pequeño, rosadito, que se me pega a las piernas y me grita “pa . . . pa”. Es Manuelillo. Lo he visto verme hasta dejar de sentir su propia mirada. Lo he visto tambalear en sus propios andrajos. Lo he visto pegarse a la tierra y chuparla. Lo he visto balbuceando desde un sitio encogido. Se crió en el vientre más libre y se dobla a respirar por el ombligo. No es mi hijo y es mi hijo. Ahora lo estoy mirando y siento el peso de su tibieza. Un hijo de voluntad, de regalo, de esta paz de la miseria, de esta distribución de la pobreza.

—Pa . . . pá . . . pa . . . pá . . .

Lo repite hasta creerlo. Lo oigo hasta creerlo. Alcanza mi mano y la retiene con fuerza pegajosa. No puedo hablarle. No se habla con facilidad a un hijo. Tiene un mundo de bla, bla, bla, que es difícil seguir. Lo contemplo en silencio y mete

las manos en mi piel para encontrarme. Me llega a encontrar como si yo fuera un objeto grande. La Adelilla nos mira y sonríe. Me ha dado un hijo. El primer y el último encuentro verdadero con uno mismo.

—Papá... yo... quiero... un... carro...

El quiere muchas cosas en su lenguaje tartamudo... y yo sólo quería un hijo.

Se terminó de imprimir en los talleres
Gráficos de ANTONIO LEHMANN
Librería, Imprenta y Litografía Ltda.
el día 14 de Enero de 1969.

22 OCT. 1981

22 OCT. 1981



MEMORIAS DE UN HOMBRE PALABRA

CARMEN NARANJO



Se ha dicho con frecuencia que la poesía es arte que se manifiesta por la palabra, como la música lo hace por los sonidos y la pintura por los colores y las líneas. Pero es más, la palabra es inicial ("En el principio era el Verbo", sostiene el Evangelista), y el hombre es hombre por cuanto tiene el don de hablar: sin la palabra no existiría el hombre. El hombre palabra de Carmen Naranjo, es un solitario hasta la médula de sus huesos, muy similar al agonista de la novela lau-

reada de la autora ("Los perros no ladraron"). Bien este nuevo personaje de Carmen Naranjo podría ser gemelo o continuador de aquel burócrata desteñido, pero iluminado en una nueva dimensión que lo obliga a meditar sobre la circunstancia en que está inmerso. Debido a las propias limitaciones del hombre palabra, no se eleva sobre sí mismo, sino que siempre se repliega sobre y hacia su propia mediocridad. El hombre palabra, en muchas ocasiones, no llega al final de su pensamiento, sino que se detiene cuando asustado iba a asir los irresolubles problemas de las ultimidades del ser, que se le desbocan en choques de palabras paradójicamente llenas de sentido y contradictorias a la vez.

La obra de Carmen Naranjo ha captado al máximo la gravedad del problema del lenguaje, cuando éste se hace forma y pensamiento en alguien —como el protagonista—, que no puede dar más de lo que ha recibido, en su medio pobre y estrecho.

JORGE ENRIQUE GUIER

EDITORIAL



COSTA RICA